



Cass Matthews

Serie Hijas del pecado 1



*Rebelde
obsesión*

Selecta



Rebelde obsesión

Hijas del pecado 1

Cass Matthews

Selecta

*Para ti, querido lector, y para las chicas fuertes
y valientes que creen en la belleza de los sueños*

*¿A dónde huir? Tú llenas el mundo.
No puedo huir más que en ti.
Fuegos, Marguerite Yourcenar*

Prólogo

Londres, 1880

Isabelle guardaba recuerdos muy vagos de su infancia. Si se esforzaba, podía evocar el ruido provocado por muchas personas corriendo de un lado a otro; música surgida de los lugares más insospechados, y el aroma de una cantidad desproporcionada de flores dispuestas allí donde mirara. Quizá fuera entonces cuando desarrolló la alergia que en su juventud le impedía disfrutar de los campos que a sus hermanas parecían gustarles tanto. Pero eso no lo descubrió hasta mucho después, cuando empezó a unir los cabos de su pasado.

Entonces tenía siete años, hablaba poco y era oída aún menos. Sus días pasaban como los de cualquier otro enser en la casa de su madre, una residencia ubicada en un barrio elegante de Londres; no tanto como para indicar que perteneciera a una familia notable de la ciudad, pero lo suficiente para dejar en claro su conexión con alguna de ellas.

La madre de Isabelle era un ente diáfano y omnipresente que parecía englobar en sí todas las características de la casa: ruidosa la mayor parte del tiempo; de ella surgían música y olores a partes iguales, e Isabelle estaba convencida de que ese efecto le acompañaría durante toda su vida. Lo curioso era que apenas conseguía evocar su recuerdo, no más allá de un remolino de cabellos castaños, ojos azules y una piel inmaculada. Podía recordar con mayor claridad los vestidos que usaba, todos esplendorosos y tan suaves al tacto que muchas veces se vio rozando los bajos de sus trajes como si así pudiera grabar el recuerdo de su suavidad en lo más profundo de su mente. El gusto por la costura también debió de provenir de allí, supuso luego.

Por lo demás, era poco lo que tenía claro de aquella época. Y los recuerdos en sí no eran del todo felices. Su madre no era una mujer particularmente amorosa y apenas le prestaba mayor atención a determinadas horas del día; lo necesario para no parecer desobligada. Después de todo, hacía lo suficiente por ellas y no podían reprocharle nada.

Porque había otras, claro; dos más. Sus hermanas.

Eloise tenía cinco años, era preciosa y la niña más callada que uno pudiera imaginar; apenas abría la boca para pedir atención y podía pasar horas sentada en su sillita en el cuarto de los niños sin que la gente notara su presencia. Isabelle la quería con ese amor que sienten los niños

por otros que no consiguen entender del todo; las unía un lazo profundo, y encontraba fascinante el estado de concentración en que parecía vivir todo el tiempo, pero era poco lo que podía obtener de ella en esas circunstancias y se contentaba con quererla e intentar apreciar su peculiaridad.

Clara era otra historia. Demasiado pequeña para hacerse una idea aún de cuál sería su personalidad; lo único que se podía decir de esa niña de tres años era que parecía encontrarse siempre necesitada de atención y que amaba ser consentida. Desafortunadamente, a su madre aquella particularidad estaba lejos de gustarle; le incomodaba verse requerida por sus hijas más de lo necesario. En su opinión, ese era el trabajo de Eliza.

Y qué extraordinario trabajo hizo ella, se decía con frecuencia Isabelle en los años venideros cuando se permitió pensar en el papel de la que consideraba su verdadera madre en su infancia y la de sus hermanas.

La señorita Eliza Bernthold llegó a trabajar a casa de las niñas poco antes del nacimiento de Clara. Por aquella época, Isabelle estaba por cumplir cuatro años, y Eloise era apenas un bebé que lloraba poco pero que aun así requería mucha atención. Fue una amiga de su madre quien recomendó a esa mujer que había visto por sus hijos hasta que ellos dejaron de necesitarla y fue reemplazada por un tutor que los preparara para la escuela. Sin trabajo y sin familia en la ciudad, la señorita Bernthold no dudó en aceptar el puesto de inmediato y prometió que haría lo que estuviera en su mano para salvaguardar el bienestar y la felicidad de las niñas. Desde luego, ni ella ni nadie más podía imaginar entonces cuánto de verdad había en sus palabras y cómo el destino se encargaría de obligarla a cumplir con su promesa.

En lo que a su padre se refería, era poco o nada lo que Isabelle hubiera podido decir. Dudaba haberlo visto nunca; aún más, con frecuencia se preguntaba, con la ignorancia propia de los niños, si habría siquiera existido. Su madre jamás hablaba de él; cuando mucho mencionó una vez en su presencia que le recordaba un poco a él por el mentón pronunciado y los aires de mando. Por lo demás, era una sombra que, valgan verdades, jamás echó en falta más allá de alguna ocasión en que se preguntó si le habría gustado y si él hubiera mostrado más interés por ella del que era una constante en su madre.

La única figura masculina que podía recordar en su vida era lord D.

Lord D era un buen amigo de su madre. Un hombre encantador. O cuando menos ella lo llamaba así siempre que se refería a él; claro que también usaba otros adjetivos, pero en esa época Isabelle era demasiado pequeña como para entenderlos. Lord D era también el padre de Clara y el hombre más orgulloso que alguien podría imaginar.

Todos en la casa conocían su identidad y se comportaban en su presencia en concordancia a ello. Isabelle veía varias espaldas doblarse y muchos ojos bajando la vista cuando Lord D rondaba por allí. Pero ella y sus hermanas, niñas al fin, lo consideraban tan solo un hombre pomposo y un poco afectado que siempre tenía algunas palabras indulgentes para ellas. Y obsequios. Muchos obsequios.

A su madre aquello último parecía encantarle; las niñas nunca tenían suficientes vestidos, alhajas y juguetes para su gusto. Lord D accedía a sus caprichos sin mayores reparos, y aunque era obvio que no sentía especial cariño por Isabelle y Eloise, las trataba con la misma displicencia que mostraba para con su propia hija, si bien era justo reconocer que a esta última le deparaba unas muestras de afecto mucho más evidentes.

Y así transcurrieron los primeros años de la vida de Isabelle al lado de su madre y sus hermanas. Marcada por la indiferencia de la primera y la tibia complicidad que empezó a desarrollar con las segundas. Arropada por el amor de la señorita Bernthold y la figura siempre omnipresente de lord D.

Las cosas cambiaron de golpe poco antes de su octavo cumpleaños, sin embargo. Ella lo recordaba con vaguedad, pero había cosas que se habían quedado grabadas a fuego en su mente; y aunque durante los años que siguieron se esforzó mucho por olvidarlas o hacer como si nunca hubieran ocurrido, la verdad era que hubiera podido enumerarlas sin mayores problemas.

Lo primero que ocurrió fue la llegada de la carta.

Isabelle se encontraba jugando en el cuarto de los niños con la señorita Bernthold. Ella maniobraba con una de sus muñecas en tanto mantenía sujeta a Eloise con la mano libre, bien asentada contra su pecho; Clara tenía un leve resfrío y hacía unos ruiditos desde su cama mientras les dirigía unas miradas lánguidas.

Tras días de mucho trabajo, Isabelle había conseguido coser nuevos vestidos para varias de sus muñecas, reemplazando los finos satenes de sus primeros trajes por unos más sencillos que ideó usando restos de telas que una de las doncellas sustrajo del cuartito de ropa blanca que custodiaba el ama de llaves. La niña se encontraba exultante con el resultado pese a las costuras dispares y los colores discordantes; la señorita Bernthold había alabado su destreza y buen gusto y le prometió que conseguiría algunos otros retazos para que pudiera trabajar en nuevas creaciones.

Su madre llegó poco después, como hacía siempre cada mañana al abandonar su habitación. Era casi mediodía y, según la rutina, le daría un beso distraído a cada una antes de oír los informes de la señorita Bernthold. Luego, se iría en un lío de faldas, dejando una nube de perfume tras ella.

Sin embargo, hubo algo distinto aquel día. Ella apenas había dado una rápida mirada a Clara, guardando cierta distancia como si temiera que la niña pudiera contagiarla del resfrío, cuando un lacayo asomó por la puerta para anunciar que había una carta para ella. Isabelle recordaba haberla oído murmurar el nombre de lord D con una sonrisa antes de leer el contenido del mensaje. Entonces, el rostro de su madre pareció adquirir la palidez de un cadáver y la vio trastabillar hasta sujetarse de un tocador; tenía los labios crispados y sostenía el trozo de papel contra el pecho.

La señorita Bernthold pareció reaccionar luego de unos segundos en que todos la contemplaron con similares muestras de sorpresa; pero cuando finalmente se puso de pie tras

dejar a Eloise sobre la cama y fue hacia ella, pareció que ya era muy tarde para ayudarla. La mujer cayó a sus pies con un seco golpe y entonces todo pareció adquirir el ritmo acelerado de una pesadilla.

Se oyeron algunos gritos del lacayo clamando por ayuda, el traqueteo de sillas al ser apartadas de golpe, el llanto de Clara y los llamados de Isabelle para que alguien explicara lo que estaba ocurriendo. Solo Eloise permaneció en silencio con una de sus manos aferradas a la muñeca que su hermana había dejado caer.

Isabelle no tuvo claro lo que había ocurrido hasta mucho después. Entonces, y gracias a las charlas que consiguió oír a hurtadillas, descubrió que la causa de todo aquel revuelo era, como no podía ser de otra forma, el poderoso lord D.

Según oyó murmurar a un par de doncellas unos días después, el amigo de su madre había sufrido un accidente de caza, y si bien se conservaba aún con vida, su familia no guardaba muchas esperanzas. Esperaban la noticia de su fallecimiento cualquier día, y su madre, una vez superada la conmoción causada por la sorpresa, empezó a actuar presa de un frenesí que les hizo dudar a todos de su cordura.

La señora Halsington nunca se había caracterizado por poseer un gran dominio sobre sí misma. Frívola y no particularmente instruida, era sin embargo lo bastante astuta para saber cuándo era un buen momento para asegurar su futuro. Reunió dinero, joyas y pidió préstamos a diestra y siniestra, amparada en su relación con lord D, aunque el resultado de sus gestiones le deparó sumas mucho más modestas de lo que le habrían gustado; todos consideraban que el noble se encontraba al borde de la muerte y no estaban dispuestos a arriesgar más de lo necesario.

Poco después, ante la imposibilidad de comunicarse con lord D y consciente de que su familia jamás le permitiría acercarse a él, empezó a hacer algunas discretas averiguaciones con sus abogados para indagar si este había dejado alguna mención a ella o Clara en su testamento, pero fue poca la información que pudo obtener. Cuando mucho, le aseguraron que, tratándose de un hombre tan ceñido a los convencionalismos como era, lo más posible era que designara una pequeña dote para su hija, pero con seguridad eso sería todo lo que iba a obtener.

Apenas unas semanas después, luego de que fuera anunciada la muerte de lord D, tal y como todos temían, la señora Halsington comprobó que los abogados habían estado en lo cierto. No hubo una sola mención a ella en la última voluntad del noble; a lo mucho se destinó una discreta suma a nombre de la niña y, unos días después, recibió un aviso de los representantes de la viuda de lord D en el que se le conminaba a abandonar la casa que él adquiriera para ella pero que nunca puso a su nombre.

La señora Halsington era también una sobreviviente, sin embargo, y arrastraba un reguero de decepciones y traiciones que la habían curtido para afrontar esa clase de situaciones. Lloró tan solo lo indispensable, más debido a la rabia que al dolor por la pérdida de lord D, y reunió todo el dinero que había conseguido acumular hasta entonces. Vendió algunas joyas y decidió que era

hora de iniciar una nueva vida lejos de Londres y de los malos recuerdos. Tal vez fuera divertido y encontrara en el continente a alguien que la apreciara más, se dijo entonces, deseosa de conocer nuevas ciudades y otros amores.

El problema, sin embargo, fue que en sus planes no calzaba el arrastrar con ella a tres niñas, una de ellas casi un bebé. ¿Qué pensarían sus nuevos conocidos de aquello? ¿Cómo iba a poder divertirse con tamaña carga? Ahora contaba con un presupuesto más ajustado; no podía contratar a un batallón de sirvientes para que velaran por ellas, tal y como hacía en Londres.

Entonces, se le ocurrió que tal vez fuera tiempo de que las niñas asistieran a una escuela. ¿No sería esa la solución de sus problemas? Un lugar alejado en el que la gente no hiciera demasiadas preguntas. A ser posible, modesto, porque no estaba dispuesta a despilfarrar su escasa fortuna en ellas. Ni Isabelle ni Eloise le proporcionaban ningún tipo de ingreso, y la dote de Clara ya había pasado a formar parte de su abultada cuenta bancaria. Después de todo, aún faltaba tanto tiempo para que la niña soñara siquiera con casarse que era una tontería guardar el dinero para algo que quizá jamás ocurriera.

De modo que la señora Halsington despidió a la servidumbre, entre ellos la señorita Bernthold, buscó un internado mediocre para las niñas y ofreció una suma extra con el fin de que aceptaran incluso a Clara, que en circunstancias normales hubiera sido demasiado pequeña para ser admitida. Luego, hizo maletas y, sin mayores aspavientos ni grandes despedidas, tomó un vapor para dirigirse al continente.

La vida de las hermanas hubiera sido muy triste y distinta de lo que al final fue si el destino no hubiera intervenido otra vez para alterar los planes de su madre. Tan solo tres meses después de su marcha, y cuando se encontraba ya instalada en un lujoso piso en París, haciendo la vida social que siempre había soñado y con un nuevo protector en la mira, la señora Halsington sufrió un confuso accidente al caer por un balcón y murió en el acto; su vida se terminó con el mismo frenesí que había regido sus días.

Las niñas no se enteraron de lo ocurrido hasta varias semanas después, cuando un abogado llegó a la escuela para informar a la directora de lo sucedido y de que, visto que la señora Halsington había dilapidado su ya de por sí escasa fortuna con una rapidez sorprendente, era poco lo que quedaba para sus hijas; de modo que, una vez que el poco dinero que quedaba desapareciera también, no quedaría otra alternativa que enviarlas a todas a un hospicio. Ninguna contaba con más parientes conocidos ni nadie que estuviera dispuesto a hacerse cargo de ellas.

Por suerte para ella y sus hermanas, Isabelle poseía una extraordinaria memoria y una determinación a prueba de balas; de modo que tan pronto como se enteró de sus circunstancias, no dudó un segundo en lo que debía hacer. Guardaba con celo una nota con las señas de la señorita Bernthold que esta les había dejado poco antes de abandonar la casa de su infancia cuando su madre la despidió, y le escribió para ponerla en conocimiento de lo ocurrido.

La buena mujer no tardó demasiado en dar respuesta y, solo una semana después, se presentó en la escuela para declarar que estaba dispuesta a hacerse cargo de las niñas. Poco después de ser

despedida, había regresado a su ciudad natal, Gloucestershire, para reunirse con una tía que poseía una pequeña posada que les daba lo suficiente para vivir y llevar una vida honrada. No sentía mayor deseo de quedarse en Londres; prefería con mucho la vida en el campo, y fue allí donde decidió que llevaría a las niñas una vez que las autoridades de la escuela y los abogados de la señora Halsington dieron su consentimiento a sus planes.

De modo que fue así como Isabelle y sus hermanas cambiaron la vida opulenta y carente de amor que habían conocido hasta entonces en Londres por otra mucho más modesta pero también más afectuosa en los campos de Gloucestershire. Y quizá, si sus vidas no hubieran dado un nuevo vuelco algunos años después, nunca se hubieran cuestionado sus orígenes o el papel que estaban destinadas a jugar en la vida de las otras.

Pero así fue y, gracias a ello, fueron capaces de descubrir la verdad de un pasado que, finalmente, habría de regir su futuro.

Capítulo 1

Gloucestershire, 1896

16 años después

Isabelle comprobó la hora en su relojito de mano y empezó a dar unos rítmicos taconeos sobre la tierra apisonada a sus pies.

Para variar, Eloise llegaba tarde.

Sabía que no era justa; que los caminos eran un desastre y que esperar que el carruaje llegara a tiempo era casi una utopía, en especial luego de la lluvia de la noche anterior. Pero necesitaba a su hermana allí; la necesitaba con desesperación.

—¿Y si Eloise no pudo tomar el carruaje? ¿Qué haremos si no llega hasta mañana? ¿Cómo...?

Isabelle frunció el ceño y miró a la joven de pie a su lado. Como le ocurría siempre que centraba su atención en Clara, no pudo menos que intentar tranquilizar sus nervios y suavizar la que habría sido una respuesta mucho más áspera de haberse encontrado alguien más en su lugar.

—Llegará —dijo ella entonces, sonando mucho más segura de lo que se sentía—. Ha tenido tiempo de sobra.

—Bueno, en realidad...

—Tiene que llegar —repitió Isabelle en tono un poco más firme y sin dar lugar a discusiones; adoraba a Clara, pero empezaba a agotar su paciencia—. Se lo debe a mamá.

Su hermana asintió, sin decir nada que refutara esa afirmación; ambas sabían que era verdad. Isabelle se dijo que de haberse encontrado en el lugar de Eloise habría hecho el viaje incluso a pie con tal de llegar a tiempo para despedirse de la mujer que les había dado todo.

El ruido de unos cascos resonó en la lejanía, e Isabelle se sorprendió exhalando un hondo suspiro. Tal vez, en el fondo, sí que había considerado la posibilidad de que su hermana no llegara a tiempo; pero no pensaba reconocerlo en voz alta. En especial cuando su mirada se topó con la de Clara, que la veía como si fuera capaz de adivinar lo que pensaba. Sus ojos, de un azul que hasta hacía un momento se encontraba apagado por la pena, relampaguearon un instante y una suave sonrisa afloró a sus labios pálidos.

Qué bonita era, se dijo Isabelle con una buena cuota de ternura inspirada por su hermana

pequeña. Y qué imprudente, consideró también al verla correr en dirección al carruaje mucho antes de que el cochero hubiera siquiera empezado a tirar de las riendas de los caballos para obligarlos a detenerse junto al camino.

Poco después, la portezuela se abrió, y Clara se apresuró a ir al encuentro de la joven que descendió en un lío de faldas con más esmero que gracia.

Eloise siempre se mareaba en los viajes largos, recordó Isabelle yendo hacia ellas una vez que el cochero descendió también para bajar la valija de su hermana. El hombre apenas hizo un saludo malhumorado antes de subir nuevamente al pescante y azuzar a los caballos para reemprender la marcha.

—¿Qué grosero! Me ha enlodado el chal...

Isabelle ignoró el rezongo de Clara y centró su atención en el rostro desencajado de Eloise, que la veía a su vez con los ojos grises muy abiertos y las manos caídas a los lados; su hermana iba de negro de pies a cabeza, lo mismo que ellas, y por un momento, durante todo el minuto que permanecieron sin decir una palabra, simularon una pequeña bandada de cornejas con los cuerpos inclinados por la pena.

—¿Llegué a tiempo?

La voz de Eloise, dulce y musical, le recordó a las muchas noches que había pasado horas oyéndola leer las historias favoritas de su madre luego de cenar, cuando se reunían las cuatro en el saloncito de la casa. De eso parecía haber pasado una eternidad.

—Sí, estás a tiempo, no te preocupes. —Isabelle se inclinó para tomar la valija de su hermana e hizo un gesto de amargura al reparar en que apenas parecía cargar con lo indispensable para un par de días—. Será mejor que nos pongamos en camino. Te lo contaremos todo en lo que llegamos a casa.

Su hermana asintió, y Clara parpadeó para alejar las lágrimas que habían empezado a resbalar por sus mejillas; luego, enlazó su brazo al de Eloise y tiró de ella para ir tras Isabelle, que abría la marcha con andar determinado y un poco apurado. Ninguna de sus hermanas hizo referencia a ello ni le pidió que fuera más despacio, sin embargo; sabían que hubiera sido una súplica desperdiciada. Su madre decía con frecuencia que Isabelle jamás hacía nada a medias y que su forma de andar era una muestra clara de su personalidad: segura, impetuosa y en absoluto dispuesta a transar cuando estaba convencida de que hacía lo correcto.

Clara y Eloise cuchichearon en voz baja e Isabelle les lanzó una mirada pensativa por encima del hombro antes de aclararse la garganta para llamar su atención. Sus hermanas se apresuraron para ponerse a su altura, y ella aprovechó lo ancho del camino, en que podían andar las tres lado a lado, para poner a Eloise en antecedentes de los últimos días de su madre.

La señorita Bernthold no solo asumió la labor de madre de tres niñas pequeñas el día que fue a buscarlas a la escuela luego de la muerte de la mujer que las había traído al mundo, pero fue a quien todas consideraban a esas alturas un personaje más de sus vidas. Para ellas, no había otra madre que la señorita Bernthold, y ella había retribuido ese amor con creces.

Ella jamás se mostró sobrepasada por la situación ni hizo nada que les hiciera considerar que lamentaba la decisión que tomara urgida por el amor y la compasión que sentía por esas niñas a quienes había cuidado casi desde su nacimiento. Aún más, cuando las llevó con ella a Gloucestershire para que vivieran en la casa que compartía con su tía Mary Phillips, una viuda sin hijos que la quería como a una hija y a quien asistía trabajando en la posada que fundara junto a su difunto esposo, prometió también que haría lo que estuviera en su mano para que nunca les faltara nada.

Trabajó noche y día, no solo en la posada, sino también ocupándose de todo tipo de labores para los vecinos del pueblo. Costura, cocina, incluso limpieza o ayuda con sus animales; ninguna tarea la desalentaba, y aunque con el tiempo las niñas empezaron a asistirle en sus labores según fueron creciendo, fue ella la que asumió la mayor carga de esa responsabilidad.

Desde luego, una vida como aquella empezó a pasarle factura pronto. Apenas acababa de cumplir los cincuenta cuando, poco después de celebrar el cumpleaños número quince de Clara, sufrió un ataque que la dejó postrada en una cama y nunca consiguió recuperarse del todo luego de aquello. Hablaba con dificultad y apenas conseguía escribir con gran esfuerzo, pero todas asumieron su cuidado con devoción.

Eso, al menos, hasta que Eloise decidió marcharse.

De eso habían pasado un par de años, y aunque su hermana escribía con frecuencia y enviaba parte de su paga como maestra de unos niños en la casa de unos viejos amigos de la señorita Bernthold, que le ofrecieron el puesto poco después de que ella anunciara que estaba determinada a dejar Gloucestershire, en el fondo Isabelle no podía dejar de resentir que Eloise no estuviera junto a ellas para compartir el poco tiempo de vida que le quedó a su madre luego del ataque.

La señorita Bernthold tuvo unos cuantos episodios de gravedad en el transcurrir de los últimos meses hasta que el médico que acostumbraba visitarla anunció que no había nada más que pudiera hacer por ella; no había más fármacos para aliviar sus molestias ni suficiente cantidad de láudano que la ayudara a sobrellevar las noches en vela. De modo que, en cierta forma, y por terrible que fuera el solo pensamiento para ellas, fue casi un alivio que una mañana su madre simplemente no despertara.

Fue Isabelle quien la encontró; ella pasaba las noches a su lado en un camastro que habían instalado poco después de su última crisis, y no se movía de su lado excepto para ayudar a la tía Mary en la posada; entonces era reemplazada por Clara, y esa se convirtió en su rutina durante varios meses. Hasta esa mañana.

De eso habían pasado cinco días, y aunque le escribieron a Eloise de inmediato para informarle de lo ocurrido, no hubo forma de que llegara con mayor antelación; tuvo que esperar a contar con el permiso de los Thompson, sus empleadores, y comprar un billete en la primera posta de pasajeros que encontró.

Pero había llegado a tiempo, después de todo; el sepelio sería a la mañana siguiente, muy

temprano.

Isabelle elevó los ojos al cielo y suspiró; la tarde empezaba a morir y era evidente que se repetiría la tormenta de la noche anterior, de modo que apretó aún más el paso y, tras encontrarse con la mirada intrigada de Eloise, cumplió su promesa y procuró explicar al detalle lo acontecido a su madre. Le habló de cómo se encontraba la última noche que la vio con vida, cómo la halló la mañana siguiente y todo lo que ella y Clara habían hecho desde entonces para preparar un funeral adecuado para ella.

La tía Mary había sido también de gran ayuda, explicó cuando la silueta de la posada empezó a divisarse a lo lejos. Clara se les adelantó y empezó a correr como una cabra montés, sorteando piedras y elevaciones sin detenerse, seguro con la intención de anunciar la llegada de su hermana para tranquilizar los nervios de la anciana, que se había convertido en la que consideraban su única familia.

—Tía Mary decidió cerrar la posada por unos días; al menos hasta... ella dice que deberíamos tener un tiempo para hablar entre nosotras, recordar a mamá...

Isabelle suspiró y se llevó una mano a la sien; no había dejado de punzarle un instante desde el momento en que descubrió el cuerpo inerte de su madre, y empezaba a pensar que era un dolor con el que tendría que aprender a convivir.

—Creo que es lo mejor; en especial para ella. —Eloise respondió señalando la figura de su hermana pequeña con una cabezada; sonrió sin alegría, y sus ojos se fijaron en las huellas que iban dejando al andar—. Me gustará pasar unos días con ustedes.

—¿Solo unos días?

Isabelle no pudo ocultar el enojo en su voz, y su hermana debió de advertirlo porque sacudió la cabeza y elevó una mano para cortar cualquier reproche que estuviera dispuesta a hacer.

—Ahora no, Izzie —pidió ella con dulzura—. Vamos a pensar en mamá, ¿sí? Luego podrás decirme lo que desees.

A Isabelle no le quedó otra alternativa que asentir de mala gana, aunque vaya que planeaba decirle luego lo que pensaba, se prometió con gesto determinado.

Tía Mary salió a recibirlas con un coro de llanto, y entre los saludos y las exclamaciones que fueron dejando caer una y otra para expresar de alguna forma la consternación por la partida de la señorita Bernthold, entraron a la casita adyacente a la posada que había sido su hogar durante los últimos dieciséis años.

El poni plateado, la posada que fundaran tía Mary y su difunto marido al poco de casarse, era una construcción relativamente pequeña pero confortable y con muy buena reputación. Contaba con un salón en el primer piso donde los huéspedes podían reunirse al amparo de una gran chimenea de piedra y un comedor adjunto en que se servían las comidas. En el segundo nivel había seis habitaciones con trece camas entre todas que aseguraban una buena entrada durante todo el año.

La casa de la familia propiamente dicha, sin embargo, distaba de ser tan confortable, aunque

las chicas jamás se quejaron por ello. La entrada daba a un jardincito que la señorita Bernthold cuidó con celo hasta caer enferma, y que Clara adoptó de inmediato; un rosal y un huerto de hierbas aromáticas crecían en un desorden encantador y era en verdad algo agradable de contemplar antes de entrar a la casa.

El primer nivel se componía de un saloncito comedor, una cocina minúscula y un cuarto de lavado y planchado, que era donde preparaban la ropa blanca para la posada. En el piso de arriba había tan solo tres habitaciones, cada una más pequeña que la otra. Una era de la tía Mary, acostumbrada a dormir sola luego de la muerte de su marido; la segunda perteneció a Clara y Eloise antes de la marcha de la segunda, e Isabelle compartió la cama con su madre desde el momento en que llegaron a vivir allí. Luego, para darle comodidad, optó por usar un camastro a su lado, pero podía decir que esa pequeña habitación se había convertido en un pequeño mundo compartido que ahora le parecía extremadamente solitario.

La casa las recibió con un silencio cargado de ausencias; las cortinas se encontraban corridas y la tía Mary había cubierto los espejos con unas mantas oscuras. Acompañaron a Eloise a dejar sus cosas y luego se reunieron en el saloncito para beber un té y compartir algunos de los recuerdos que todas parecieron de pronto ansiosas por poner en palabras, pero todos ellos estaban relacionados con su vida al lado de la señorita Bernthold; claro, ninguna hizo mención a su vida antes de aquello.

Era lo habitual y posiblemente lo mejor, reconoció Isabelle con un suspiro al oír las historias de Eloise acerca de su trabajo con los Thompson y sus traviosos hijos, que Clara escuchaba con atención y una inocultable expresión de asombro. Para la más pequeña de las tres, el hecho de que su hermana decidiera dejar la tranquilidad de su hogar y vivir en un lugar alejado, mucho más grande y con otras responsabilidades, suponía algo difícil de entender, pero no por ello la admiraba menos.

Claro que ella no conocía el verdadero motivo de la marcha de Eloise, qué la llevó a abandonar Gloucestershire, pero ella sí que lo sabía; y aun cuando respetaba el valor de su hermana para enfrentar un desafío como aquel, en el fondo también resentía el hecho de que hubiera decidido huir en lugar de quedarse en casa y permitirle que le ayudara a enfrentar lo que la lastimara tanto entonces.

Sin embargo, tuvo que admitir también que, pese a la tristeza manifiesta en el rostro de su hermana, parecía mucho más tranquila de lo que estaba poco antes de marcharse un par de años antes. Casi parecía ella misma, la niña con quien había compartido su infancia.

Eloise era sin duda la más hermosa de las tres; su serena belleza parecía irradiar por cada uno de los poros aun cuando era también la que se notaba menos cómoda con ello. Usaba su largo cabello bien atado en largas trenzas que fijaba en lo alto de la cabeza en un peinado severo; pero ni siquiera eso conseguía distraer de su suavidad y el brillo de los mechones de un castaño rojizo que se le escapaban y enroscaban sobre la frente. De facciones delicadas y con el cutis de un tono levemente bronceado, atraía miradas allí donde fuera, cosa que la llevaba a adoptar un gesto

ceñudo la mayor parte del tiempo. En ese momento, sin embargo, sonreía y gesticulaba con ambas manos para dar énfasis a sus palabras; e Isabelle se vio sonriendo también, porque no podía ser de otra forma cuando su hermana adoptaba un talante tan agradable.

Se fueron a la cama muy entrada la noche, luego de dejar sus vestidos preparados para la mañana siguiente; y aunque Isabelle creyó que tendría dificultades para dormir, se sentía tan cansada por el ajetreo de los últimos días que se durmió tan pronto como puso la cabeza sobre la almohada.

Eloise la despertó unas horas después y dejó una taza de té sobre la mesita al lado de la cama antes de marcharse para que se arreglara en tanto ella daba una mano a Clara, que con dieciocho años recién cumplidos aún tenía problemas para peinarse sola.

Isabelle se vistió con su mejor vestido, que alguna vez fue de un bonito tono de azul y que tiñó un par de días antes para usarlo en esa ocasión. Era de terciopelo con encaje en los puños; su madre se lo obsequió el día que cumplió veinte años, hacía tres inviernos. Solo lo usó un par de veces para las fiestas del pueblo, y en ese momento, al observar su reflejo en el espejo de su habitación que la tía Mary no había alcanzado a cubrir, se dijo que se veía tal cual como se sentía. Lúgubre y espantosamente triste.

Sus pómulos cubiertos de una lluvia casi imperceptible de pecas se le antojaron carentes de la lozanía que poseyera solo unos meses antes; sus ojos de un verde musgo parecían un par de charcos de agua decolorada, y por más que lo intentó no hubo forma de peinar su liso cabello con más sobriedad que con un moño flojo tras la nuca.

Se sentía mucho mayor de lo que era, y tan desalentada que lo único que anhelaba era cumplir con el ritual de despedir a su madre ante sus conocidos para poder volver a casa y llorar por ella junto a sus hermanas, las tres conscientes de que haría falta mucho más que unas paletadas de tierra y unas palabras del vicario para que sintieran que realmente se había marchado.

El servicio resultó tan deprimente como había supuesto que sería, pero nadie dudó de que la señorita Bernthold se sentiría orgullosa de sus hijas por la entereza que mostraron de inicio a fin. Los vecinos se acercaron para darles sus condolencias y ofrecieron ayudarlas en lo que necesitaran. Todos admiraban la generosidad mostrada por la señorita Bernthold al acoger a las chicas y, ya que las habían visto crecer, las consideraban parte de la comunidad.

La tía Mary ofreció servir un refrigerio en la posada para quienes decidieran acompañarlas luego de abandonar el cementerio, y aunque las jóvenes no lo mencionaron, hubieran preferido evitarse ese mal trago. De cualquier forma, sabían que su tía tan solo seguía las prácticas que se acostumbraban en esa clase de situaciones, de modo que forzaron su mejor semblante y aguantaron las nuevas muestras de compasión con estoicismo.

Una vez que todos se marcharon, volvieron a la casa, cada una dispuesta a llevar su dolor lo mejor posible, pero tía Mary las sorprendió al decirles que había algo de lo que deseaba hablar con ellas.

Las reunió en el saloncito y tomó la palabra sin mayores vueltas; eso era algo que Isabelle

siempre había admirado de la anciana: hacía lo que debía en el momento oportuno y nunca dudaba. Le agradaba pensar que esas eran características que también poseía, aunque su madre acostumbraba decir que aún le faltaban muchos años y mucha sabiduría para igualarla.

—No hace falta que les diga lo mucho que lamento la muerte de Eliza; ella era una hija para mí y la mujer más noble y cariñosa que he conocido.

Las tres asintieron a sus palabras, e Isabelle advirtió entonces que Clara y Eloise mantenían sus manos unidas, una al lado de la otra en un silloncito, en tanto ella había optado por ocupar la butaca favorita de su madre. La chimenea se encontraba encendida y le dirigió una mirada ceñuda al reparar en que emitía un olor particular que revelaba que requería una buena limpieza. Tendría que hablar a Patrick de aquello, se dijo un tanto fastidiada de que el muchacho que se ocupaba de esas labores lo hubiera dejado pasar cuando ella se lo recordaba con frecuencia.

—Desde luego, saben que este siempre será su hogar; ustedes son mi única familia, y el que Eliza no esté más con nosotras no cambiará eso.

La anciana se llevó al rostro el pañuelo que sostenía en una de sus manos surcadas de venas pronunciadas, e Isabelle exhaló un hondo suspiro al tiempo que se ponía de pie para sentarse a su lado. Sostuvo su mano libre con las suyas y la prodigó con una pequeña sonrisa.

—Nosotras también te queremos, tía, y siempre podrás contar con nuestro cariño; somos tu familia y estaremos siempre para ti. —Isabelle observó a sus hermanas y aguardó a verlas asentir con fervor antes de continuar—. Aunque mamá no esté aquí ahora, te aseguro que nada tiene por qué cambiar...

Isabelle calló de golpe al ver que la anciana sostenía una mano ante sus ojos y que sacudía la cabeza de un lado a otro con una mueca de pesar.

—Es que lo hará; tiene que hacerlo. —La tía Mary rebuscó en su pecho y al cabo de un momento retiró un paquetito que enarboló ante sus ojos sin variar su expresión—. Es acerca de esto de lo que necesito hablarles.

Isabelle se hizo hacia atrás, sorprendida, y tras intercambiar una mirada confusa con sus hermanas, aguardó a que la señora continuara.

—Su madre me las dio hace mucho tiempo; antes de que enfermara, incluso antes de que Eloise se fuera. —La anciana elevó el rostro y lo posó un segundo en el rostro pálido de la hermana del medio antes de suspirar—. No sé por qué lo hizo; tal vez presintiera que luego no tendría la oportunidad o tan solo quisiera adelantarse a lo que podría ocurrir. Ya saben cómo era Eliza, se preocupaba mucho por tener sus asuntos en orden. Ahora me alegra que lo hiciera porque creo que habría odiado que su enfermedad se lo impidiera luego.

Ninguna dijo nada. Era evidente que les costaba entender del todo lo que ocurría y al mismo tiempo se encontraban ansiosas por empezar a obtener respuestas; lo único que tenían en claro a esas alturas era que su madre había dejado algo para ellas y que estaban a punto de saber de qué se trataba.

Como la señora Phillips no era en absoluto dramática, no tardó demasiado en saciar su

curiosidad. Sin dudar, usó sus manos aún firmes para deshacer el nudo que mantenía el envoltorio del paquete y, tras apartar un trozo de tela, dejó a la vista tres sobres como los que la señorita Bernthold acostumbraba usar para enviar su correspondencia. Luego, acercó uno de ellos a su rostro y entrecerró los ojos para leer las señas escritas en el dorso.

—Este es de Eloise —anunció—. Acércaselo a tu hermana, Isabelle querida, y lleva este también para Clara.

Isabelle no tardó más de unos segundos en hacer lo que le decía; tomó los sobres y se incorporó de un salto para dejarlos en manos de sus hermanas, que los tomaron con cierto recelo, antes de volver a su asiento y observar, con el corazón oprimido, a la anciana. Sus ojos estaban fijos en la carta que aún sostenía, y esta, como si pudiera adivinar lo que debía de sentir, se la tendió con una suave sonrisa.

El papel era suave y el sobre estaba un poco ajado; la tinta que su madre usara para escribir su nombre se había borroneado un poco, lo que confirmaba las palabras de su tía; la señorita Bernthold debió de escribirlas hacía ya varios años. Sus dedos se movieron con rapidez para remover el sello y leer el contenido, pero la anciana la detuvo con un gesto.

—Antes de que las lean... todas ustedes. —La señora se dirigió también a las demás, e Isabelle reparó en que si bien Eloise la mantenía aún cerrada contra su pecho, Clara ya había roto el sello—. Me gustaría compartir lo que su madre dijo cuando me las entregó.

Las tres asintieron, expectantes, en tanto la anciana se aclaraba la garganta y tosía con suavidad.

—Saben que las circunstancias en las que llegaron a la vida de mi sobrina fueron muy extrañas y totalmente inesperadas; desde luego, ella siempre se sintió muy agradecida de que así fuera, lo mismo que yo. —Empezó ella con una dulce sonrisa—. Sin embargo, Eliza también consideraba que no era más que una guardiana elegida por el destino para velar por su bienestar; ella se esmeró por darles la mejor vida que sus circunstancias le permitieron, pero siempre supo que algún día llegaría el momento de que ustedes tendrían que tomar sus propias decisiones. Pero para hacerlo, es necesario que sepan.

Isabelle sintió que se le secaba la garganta y parte de ella deseó que la anciana no continuara; el resto de ella, sin embargo, la observó con la ansiedad pintada en el rostro. «Saber», repitió ella para sí. ¿Quería acaso saber? ¿No era suficiente con los recuerdos?

—No es mucho lo que Eliza consiguió averiguar de sus orígenes; ella me dijo que tan solo intentó hacer un recuento de lo que oyó en la casa de... bueno, en ese lugar en que las conoció. —La señora retomó la palabra y fue evidente para Isabelle que tenía una idea bastante clara de lo que se podía pensar del ambiente en que las tres llegaron al mundo—. Por otra parte, hizo algunas averiguaciones cuando pasaron a su cuidado, pero no pudo hacerse con tanta información como le hubiera gustado. De cualquier forma, en cada uno de esos sobres está todo lo que pudo averiguar; es el pasado de cada una de ustedes, y creo que ella esperaba que usaran esa información con la inteligencia y el sentido común que intentó inculcar en todas. Lo que está

allí es todo suyo, y espero que hagan lo que consideren correcto.

Isabelle asintió sin saber bien lo que hacía; tenía el sobre sujeto con ambas manos, como si temiera que alguien intentara quitárselo; toda su atención estaba puesta en ese trozo de papel, y apenas se dio cuenta del momento en que la anciana se puso de pie. Ella no dijo nada entonces, solo le hizo una rápida caricia en la coronilla antes de arrastrar sus pies cansados para abandonar el salón. Poco después, oyó el sonido de la puerta de su habitación al cerrarse, pero ni siquiera entonces fue capaz de hacer o decir nada.

Posiblemente hubiera continuado así de no ser porque sus hermanas se pusieron de pie y fueron hacia ella para ocupar un par de sillas a su lado. Al levantar la mirada, Isabelle advirtió que Clara parecía tan consternada y ansiosa como ella, en tanto que Eloise mantenía un semblante pensativo; no había rastros de su carta y supuso que la habría guardado en algún bolsillo para leerla luego.

—¿Qué crees que digan? —Clara fue la primera en hablar, y su voz musical reverberó en la estancia—. ¿Hablará de ella? ¿De... todo?

La joven parecía muy inquieta, tanto que gesticulaba con un énfasis poco habitual en ella; Isabelle habría reído de no ser porque se encontraba en un estado muy similar.

—No lo sé. Ya oíste lo que dijo la tía Mary; no fue mucho lo que mamá consiguió averiguar —replicó ella intentando convencerse de que estaba en lo cierto.

—Pero aún así. Habrá algo —insistió la más joven—. Cuando menos estarán nuestros apellidos, podremos saber de dónde venimos...

—Sabemos perfectamente de dónde venimos, Clara; y al menos yo tengo muy claro cuál es mi apellido. —La cortó Isabelle con malos modos—. Es Bernthold. Como mamá; quien, por cierto, y creo que debería mencionarlo antes de que digas algo más de lo que puedas arrepentirte luego, es la única madre que hemos conocido.

Una expresión de dolor cruzó el rostro de la jovencita al oírla y pareció un tanto avergonzada entonces de haberse dejado llevar por la curiosidad.

—Eso ya lo sé —dijo ella con voz rota—. Nunca se me ocurriría pensar lo contrario, pero quiero saber... no solo se trata de esa mujer, Isabelle; sé cómo era ella y cómo habrían sido las cosas para nosotras si hubiéramos continuado a su lado, pero también debemos pensar en ellos. Nuestros padres.

Isabelle hizo un gesto de desagrado, pero logró contener una réplica ácida. No era culpa de Clara que fuera tan joven y que apenas pudiera recordar sus primeros años más allá de lo que ella misma y su madre le dijeron alguna vez. Entonces la misma Isabelle no tenía las cosas muy claras, y la señorita Bernthold era demasiado bondadosa para decir lo que realmente pensaba de las circunstancias en que nacieron todas.

Porque algo estaba absolutamente claro en lo que a su origen se refería. Más allá de la identidad de los hombres que colaboraron para traerlas al mundo, ninguna debió de ser una niña esperada y nacieron con un origen incierto que las marcó incluso desde que respiraron por

primera vez. Hijas del pecado. Eso era lo que eran.

No había nada de poético o romántico en eso, se dijo Isabelle sin atreverse a ponerlo en palabras para no herir a su hermana pequeña. Eran bastardas sin más y aún no estaba segura de tener algún interés en profundizar en ello.

Al buscar la mirada de Eloise, que había seguido su intercambio en silencio y con expresión reflexiva, advirtió su gesto ceñudo; era posible que ella compartiera su forma de pensar.

—¿Qué piensas tú? —preguntó ella entonces, consciente de que le gustaría conocer su opinión—. ¿Quieres saber?

Eloise se encogió de hombros.

—No lo sé. Quizá...

—Pero leerás la carta.

—Por supuesto que la leeré —asintió ella sin vacilar—. Mamá se tomó muchas molestias para reunir esta información; ya oíste lo que dijo tía Mary. Lo mínimo que podemos hacer es leerlas; lo que hagamos con ellas es otra cosa. Pienso leerla con tranquilidad en cuanto esté de vuelta en casa.

Los ojos de Isabelle chisporrotearon y apretó los labios al fijar la mirada en el rostro calmado de su hermana.

—Esta es tu casa —afirmó ella en tono frío.

—Me refiero a la casa de los Thompson, que es mi casa también porque es donde vivo ahora —aclaró Eloise.

Antes de que Isabelle prorrumpiera en algún comentario mordaz, Clara intervino para observarlas con el ceño fruncido.

—¿Volverás a irte? —preguntó ella dirigiéndose a Eloise.

Esta emitió un suave suspiro y abrió la boca para responder, pero Isabelle se le adelantó.

—Desde luego que volverá a irse; estará deseando...

—Me quedaré durante unos días para ayudarlas a ordenar las cosas de mamá y pasar tiempo con ustedes y tía Mary.

Eloise respondió a la pregunta de Clara tras dirigirle a su hermana mayor una mirada de enojo.

—No entiendo por qué tienes que irte. —Isabelle habló nuevamente como si no pudiera evitarlo—. Quédate aquí; esta es tu casa.

—No puedo abandonar a los Thompson; los niños me necesitan.

Isabelle hizo un gesto para restar importancia a la que le pareció una excusa ridícula.

—Estoy segura de que si se los informaras con tiempo, ellos podrán encontrar a alguien más —dijo ella—. Lo que ocurre es que no quieres quedarte aquí; eres tú quien quiere volver y abandonarnos...

Eloise elevó una mano para callar a su hermana, y si bien sus ojos brillaban por el enojo, algo que evidenció como algunas similitudes en las expresiones que asumían cuando se encontraban disgustadas, también fue evidente que se sentía dolida e incluso asustada ante la idea de verse

inmersa en una discusión que, todo parecía indicar, se había dado ya antes.

—Ahora no, Isabelle —pidió ella en tono apagado pero firme—. No es el momento para esto; pero te diré lo mismo que te he dicho antes: no intento abandonarlas; las quiero a ambas y siempre estaré para ustedes si me necesitan, pero mi lugar ya no está aquí. Y debes aprender a respetar esa decisión. Mamá lo hizo.

A Isabelle no le quedó otra alternativa que asentir ante la mención de la señorita Bernthold, pero fue evidente que se encontraba lejos de sentirse del todo apaciguada. Por suerte, sin embargo, Clara intervino entonces al dirigirse a ella tras permanecer esos minutos en silencio.

—Yo la leeré más tarde; ya le he dado una mirada, pero no estoy segura de haber entendido... —La joven hizo la confesión con una mueca—. ¿Y tú?

—Claro que la leeré.

—¿Y qué harás después?

Isabelle suspiró e hizo un gesto incierto.

—No lo sé —reconoció ella—. Supongo que lo descubriré entonces.

Mi querida Isabelle,

Creo que no hay una sola palabra de amor que no te dijera en su momento y me consuela pensar que, si bien no me encuentro ahora a tu lado, podrás recordarlo cuando haga falta para saber que no pude quererte más y que fuiste siempre una hija maravillosa. Estoy muy orgullosa de la joven valiente y decidida en que te has convertido y confío en que esos rasgos de tu carácter te ayuden a tomar la mejor decisión respecto a lo que estoy a punto de contarte.

A diferencia de tus hermanas, eres la que debe de tener un recuerdo más claro de los que fueron tus primeros años; siempre consideré que eso ha debido de ser para ti tanto una ventaja como una pesada carga. Sin embargo, espero haberte ayudado de alguna forma a sobrellevar ese peso, y que ahora que no me encuentro a tu lado, puedas hacerlo sola con la certeza de que no estás sola y que siempre podrás contar con el apoyo de tus hermanas si eres lo bastante humilde para pedirlo.

Isabelle hizo una mueca al detener su lectura. Aunque siempre resintió un poco que su madre hiciera énfasis en que a veces podía ser demasiado orgullosa para pedir ayuda y que llevaba su afán de independencia al límite, en ese momento apreció que remarcara ese rasgo de su carácter. No porque fuera algo de lo que se sintiera particularmente orgullosa, sino porque la sintió un poco más cerca; quizá fuera ella la única capaz de mencionarlo con tal claridad. De modo que, tras suspirar, se envolvió mejor con las mantas de su cama y, luego de asegurarse de que la puerta de su habitación se encontraba bien cerrada, sostuvo la carta ante sus ojos y continuó leyendo.

No estoy segura de si lo recuerdas, pero la señora Halsington, tu madre, fue una mujer muy hermosa. Tú me la recuerdas un poco, aunque, en lo que a carácter se refiere, es Clara quien guarda más similitudes con ella; gracias al cielo, tu hermana es también demasiado noble y ha sido criada con amor, de modo que dudo que cometa sus mismos errores. Pero esta no es la carta de Clara; es la tuya, así que intentaré enfocarme en lo que pude saber acerca de ti y tu origen durante el tiempo en que serví a tu madre.

Según logré averiguar entonces, tu madre fue la hija de un comerciante que dejó su hogar cuando era

muy joven, deslumbrada por las promesas de un militar que le hizo la corte a espaldas de sus padres. No debes juzgarla por eso; ella fue solo una de las miles de jóvenes que se dejaron fascinar por unas palabras bonitas, pero según supe luego, se arrepintió al poco tiempo al averiguar que ese hombre no tenía intenciones honorables con ella y la abandonó a su suerte cuando lo destacaron a otra ciudad. Sola y sin la posibilidad de que sus padres la acogieran de vuelta, se buscó la vida lo mejor que pudo.

Isabelle apretó los labios. Se hacía una idea muy clara de cómo había sido aquello, y aunque las palabras de su madre respecto a que no debía juzgar con ligereza permanecían afirmadas en su mente, le costó no sentir un sordo reproche asentado en el pecho.

Entre las amistades que tu madre hizo cuando se fugó con aquel militar se encontraba un joven capitán que siempre mostró un gran interés por ella; según conseguí sonsacarle a Daisy (seguro que la recuerdas; fue su doncella durante años y continuó sirviéndola hasta el último día), empezó a trabajar para ella precisamente por aquella época, cuando tu madre aceptó las atenciones del oficial y se mudó a una casita que él eligió para ella en las afueras de Londres. Vivieron juntos durante un par de años, y al parecer él la quería profundamente; fue en ese periodo de tiempo cuando tú llegaste al mundo.

Ahora, es posible que lo que voy a contarte solo incremente el resentimiento que sientes por la memoria de tu madre, pero aunque siempre he intentado que aprendieras a comprenderla y a no mostrarte demasiado severa con ella, no puedo ocultarte lo que ocurrió entonces. Somos esclavos de nuestras decisiones y hemos de hacernos responsables de estas y del efecto que tienen en nuestros semejantes.

Según me contó Daisy, el capitán estaba enamorado de tu madre, y parecía quererte también a ti; tanto, que en algún momento sugirió la posibilidad de reconocerte como hija suya (entiendo que casarse con tu madre estaba fuera de toda cuestión porque él ya lo estaba). Sin embargo, la señora Halsington nunca correspondió a sus sentimientos y conoció a alguien más.

Desde luego que sí, se dijo Isabelle tomándose apenas un instante para retomar su lectura y sin saber si deseaba saber lo que le estaban a punto de revelar.

No voy a hablarte de este hombre; su historia no te concierne más allá de saber que tu madre lo amó de una forma irreflexiva que terminó por perjudicar gravemente a todos. El capitán se enteró de aquello y decidió alejarse de ella; por desgracia, lo hizo también de ti, claro. Tu madre fue una mujer fuerte y se repuso con rapidez de este traspíe, poco después regresó a Londres; y una vez que ese hombre salió de su vida, retomó las que habían sido sus actividades hasta entonces. Solo un par de años después conoció a lord D, pero esa tampoco es tu historia.

No, esa es la de Clara, supuso Isabelle; de la misma forma en que, haciendo rápidas cuentas, no le costó adivinar que aquel hombre por el que su madre perdió al capitán debió de ser el padre de Eloise.

Intenté averiguar tanto como fue posible respecto a ese capitán, pero Daisy no sabía mucho acerca de él salvo su nombre y poco más. Quiero compartirlo contigo porque creo que tienes derecho a saberlo y estoy segura de que usarás esa información con la sensatez que he intentado inculcarte; desafortunadamente, también sé que es posible que ese ímpetu que tanto te cuesta controlar te lleve a actuar de forma irreflexiva. Cualquiera sea el caso, confío en que el resultado de lo que decidas hacer solo te depare la felicidad que mereces.

El nombre de tu padre fue Nicholas Stevenson. Capitán Stevenson, o cualquier otro rango al que pudiera ascender con el paso de los años. Cuento también con la dirección a la que tu madre acostumbraba escribirle en Londres; ignoro si aún reside allí o si siquiera continúa con vida, pero te la dejaré anotada aquí por si la necesitas.

Eso es todo lo que puedo decirte de tu pasado, querida Isabelle; me gustaría que fuera mucho más y que resultara también más alegre, pero como te he dicho con frecuencia, nadie elige las circunstancias en las que viene al mundo, tan solo lo que hace con ellas. Cualquiera sea la decisión que tomes ahora, recuerda que eres una joven valiosa y brillante y que no necesitas el reconocimiento de nadie para ser feliz. Llévame en tu corazón, de la misma forma en que las llevo a ti y a tus hermanas en el mío; no dudo de que algún día nos veamos de nuevo y, hasta entonces, recuerda que te quiero y que me siento muy orgullosa de ti.

Eliza Bernthold

Isabelle dejó caer el trozo de papel ajado sobre su regazo y deseó ser capaz de sentir algo más allá de la amargura que la embargaba siempre al pensar en su madre. No en mamá, la señorita Bernthold, sino en su verdadera madre, la señora Halsington, que se había convertido en una figura borrosa de su infancia a quien le habría gustado olvidar del todo. Pero eso era imposible.

Poco después, leyó la carta una segunda vez, y una tercera; las letras empezaron a danzar ante sus ojos y comprendió que se encontraba agotada. Al mirar al reloj sobre la repisa comprobó que era muy avanzada la noche y dejó el papel sobre una mesilla antes de cerrar los ojos. No tenía idea de lo que habría de hacer con esa información, pero tampoco deseaba considerarlo de inmediato; necesitaba pensar y luego, bueno, luego decidiría qué era lo mejor.

Muy en el fondo, sin embargo, reconoció antes de quedarse profundamente dormida, la verdad era que sí lo sabía. Lo supo desde el momento en que leyó el primer renglón de la carta de su madre, o incluso tal vez cuando la tía Mary la puso en sus manos horas antes. Necesitaba más respuestas, muchas más; y estaba claro dónde tendría que ir para conseguirlas.

Pero eso sí que lo enfrentaría al día siguiente, aceptó con su último suspiro antes de caer en un sueño inquieto.

—Te lo dije.

—Bueno...

—Tienes que reconocer que así fue; te dije que esto sería exactamente lo que haría.

Isabelle frunció el ceño e hizo como que no oía el silencioso intercambio entre sus hermanas, pero ya que ellas no dejaron de cuchichear y era obvio que era ella el motivo de esos murmullos, no le quedó otra alternativa que dejar de fingir que estaba concentrada en arrancar los hierbajos del jardín ante la casita y se incorporó con un quejido para mirar de una a otra con expresión desafiante.

—¿Y bien? —preguntó ella dirigiéndose a Clara en primer lugar—. ¿Qué fue eso que le dijiste a Eloise?

Su hermana tuvo la delicadeza de sonrojarse, pero no pareció demasiado avergonzada por haber sido enfrentada de forma tan directa. Luego de arreglarse el sombrero que protegía su piel pálida de los rayos del sol, elevó el mentón con ademán desafiante.

—Dije... le dije anoche que una vez que leyeras la carta de mamá serías la primera que se pondría en camino —indicó ella tras vacilar un instante.

Isabelle apretó los labios.

—¿En camino a donde, exactamente? —preguntó ella.

—No lo sé —reconoció la más joven—. Supuse que nos lo contarías.

Isabelle sintió parte de su enojo disolverse al oír el tono indeciso de su hermana; en especial cuando su ojos se toparon con los de Eloise, que mantenía una expresión sosegada pese a que pudo advertir un brillo divertido en sus ojos grises.

—No quiero hablar de eso —indicó ella al fin—; al menos no demasiado. Es...

—Yo lo entiendo —se apresuró a asegurar Clara algo más tranquila al reparar en que ella parecía menos presta a la discusión—. Tampoco quiero hablar de mi carta. Mamá dijo... —La joven frunció el ceño—. No es algo por lo que sentirse orgullosa.

Isabelle cabeceó porque comprendió que Clara se encontraba también un poco confusa y afectada por conocer al detalle las circunstancias de su nacimiento; quizá hubiera dejado de verlo como el evento romántico que había imaginado hasta entonces.

—No es tu culpa —dijo ella con la convicción latiendo en cada una de sus palabras—. Y tampoco es culpa mía, o de Eloise, cuando al fin se decida a leer su carta. —Isabelle alternó la mirada de una a otra—. Las decisiones de... lo que madre hiciera, las personas con las que se involucrara... eso no es nuestra responsabilidad.

Clara no pareció demasiado convencida, pero fue evidente que tampoco se encontraba tentada a discutirlo; tal vez aún intentara asimilar la información procurada por mamá, supuso Isabelle al advertir que se veía más afectada de lo que había supuesto.

—De modo que Clara estaba en lo cierto; te irás.

La suave voz de Eloise rasgó el silencio, e Isabelle volvió la mirada hacia ella con el entrecejo levemente fruncido; no halló censura en la voz de su hermana, pero ya que de por sí se sentía un poco insegura de la decisión que acababa de tomar, no pudo evitar que su tono surgiera un tanto receloso al responder.

—Sí, me iré; pero no es lo mismo que tú... no pretendo huir...

No quiso decir eso último; y se arrepintió muchísimo al advertir un leve brillo de dolor en los ojos de su hermana, pero ella fue lo bastante noble para ocultarlo, y cuando Isabelle fue hacia ella con la intención de ofrecerle disculpas, Eloise sacudió la cabeza con suavidad y le dirigió una dulce sonrisa.

—Sabemos que no pretendes huir de nadie; por el contrario, vas en su busca —indicó ella con sencillez.

Clara se adelantó antes de que Isabelle encontrara las palabras para responder; apartó su largo

cabello dorado con un manotazo impaciente cuando le nubló la mirada y esbozó un gesto arrogante que le sonó un poquito al recuerdo que conservaba de lord D.

—También hablamos acerca de eso anoche —indicó la más joven, por fortuna ajena a los pensamientos de su hermana—. Prometimos que, decidieras marcharte o no, apoyaríamos tu decisión. Yo me quedaré para ayudar a tía Mary con la posada; y aunque Eloise volverá con los Thompson, está dispuesta a volver y darnos una mano si hiciera falta.

Isabelle entreabrió los labios y miró de una a otra con cierta sorpresa.

—¿Estás segura? —preguntó dirigiéndose a Clara con tono indeciso—. Será mucho trabajo.

La joven se encogió de hombros y esbozó una sonrisa confiada.

—Nada fuera de lo ordinario —indicó ella—. Y no estaremos solas, contamos con suficiente ayuda; además, si hiciera falta, estoy segura de que tía Mary aceptaría buscar a alguien más. Tan solo hasta que estés de regreso, claro.

—Escribiré con frecuencia para mantenerme al tanto de lo que ocurra —terció Eloise dando un paso hacia ellas—. Clara sabe que debe contarme cualquier cosa que considere importante, y avisaré a los Thompson que tendré que irme de inmediato si surge algo.

Isabelle asintió sin ser consciente de que lo hacía; se sintió consternada por las palabras de sus hermanas, no solo porque ofrecieran su apoyo de aquella forma. Pese a sus diferencias, siempre se habían ayudado entre todas sin la más mínima duda. Lo que más le sorprendió fue el hecho de que ambas parecieran tomar su decisión de ir en busca de su pasado como si fuera algo completamente natural. ¿Lo era? ¿No cometía un terrible error?

—¿Y qué ocurre contigo? —preguntó ella entonces dirigiéndose a Clara en tono indeciso, algo poco habitual en sus maneras más bien determinadas—. ¿No quisieras ir también? ¿Encontrar tus propias respuestas? Sé que Eloise no lo tiene muy claro aún, pero tú...

Clara sacudió la cabeza de un lado a otro antes de que pudiera terminar la oración.

—Quiero saber —reconoció ella tras humedecerse el labio inferior con gesto nervioso—, pero no ahora. No creo que esté lista; ni siquiera sé si algún día tendré el valor para intentarlo. Necesito tiempo —explicó tras dar una mirada al cielo cubierto de nubes—. Me hará bien quedarme aquí ayudando a tía Mary hasta entonces; podré decidir luego.

Isabelle asintió y exhaló un hondo suspiro antes de enderezar los hombros en un ademán cargado de determinación; si había albergado alguna duda hasta entonces, le bastó con oír las palabras de sus hermanas para saber que hacía lo correcto y que, cualquiera que fuera el resultado de sus gestiones, ellas la apoyarían sin reservas.

—Muy bien —dijo ella limpiándose las manos terrosas en el frente del delantal—. Entonces no hay nada más que decir. Me voy a Londres.

Clara y Eloise intercambiaron una rápida sonrisa que pareció indicar que aquello era también algo que esperaban oír; y en tanto volvían otra vez a su labor, deshierbando el jardín mientras compartían recuerdos de su madre y de la vida a su lado, Isabelle se mantuvo extrañamente silenciosa. En su interior, planeaba cada uno de sus pasos con la meticulosa estrategia de un

general que está a punto de enfrentar en batalla al peor de sus enemigos; y no estaba dispuesta a perder.

Capítulo 2

Isabelle llegó a Londres una mañana nublada, lo que le pareció bastante apropiado, ya que armonizaba estupendamente con su estado de ánimo.

El viaje desde Gloucestershire se le hizo eterno aun cuando recordaba que, al hacerlo a la inversa varios años atrás, los caminos se encontraban en mucho peor estado y había pasado casi todo el viaje lamentándose por el llanto de Clara y el mutismo de Eloise.

El recuerdo de sus hermanas le arrancó una sonrisa cargada de nostalgia. Estaba sola ahora. No las tenía a ellas ni a su madre, y aunque era muy consciente de que aquello podría suponerle un duro revés, en el fondo también sintió cierta emoción ante la idea de enfrentarse a la ciudad en solitario.

Esa tal vez se convertiría en una contradicción constante, supuso al apearse del vehículo en que hizo el viaje desde Gloucestershire; cargaba una pesada maleta con ella, pero el trabajo en el campo le había ayudado a desarrollar su fuerza y no tuvo mayores problemas en llevarla con una mano en tanto usaba la otra para maniobrar en el bolsillo de su vestido y dar con el papel que contenía las señas de la mujer que iba a buscar.

Su madre se sentiría orgullosa al saber que no había permitido que su carácter impetuoso le impidiera planear con cautela los pasos que pensaba dar en Londres. De ninguna manera pensaba usar la dirección que mantenía anotada con celo para presentarse ante la casa de ese hombre sin antes averiguar si seguía con vida y, aún más importante, quién era en realidad.

Y para ello, tenía que hilar fino y cumplir con los severos lineamientos que se había esmerado en trazar antes de dejar Gloucestershire, se dijo estudiando una vez más el papel que sostenía ante sus ojos.

«Tess Joyce», leyó con los ojos entrecerrados para protegerse de los tímidos rayos de sol que se colaban entre las nubes. Tenía que encontrar la casa de la señora Joyce si quería asegurarse de dar con un punto de partida apropiado para lo que tenía en mente.

Pidió algunas señas y optó por hacer a pie el camino hasta la calle que le indicaron; aun cuando no se encontraba precisamente en la indigencia, contaba con recursos limitados y era importante que cuidara con celo cada penique; cuando menos hasta que pudiera empezar a ganar

algo de dinero.

Según avanzaba, fue dejando atrás el bullicio del centro de la ciudad y se internó en una zona algo más cuidada que, si bien distaba de aquella en la que había vivido siendo una niña, poseía cierto aire elegante que encontró muy atractivo.

Isabelle cruzó una amplia calle y disminuyó el paso al considerar que iba a necesitar un momento para recomponer su aspecto antes de presentarse ante la señora Joyce. Podía sentir algunos de sus cabellos pegados a la sien húmeda por el sudor y estaba segura de que los bajos de la falda debían de haberse estropeado con el polvo del camino. Su sombrero se balanceaba peligrosamente sobre su cabeza y, en general, debía distar de dar una buena impresión.

Distinguió un discreto letrado a lo lejos y, al dar una rápida mirada al papel con la dirección, comprendió que había llegado al lugar correcto. Se detuvo un momento para estudiar su reflejo en el escaparate situado a la derecha de la entrada y este le devolvió una imagen que le provocó un suspiro. Tal vez debió ser un poco más flexible y tomar un carruaje de alquiler para hacer el viaje desde el centro, reconoció de mala gana; pero como no había nada que pudiera hacer entonces, descartó el pensamiento con un gesto ceñudo.

Dejó su maleta sobre la calzada e hizo lo mejor que pudo para adecentar su apariencia. Se limpió el polvo de sus mejillas con un pañuelito de batista que ella misma cosiera y bordara con sus iniciales, y acomodó sus cabellos lisos y abundantes lo mejor que pudo para asegurarse de que permanecían bien sujetos en un rodete bajo el sombrero.

Con su vestido no pudo hacer mucho, lamentablemente; a lo sumo consiguió sacudir parte del polvo del camino y enderezó el lazo del frente; era el mismo traje que había usado para el funeral de su madre. Lo eligió porque quería dar una buena impresión; en Gloucestershire le había parecido casi elegante. Ahora, sin embargo, al dar una rápida mirada a la gente que transitaba a su alrededor y que entraba y salía de los establecimientos situados a lo largo de la avenida, se dijo que su concepto de la elegancia tal vez no fuera el más adecuado. Esas personas sí que lo eran; en especial las mujeres que iban vestidas de punta en blanco con trajes de seda y muselina con intrincados adornos y sombreros que debían de costar el triple de lo que valía todo lo que llevaba ella encima.

No permitió que aquello la desalentara, sin embargo, no iba allí a deslumbrar a nadie; por el contrario, esperaba que la señora Joyce encontrara adecuada su discreta humildad. De modo que elevó el mentón, dio una nueva mirada a su reflejo y asintió de forma casi imperceptible como si pretendiera así infundirse de valor.

La campanilla del establecimiento repiqueteó con un suave tintineo cuando Isabelle cruzó la puerta de entrada; el sonido le recordó al golpeteo del cristal al caer. Se detuvo en medio de la estancia para acostumbrarse a la claridad en el interior y dar una mirada alrededor.

Nunca había estado en el local de una modista hasta entonces; eso siempre y cuando exceptuara a la señora Dresner, la mujer del pueblo que cosía los trajes de ella y sus hermanas cuando eran pequeñas antes de que Isabelle empezara a hacerlos por sí misma.

Desde luego, había una gran diferencia entre la sala de la señora, donde les tomaba las medidas y hacía las pruebas, y el lugar en que se encontraba en ese momento.

Era un espacio amplio y muy iluminado por las lámparas de gas que no había tenido ocasión de apreciar aún; los amplios ventanales, además, dejaban ingresar el escaso brillo solar proveniente del exterior, y un aroma intenso inundó su nariz cuando aspiró con fuerza. Una mezcla de vainilla y agua de rosas, dedujo con el ceño fruncido; le pareció un olor demasiado penetrante, pero supuso que era algo de esperar.

La estancia estaba dividida por algunos biombos situados en los extremos, y una pequeña puerta en un rincón cubierta con un tapiz dorado destelló ante sus ojos. Isabelle no vio a una sola alma en el lugar, a excepción de ella, y por un instante le extrañó que nadie se acercara al oír el sonido de la campanilla. Fue hacia la puerta sin vacilar; sus pies resonaron sobre la piedra que cubría el suelo y que sin duda pretendía pasar por mármol; sus oídos captaron un murmullo de voces al otro lado de la puerta. Cuando llegó allí y se disponía a golpear para anunciarse, escuchó una vez más el ruido de la campanilla y giró de golpe para ver de quién se trataba.

Una figura de anchos hombros y de elevada estatura se recortó ante la puerta de entrada, e Isabelle tuvo que parpadear un par de veces para distinguir su rostro con nitidez.

Un rostro ciertamente extraordinario, se dijo, poco después, una vez que consiguió recomponerse de la sorpresa que le produjo la visión del recién llegado. De facciones clásicas al grado de recordarle a las esculturas que alguna vez viera en los libros de historia y con unos ojos de un sorprendente tono de azul, debía de ser el hombre más atractivo con el que se topara en su vida.

Desde luego, tampoco era que hubiera visto muchos, así que hacía mal al pretender comparar y quedarse observándolo como una tonta; se reprendió con cierta rapidez, apartando la mirada, avergonzada de que el hombre pudiera encontrar ofensiva su inspección.

Él, que pareció igual de sorprendido al verla allí, dio un paso hacia ella tras vacilar y aquello permitió a Isabelle apreciar que se movía con una elegancia que parecía armonizar con el cuidado ambiente en que se encontraban. Por lo demás, debió reconocer también que aquella elegancia no le restaba ni un ápice de masculinidad; pudo apreciarlo en la forma en que mantenía apretado el mentón al dirigirse a ella y en sus manos de dedos largos y fuertes muñecas.

—Señorita.

El hombre inclinó levemente la cabeza en señal de saludo, e Isabelle encontró que su voz era tan atractiva como su apariencia; grave, bien modulada y con un acento que delataba su condición de londinense. A diferencia del suyo, que habría de sonar algo más cerrado por todos los años vividos en el campo, supuso ella sin que la idea le incomodara en absoluto; por ello, no dudó al responder con una seguridad que estaba lejos de sentir.

—Buenos días —dijo ella tras hacer un corto asentimiento—. ¿Puedo ayudarlo?

Con seguridad, a la señora Joyce le horrorizaría que se arrogara la labor de recibir a un visitante cuando aún ni siquiera la había visto y no sabía si permitiría que se quedara; pero

Isabelle estaba acostumbrada a llevar la voz cantante y nunca se le había dado bien adoptar una pasividad más propia de jovencitas que no tenían idea de qué decir o hacer. Si ese hombre necesitaba algo, tal vez pudiera ayudarlo y así la señora Joyce podría comprobar desde ese instante cuán útil podía serle.

Vio al hombre vacilar antes de lanzarle una mirada intrigante; luego, arqueó una ceja, de un tono muy similar al de su cabello dorado con mechones algo más oscuros en las sienes, y esbozó la sombra de una sonrisa.

—Eso espero —dijo él entonces—. ¿Trabaja aquí?

Isabelle no dudó al responder.

—Es posible —dijo ella.

—Disculpe, no la he entendido. ¿Quiere decir que no trabaja aquí?

—No. Me refiero a que es posible que sí lo haga.

—¿No está segura?

Isabelle se encogió de hombros.

—No aún —respondió con franqueza—. Pero confío en que eso no me impida ayudarlo.

—Bueno, espero que no me tome a mal; pero si no está segura de si trabaja aquí o no, es poco lo que puede hacer por mí —replicó él—. A menos, claro...

Isabelle se adelantó un paso y lo observó con curiosidad.

—¿A menos...? —lo alentó ella.

El hombre carraspeó y dio una mirada tras ella en dirección a la puerta que permanecía cerrada.

—He venido a recoger a unas damas —explicó él al fin.

Isabelle apartó la mirada y cabeceó al comprender. Claro. ¿Por qué otro motivo se encontraría un hombre como él en ese lugar?

—Ya veo.

Él pareció aliviado, y su sonrisa se acentuó hasta revelar un leve hoyuelo en el mentón que atrajo la atención de Isabelle una vez que volvió la mirada a su rostro.

—He llegado algo temprano, me temo; terminé antes de lo que había calculado y pensé que si me distraía con otra cosa se me haría tarde —explicó él, y entonces ella advirtió que la veía también a los ojos con una calidez que le produjo un leve estremecimiento—. Supongo que tendré que esperar.

—Pero le gustaría que pregunte si las damas en cuestión van a tardar, supongo.

—Lo agradecería mucho —asintió él, al parecer satisfecho de que lo comprendiera tan bien—. Tan solo para saber si debo esperar aquí o puedo dar un paseo por la calle. No me gustaría incomodar a sus clientas.

Isabelle sonrió.

—No son mis clientas —aclaró ella—. No aún.

—Pero tal vez lo sean; espero con sinceridad que así ocurra si es eso lo que desea.

Isabelle agradeció sus palabras con una cabezada y se llevó una mano a las caderas con ademán resuelto.

—Muy bien; espere aquí —indicó ella antes de dirigirse a la puerta; pero apenas acababa de dar un par de pasos cuando recordó algo y le dirigió una mirada sobre el hombro—. No pierda de vista mi maleta, por favor; es todo lo que tengo.

No le avergonzó mostrarse tan honesta respecto a su situación o sus escasas pertenencias; después de todo, no tenía idea de quién era él, y era evidente que ella estaba allí como una joven en busca de trabajo; no tenía ningún interés en aparentar algo que no era.

Él, que pareció encontrar gracioso su pedido, asintió con gesto solemne y ojos brillantes.

—La cuidaré con mi vida —prometió.

Isabelle hizo una mueca antes de dirigirle una última mirada y solo entonces se apresuró a ir a la puerta; luego de dar un discreto golpecito la abrió lo suficiente para pasar por la abertura y cerró tras ella con suavidad.

Se encontró ante un corredor escasamente iluminado, pero su vista se acostumbró con rapidez a la penumbra y advirtió que había, cuando menos, dos o tres puertas a cada lado; los murmullos que oyera desde fuera cobraron intensidad y se dirigió al origen del ruido. Se detuvo ante la puertecilla más alejada de la izquierda y golpeó con discreción para anunciar su llegada.

El ruido cesó de golpe y aguardó en silencio hasta que la puerta se abrió con cierta brusquedad; una jovencita que no podría tener más de quince años le devolvió una mirada extrañada, e Isabelle la estudió con rapidez. Era alta, muy menuda y con el cabello de un rojo tan encendido que parecía como si le hubieran prendido fuego; las pecas en sus mejillas estaban mucho más acentuadas que las suyas y distinguió una sonrisa de dientes pronunciados que le provocó devolverle el gesto sin mayores reservas.

—Lamento molestar, pero acabo de llegar y aunque la campanilla sonó...

La chiquilla hizo un gesto que le pareció avergonzado y miró sobre su hombro antes de dar un paso hacia ella.

—Lo siento mucho. —Su voz estaba impregnada por un tosco acento que le pareció proveniente de Cornualles—. Estoy solo yo para ayudar a la señora Joyce y hay tanto ruido aquí... —Se cortó de golpe y sus mejillas se tiñeron de un rojo similar al de su cabello—. Espere un momento; le llevaré algo para beber tan pronto como pueda, y la señora Joyce tomará su pedido en cuanto haya terminado aquí.

Isabelle sacudió la cabeza de un lado a otro para sacarla de su error.

—No estoy aquí para comprar nada —aclaró ella—. La señora Joyce sabía que vendría, pero puedo esperar; sin embargo, hay un caballero...

—¿Qué ocurre, Jane? ¿Qué es todo ese ruido?

La joven esbozó un mohín al oír la voz proveniente del interior e hizo un ademán para que Isabelle esperara; luego, volvió a entrar a la habitación, pero dejó la puerta entreabierta y esta no pudo resistirse a dar una mirada al interior con cuidado de no ser descubierta.

Distinguió una estancia pequeña, un biombo a la derecha, desde el que surgía un brazo de un tono de marfil destellante, y una figura menuda y enérgica que sostenía ante ella un lío de seda de un verde esmeralda; la mujer resoplaba por el peso, pero mantenía una postura envidiable en tanto iba recitando algunas indicaciones. Isabelle creyó que se dirigía a quien quiera que se encontrara al otro lado del biombo, pero entonces captó una réplica proveniente de su izquierda; una voz de mujer de entonación grave y bien modulada.

Entonces la espalda de la chica, Jane, le obstruyó la visión, de modo que se echó hacia atrás por si alguna de las ocupantes de la estancia advertía su presencia. Si la señora Joyce la descubría acechando, y no dudaba de que una de aquellas mujeres fuera ella, bien podía dar el viaje por perdido.

Aguardó callada y de espaldas a la puerta hasta que Jane volvió unos minutos después; Isabelle advirtió que la veía con renovada curiosidad y que su sonrisa parecía más sincera al dirigirse a ella.

—La señora Joyce dice que si es usted la señorita Bernthold...

La chica pareció encantada cuando la vio asentir y continuó con mayor rapidez.

—Bueno, dijo que debe esperar a que termine para hablar con ella, pero que mientras tanto puede ir a al saloncito que está aquí al otro lado de esa puerta de la derecha, para refrescarse del viaje. —Los blancos dientes de Jane resplandecieron en su rostro enjuto—. Le dije que se veía exhausta.

Isabelle sonrió para agradecer la atención y sintió un alivio casi palpable al saber que su llegada era bien recibida; por lo que podía ver y también adivinar, era obvio que la señora Joyce necesitaba toda la ayuda que pudiera encontrar y supuso que eso jugaría a su favor para que le diera el empleo que había ido a buscar.

—Eso es muy amable de su parte, y lo haré con gusto, nada me tienta más; pero como le dije, hay un caballero allí afuera y dijo que buscaba a una dama. ¿Será posible que se trate de la clienta a la que la señora Joyce está atendiendo allí adentro? —Isabelle bajó la voz tanto como pudo y dio una cabezada para señalar a la puerta.

Jane frunció el ceño y luego se encogió de hombros.

—Allí solo están la señora Worsley y su hija —indicó ella—. Pero sí, supongo que debe estar buscándolas a ellas, no hay ninguna otra cita hasta dentro de un par de horas.

Isabelle asintió.

—¿Y tardarán mucho? —preguntó ella—. Prometí al caballero averiguarlo.

La joven sacudió la cabeza de un lado a otro.

—No lo creo. Solo había que tomar algunas medidas, y la señora Joyce es muy rápida; la señorita Worsley le explicaba qué es exactamente lo que quiere, pero ya se está vistiendo de vuelta; es por eso que necesitaba mi ayuda. —Jane dudó y le dirigió una sonrisa de disculpa—. ¿Le importaría decir al caballero que saldrán en unos minutos? Intentaré apurarlas.

Isabelle cabeceó y sonrió; no hizo falta que respondiera. Sin dudar, atravesó nuevamente el

corredor y se dirigió de vuelta al saloncito de recibo, donde halló al hombre que dejara allí hacía unos minutos sentado sobre una butaca bajo la ventana. Tal y como había prometido, mantenía la vista fija sobre su vieja maleta y aquello arrancó a Isabelle una sonrisa que se esfumó tan pronto como él advirtió su llegada y la observó con interés.

Ella no tenía cómo saberlo, pero se veía muy bonita con las mejillas llenas coloreadas por un subido rubor provocado por el ajetreo del día y los mechones de cabello que se le habían escapado del peinado y le enmarcaban el rostro. Era la estampa de la salud y la osadía con su mirada brillante y el paso seguro que apenas vaciló al dirigirse a él con una sonrisa de disculpa.

—Lamento la demora —indicó ella—. Dígame: ¿son por casualidad la señora y la señorita Worsley las damas a quienes busca?

Él no asintió de inmediato; pareció como si le costara comprender sus palabras hasta que parpadeó un par de veces y apartó la mirada con los labios apretados.

—Sí —dijo él—. ¿Se encuentran allí?

—Se reunirán con usted en unos minutos —aseguró ella—. Si no le importa esperar...

—No, claro que no. Gracias.

Isabelle cabeceó sin responder y se dirigió al lugar en que había dejado su maleta; la tomó con un leve suspiro porque de pronto le pareció que pesaba el doble. Supuso que empezaban a agotársele las fuerzas luego de haber cargado con ella durante toda la mañana, pero hizo un ademán para rechazar la ayuda del hombre que se movió hacia ella al advertir el problema.

—Está bien —dijo ella—. Puedo con ella.

—¿Segura?

—Claro que sí; solo tengo que llevarla al otro lado de la puerta.

Él la observó con curiosidad.

—¿Se queda, entonces? —preguntó.

Isabelle hizo un gesto indeciso; por mucho que la señora Joyce pareciera necesitar ayuda, dudaba de que pudiera sentirse muy segura de sus posibilidades.

—Aún no estoy segura —respondió ella.

—Bueno, en ese caso le deseo suerte.

—Gracias. No le importa quedarse solo, ¿cierto?

Él vaciló un instante antes de responder, pero cuando lo hizo le pareció que hacía un gran esfuerzo por parecer tan despreocupado como sonó.

—No me oírás quejarme por disfrutar de su compañía, pero eso no sería justo con usted; parece que le vendrá bien descansar —indicó—. Gracias por su ayuda.

Isabelle cabeceó antes de asentar la maleta contra su cadera y, tras hacer un gesto de despedida, se dirigió una vez más a la puerta dorada; luego de perderse tras ella, fue al saloncito que le había indicado Jane. Una vez allí, lo estudió con curiosidad y no le extrañó que se viera muy similar al que acababa de abandonar, solo que era bastante más pequeño. A diferencia de lo que vio en aquel, sin embargo, allí halló una mesita y una jarra con agua sobre esta, de la que se

apresuró a beber.

Estaba sedienta, y la frescura de la bebida pareció infundirla de nuevas fuerzas. Dudó acerca de qué hacer a continuación, pero al comprender que no tenía idea de cuánto tendría que esperar por la señora Joyce, acomodó su maleta en un rincón y se dejó caer sobre una poltrona tan acolchada que le pareció como si acabara de aterrizar sobre una nube.

Rio por un pensamiento tan infantil, más propio de Clara, y estiró las largas piernas al tiempo que se despojaba del sombrero.

«Vaya día», se dijo con un suspiro apagado; y todavía estaba lejos de terminar. Aún debía saber si la señora Joyce estaría dispuesta a aceptarla. La tía Mary había parecido muy segura de eso cuando le dio su dirección luego de anunciar que le había escrito para hablarle de ella con el fin de que aceptara recibirla en su negocio. Con la habilidad de Isabelle con la aguja y la necesidad que había siempre en Londres de costureras bien entrenadas, no veía por qué no fuera a aceptar siquiera darle una oportunidad; además, como aseguró la anciana, la señora Joyce fue buena amiga de la señorita Bernthold en tanto vivió allí y con seguridad estaría dispuesta a dar una mano a la joven.

Isabelle supuso que eso lo descubriría pronto, y estaba dispuesta a aferrarse a la oportunidad con uñas y dientes si eso le permitía asegurarse de tener un techo y una paga mientras se encontrara en Londres.

Luego, cuando estuviera lo bastante segura, usaría la información que su madre había dejado para ella.

El canturreo de Jane acalló parte de los murmullos de la señora Joyce cuando esta empezó a recitar una serie de palabras que solo ella parecía entender.

—No, no, no. La cinta no puede estar mal... la cintura...

Isabelle ya se había acostumbrado a que la mujer hablara consigo misma la mayor parte del tiempo; al menos cuando se encontraba embebida en el trabajo. Con solo dos semanas bajo sus órdenes, empezaba a encontrar ese rasgo de su carácter divertido; con seguridad, a Clara le habría hecho mucha gracia. Debía mencionarlo en su próxima carta, se prometió entre una puntada y otra al ruedo del vestido en que llevaba algunos días trabajando.

No había sido difícil convencer a la señora Joyce de que poseía las habilidades necesarias para serle de utilidad. Además, por lo que Isabelle pudo deducir poco después, el negocio no pasaba por su mejor momento, y aunque la mujer necesitaba ayuda para cumplir con sus pedidos, era poco lo que podía pagarle. Las costureras con más experiencia requerían una paga mejor, y las jóvenes como Jane, que estaban dispuestas a trabajar por unos cuantos peniques, aún no contaban con la pericia como para hacer poco más que mantener limpio el lugar y hacer los mandados.

Isabelle contempló las puntadas con ojo crítico y asintió, satisfecha; todavía deberían pasar por la inspección de la señora Joyce, pero dudaba de que ella hallara algo que criticar. Aunque en un

principio había parecido un poco renuente a dejarla trabajar en solitario, le bastó con ver un par de sus trabajos para comprobar que Isabelle contaba con el suficiente talento para hacer una labor esmerada sin mayor supervisión, lo que pareció un alivio para ella.

—Creo que lo tendré terminado para mañana por la tarde si todo va bien.

Isabelle habló con suavidad y elevó la mirada para asegurarse de que la señora Joyce la había oído; la vio dejar de murmurar y asentir levemente antes de volver a su inspección del encaje que sostenía ante su mesa de trabajo.

Se encontraban en el taller adjunto al saloncito en que Isabelle había aguardado el día de su llegada. En aquella ocasión, la señora se había reunido con ella poco después; y luego de aceptar emplearla a prueba unas semanas, la llevó para mostrarle el resto del local. A Isabelle lo que más le gustó fue el espacio dedicado a las labores de costura propiamente dichas; las clientas nunca iban a ese cuarto de techos bajos y colmado de telas envueltas en largos rollos con papel de seda que ella disfrutaba admirar, imaginando todo lo que podría crear con estas.

La señora Joyce, y ahora también ella, pasaban buena parte de las mañanas allí porque era poco habitual que alguna cliente hiciera una cita hasta pasado el mediodía. La mayor parte de la clientela estaba compuesta por damas de posición holgada que podían darse el lujo de levantarse tarde y empezar sus visitas a una hora avanzada.

—La señora Worsley estará muy complacida; su hija necesita el vestido para la velada musical de la señora Russell.

Isabelle suspiró, aliviada, al comprobar que aunque la señora Joyce podía parecer muy distraída, en el fondo no se le escapaba nada y siempre atendía a sus palabras con consideración.

—Hará falta una prueba —señaló la señora poco después—. Enviaré un mensaje a la señora Worsley para preguntarle si le viene bien pasar mañana. La última vez que vino no pareció muy complacida.

Isabelle frunció el ceño al recordar la cita de hacía unos cuatro días. Entonces había tenido oportunidad de ver en persona a las mujeres que se encontraban en el local el día que ella llegó y podía decir que aun cuando eran tal y como había imaginado que sería buena parte de la clientela de la señora Joyce, estaba lejos de sentirse impresionada para bien.

La señora Worsley era una mujer extremadamente altanera que trataba a quienes consideraba sus inferiores con una cierta rudeza que Isabelle encontraba molesta; había sido muy cortante con Jane cuando esta intentó conducir las a un saloncito para que su hija pudiera probar el vestido que encargó, y a Isabelle no se le escapó que aun cuando procuraba mostrarse algo más cortés con la señora Joyce, era también evidente que la consideraba una molestia necesaria.

Isabelle no tenía muy claro qué pensar de su hija porque, si bien se mostraba algo más amable que su madre, le pareció que eso se debía tan solo a que se encontraba tan amedrentada por la presencia de esta que no se atrevía a revelar del todo su verdadera personalidad. Seguro que lo haría con el tiempo, y era posible que terminara convirtiéndose en una mujer tan desagradable como la otra, supuso Isabelle al considerarlo y sin poder evitar acordarse del hombre que fuera a

buscarlas el día de su llegada.

Le había parecido tan agradable que era una lástima imaginar que terminara emparentado con ellas. Para Isabelle, estaba claro que ese sería el caso; después de todo, ¿por qué otra razón un caballero iría a recoger a una madre y a su hija en edad casadera al negocio de una modista? Debía de ser su prometido o, cuando menos, un pretendiente aceptado por la familia.

Isabelle sacudió la cabeza de un lado a otro para apartar la idea porque sabía que eso no era asunto suyo y que tenía mayores problemas por los que ocuparse que no fueran el destino de un extraño y su mala elección de esposa. Además, una idea empezó a germinar en su mente tan pronto como oyó el lamento de la señora Joyce respecto a la molestia de sus clientas por tener que ir a probarse el vestido de marras.

—¿Y no podría usted ir a su casa para que ellas no se vean en la necesidad de venir? —sugirió ella con tiento.

Tal y como esperaba que ocurriera, la señora Joyce emitió un resoplido y la miró como si creyera que era tonta. Por un momento, dejó de lado su distracción y pareció muy consciente de lo que la rodeaba.

—¿Cómo podría? —se preguntó ella a su vez—. No es que tenga mucho trabajo, como has podido ver, pero las clientas que llegan esperan verme aquí, y ni tú ni Jane podrían ocuparse de atenderlas de la forma en que lo haría yo.

Isabelle forzó una sonrisa de disculpa y asintió, contrita.

—Desde luego; tiene razón, no sé en qué estaba pensando, pero aun así... sería una pena perder a una clienta como la señora Worsley por algo como eso. Tal vez...

La frase quedó en el aire, latente, pero Isabelle no dijo nada hasta que advirtió la curiosidad en el rostro de la costurera.

—Pensé que tal vez podría hacerlo yo —explicó ella al fin—. Sería tan solo hacer que se probara el vestido y tomar nota de cualquier arreglo que deba hacerse antes de entregarlo cuando esté terminado. No creo que la señora Worsley ponga ninguna pega de que vaya yo en su lugar, si eso le permite no tener que venir en persona.

Isabelle revisó una última puntada y la sostuvo contra la luz, en apariencia muy tranquila mientras esperaba la respuesta de la señora Joyce; la verdad, sin embargo, era que su corazón bombeaba a toda velocidad y que un espectador más atento habría notado que sus dedos temblaban de forma casi imperceptible.

Luego de lo que le pareció mucho tiempo, oyó a la mujer carraspear y, al buscar su mirada, se encontró con su rostro aún un tanto indeciso.

—Bueno, supongo que podríamos probar —aceptó ella al fin—. ¿Qué podría salir mal?

Isabelle sonrió con dulzura y sacudió la cabeza de un lado a otro para dar a entender que estaba de acuerdo con ella; desde luego que nada podía salir mal, ella se ocuparía de que así fuera.

Y mientras la señora Joyce volvía a sus labores, al parecer aliviada de que hubieran llegado a

ese arreglo, Isabelle se prometió que haría todo lo posible por no perjudicarla; sin embargo, también pensaba aprovechar la oportunidad de salir finalmente a Londres con una buena excusa para dar una mirada a la casa del capitán Stevenson.

Aún no se había atrevido a hacer un solo movimiento en todo el tiempo que llevaba en la ciudad, porque buscaba el momento preciso y la excusa perfecta que le permitiera moverse por los círculos en que debía de encontrarse aquel hombre. Ahora contaba con ambos y no pensaba desaprovechar la ocasión de empezar a recabar las respuestas por las que se encontraba allí.

Capítulo 3

Isabelle no podía recordar con certeza dónde se encontraba la casa que ocupó durante los primeros años de su vida; y aun cuando estaba segura de que su madre había insistido mucho con lord D en su momento para que le proveyera de un lugar cómodo en una zona bien situada de la ciudad, dudaba de que estuviera en el mismo barrio en que se hallaba la casa de las Worsley.

O la de los Stevenson.

No fue difícil dar con la dirección que le indicara su madre en su carta. Sin embargo, debió reconocer al hallarse ante ella que estaba lejos de ser lo que había esperado. La residencia del capitán Stevenson, si él aún continuaba viviendo allí, era un edificio de piedra de proporciones respetables situado frente a una plaza por la que se desplegaban elegantes carruajes y diversos grupos de jinetes.

En su experiencia, y por cultura general, sabía que no era habitual que un miembro de la armada, por alta que pudiera ser su graduación, viviera en un lugar tan selecto y lujoso. Aquella sorpresa la llevó a considerar que tal vez su madre estuviera equivocada o, aún peor, que el capitán vendiera su propiedad cuando su valor empezó a incrementarse y ahora otra familia ocupara su lugar. En ese caso, le sería imposible dar con él.

Pero Isabelle no había llegado hasta allí para dejarse vencer por la primera eventualidad. De modo que, para disolver sus dudas, rondó un rato por la casa y buscó la entrada de los criados, dispuesta a abordar al primero que apareciera por allí. Por suerte, no tuvo que esperar mucho; una doncella salió con un gran cesto, y ella se le acercó de inmediato. Inventó una rápida historia según la cual acababa de llegar a la ciudad y buscaba trabajo.

La chica recorrió su vestido de luto, de buen corte pero deslucido, y asintió antes de decirle que según sabía no buscaban servidumbre allí, pero que si lo deseaba podía comentárselo al ama de llaves para que ella a su vez lo consultara con la señora Stevenson. Sin embargo, no podía prometerle nada porque, si bien la señora era muy amable, a su esposo, el coronel, no le gustaba contratar sirvientes que no llegaran con referencias.

Isabelle no necesitó oír más. Le agradeció su ayuda y le dijo que no hacía falta que se metiera en problemas por ella; tenía algunas perspectivas de trabajo que aún no había descartado del

todo, pero si las cosas iban mal, tal vez volviera para pedirle que abogara por ella.

Se despidió de la doncella con una última sonrisa de agradecimiento y no se detuvo hasta que se encontró varias calles más abajo; solo entonces soltó el aire contenido y se llevó una mano a los ojos. El peso del paquete con el vestido de la señorita Worsley que llevaba bien sujeto en la otra le recordó el verdadero motivo de que se encontrara en medio de la ciudad y confirmó la dirección que le diera la señora Joyce.

Intentó calmarse mientras se dirigía hacia allí, lo que no le impidió pensar en lo que acababa de descubrir.

El capitán Stevenson se había convertido en el coronel Stevenson; residía en el mismo lugar, al igual que su esposa y, por lo que mencionó la doncella, parecía un hombre exigente y desconfiado.

Tal vez aquello le pareciera poco a alguien que no se encontrara tan desesperado como ella, pero Isabelle se sintió aliviada de saber que no había llegado hasta allí para nada. A su parecer, acababa de dar un paso enorme en la dirección adecuada.

Tras prometerse que volvería para hacer otras discretas averiguaciones y, tal vez, presentarse directamente al coronel, reemprendió el camino a la casa de las Worsley con mayores bríos.

Llegó poco después con el brazo cansado por el peso, pero de muy buen humor; desafortunadamente, le bastó con encontrarse con el rostro de la matriarca poco después para que parte de este se disipara como por encanto.

Luego de que Isabelle se identificara ante un huraño mayordomo que la mantuvo esperando un buen rato en la puerta, la señora ordenó que la hicieran dar media vuelta para que entrara por la puerta de las cocinas. A Isabelle aquello le ofendió mucho menos de lo que le incomodó tener que irrumpir en las dependencias de los criados, que le dirigieron miradas compasivas al verla aparecer con el paquete pegado al pecho y expresión de disculpa.

El mayordomo la condujo poco después al piso superior, con cuidado de no llevarla a la zona donde se hallaban las habitaciones de la familia; al fin, se detuvo ante una puerta que golpeó un par de veces antes de que una mujer abriera para hacerle un gesto invitándola a pasar. Apenas tuvo tiempo para echarle una mirada; cuando mucho distinguió un uniforme oscuro, lo que indicaba que se trataba de una doncella.

La señorita Worsley fue hacia ella tan pronto como puso un pie en la estancia, e Isabelle adivinó que debía de encontrarse ansiosa por ver su vestido; pero bastó con un leve carraspeo para que la joven se detuviera de golpe y forzara una expresión de bien estudiado desinterés que no la engañó ni un segundo.

—¿Está...? ¿Lo tendrá listo para la velada de la señora Russell?

La señora Worsley frunció los labios al oír la pregunta de su hija, porque fue evidente que había dado por imposible intentar contener su entusiasmo. Isabelle no permitió que su brusquedad la intimidara, sin embargo; se sentía animada por el descubrimiento que hiciera esa mañana y ni siquiera el mal genio de aquella mujer lograría que lo olvidara. Además, aunque la

joven estaba lejos de resultarle simpática, sintió cierta ternura al ver su rostro radiante y la forma en que acarició la seda del vestido cuando lo sostuvo ante ella.

Le recordó un poco a Clara, con sus ojos brillantes y la ingenuidad que logró atisbar bajo sus párpados caídos.

—No veo por qué no —respondió ella entonces con una suave sonrisa en tanto se ocupaba de desplegar el vestido con ayuda de la doncella—. Cuando mucho hará falta hacer algunos ajustes, pero puedo tenerlo listo en un par de días. Habrá tiempo de sobra.

—La velada será el viernes; así que en realidad no cuenta con tanto tiempo —intervino la señora Worsley con un mohín—. Y no queremos sorpresas.

Isabelle no respondió; dudaba de que pudiera decir algo amable, de modo que se contentó con esbozar una tensa sonrisa y asintió con un movimiento brusco.

El vestido se ajustó al cuerpo de la joven como un guante; solo haría falta que soltara unas costuras en el polisión y que asegurara un lazo al hombro que a la madre se le ocurrió añadir a último momento. Por lo demás, estaba claro que podría hacerlo en una mañana sin mucho esfuerzo, y así se los hizo saber, prometiendo que lo tendrían un par de días después planchado y listo para usar.

La señorita Worsley pareció exultante ante aquello, pero su madre recibió la respuesta como si fuera lo mínimo que esperara oír e incluso le molestara que no hubiera dicho que podía tenerlo listo antes. Quizá en un par de horas.

Isabelle se tragó su molestia y aguardó a que la joven volviera a vestirse sin decir una palabra, ansiosa por marcharse con el vestido para ponerse con el trabajo lo antes posible, pero entonces se oyó un leve toque a la puerta y tuvo que aguardar a que la doncella atendiera. Cuando esta volvió, se acercó a la señora Worsley y susurró unas cuantas palabras a su oído con discreción al tiempo que deslizaba una tarjeta en su mano enguantada.

—Lord Ransom —anunció la dama, dirigiendo a su hija una mirada de advertencia.

La joven hizo algo de lo más curioso entonces: se llevó las manos a los labios y empezó a dar saltitos sobre la alfombra, con lo que la camisola que vestía empezó a flotar alrededor de sus piernas, y posiblemente hubiera terminado por echarse a gritar si su madre no le hubiera hecho un gesto que pareció dejar muy claro lo que le haría si no se calmaba.

—Pero... ¿pero qué está haciendo aquí? ¿Acaso le prometí un paseo, madre? No puedo recordarlo; juraría que no lo mencionó.

—No ha venido a verte, sino a entregar una invitación para el baile de su abuela; sabes que la condesa insiste en que alguien de la familia se ocupe de eso —indicó la dama con tono mordaz que pareció cobrar intensidad al continuar—: Pero ya que está aquí, insistiremos en que se quede a hacernos compañía; quizá puedas sugerir que den ese paseo.

Isabelle apretó los labios y sintió lástima por el pobre lord Ransom. No era tan ingenua como para no reconocer una celada en toda regla; esperaba que el caballero en cuestión pudiera hacerlo también y que consiguiera huir antes de que fuera demasiado tarde.

Pero ese no era asunto suyo, se recordó cuando su mirada se topó con la de la señora Worsley, que pareció recordar que aún se encontraba allí y la despidió con un gesto displicente. Isabelle no necesitó que se lo repitieran; hizo una tensa reverencia y siguió a la doncella por el camino que acababa de recorrer, de vuelta a las cocinas y de allí a la entrada trasera.

Al encontrarse fuera, exhaló un hondo suspiro de alivio y se alejó de la mansión tan rápido como le dieron los pies, pero acababa de dejar atrás la plaza cuando cayó en la cuenta de que se había olvidado de llevar con ella el vestido de vuelta al taller. «Estupendo», se dijo con una mueca de pesar; a la señora Worsley le encantaría verla de nuevo.

Julian suspiró por tercera vez en los últimos diez minutos y se preguntó por qué su abuela lo sometía a aquella tortura.

No era un mal nieto. Quizá no el mejor, podía reconocer eso, pero estaba lejos de ser uno de los peores. Algunos incluso pensarían que la vieja condesa tenía suerte, porque podían contarse por decenas a las pobres abuelas que se lamentaban en privado por haber sido maldecidas con un nieto irresponsable y poco afectuoso.

Entonces, se preguntó Julian una vez más: «¿Por qué?».

Cuando su abuela le endilgó la responsabilidad de hacer unas cuantas rondas para entregar las invitaciones de su baile anual no le pareció tan malo; tenía una vida social agitada y no era poco habitual que pasara buena parte de sus días visitando a sus conocidos, amén de todos los que acostumbraba encontrar en el club. Para él no suponía mayor problema y sabía lo escrupulosa que podía ser la condesa con esas cosas; le gustaba que sus invitaciones fueran entregadas directamente por alguien de la familia.

Sin embargo, cuando se encontró con la invitación reservada para los Worsley, se dijo que, tal vez, había pecado de ingenuo. Porque la condesa, además de temperamental y quisquillosa, era sorprendentemente astuta y nunca daba un paso sin antes haber planeado el siguiente.

Para Julian no era un secreto que estaba determinada a que sentara cabeza, como le gustaba decir a ella; aunque en las ocasiones en que lo mencionaba, él replicaba sin dudar que su cabeza se encontraba exactamente en el lugar en que debía estar y que podía pensar en muchas cosas desagradables que le gustaría hacer a quien intentara hacer algo para cambiar aquello.

Su abuela nunca se ofendía por su brusquedad porque todos sabían que la había heredado de ella, era posible que en el fondo eso la complaciera. Excepto, claro, cuando entorpecía sus planes.

Y por algún motivo que Julian aún no llegaba a comprender, al parecer sus últimos planes alcanzaban a los Worsley.

No lo sorprendió en absoluto cuando, al entregar al mayordomo la invitación, este volviera poco después con el mensaje de la señora Worsley rogándole para que aguardara a que se reunieran con él en unos minutos.

Reunieran. Así, en plural. Porque desde luego que pensaba llevar a su hija con ella.

La señorita Worsley era una joven agradable. Bastante más que la mayoría, incluso, o eso le había parecido a él por las cortas charlas que habían sostenido. Y también era muy bonita, con el ideal de belleza tan propio de la época: una joven de apariencia frágil e inocente, de cabellos como hilos de oro y grandes ojos de un tono cristalino de azul. Y sin embargo, aun cuando en su momento Julian se cuestionó si no estaba pecando de intransigente y que bien podría considerar siquiera la posibilidad de que su abuela estuviera en lo cierto y no fuera un mal prospecto, la verdad indiscutible era que no despertaba en él absolutamente nada.

Eso, desde luego, no le impedía ser amable con ella. Como cuando se encontraban en algún baile y le pedía que le reservara una pieza porque sabía que eso era lo que se esperaba de él. O en las escasas ocasiones en que aceptó la invitación de su madre para ir a su casa a tomar el té. E, incluso, y con seguridad no le alcanzaría la vida para lamentarse por ello, en aquella oportunidad en que se topó con ambas en la calle y la señora Worsley lo puso en un aprieto al pedirle que pasara por ellas para acompañarlas a casa cuando salieran de la modista porque su carruaje había tenido un desperfecto.

Julian aceptó en aquella ocasión porque se consideraba un caballero y hubiera sido una descortesía de su parte negarse; cargaba con centurias de un desarrollado sentido de la obligación a la espalda, no iba a dejar a dos damas en la estacada aun cuando para él fue bastante evidente que se trataba de una triquiñuela más de la señora Worsley para poner a su hija bajo sus narices, como un dulce muy apetecible.

Lo gracioso, y eso la señora no tenía cómo saberlo, fue que si bien habría tenido que morir y volver a nacer para encontrar siquiera atractiva la idea de seducir a su hija, su estratagema terminó por poner en su camino un objetivo mucho más interesante.

La costurera.

Si es que era eso a lo que se dedicaba; no lo tenía claro. Tal vez debió preguntárselo durante su encuentro en el salón de la modista, pero entonces se sintió demasiado impresionado por ella como para atinar a hacer preguntas. Y luego, cuando al fin se le ocurrió que debió mostrarse siquiera un poco más inquisitivo, ella desapareció.

De no haber sido por las Worsley, no habría dudado en aguardar a que ella saliera nuevamente para averiguarlo; pero ellas se reunieron con él poco después y no tuvo otra alternativa que cumplir con su promesa y llevarlas a casa.

Desde entonces había pasado varias veces por el establecimiento e incluso se había detenido un momento ante el escaparate en la acera para atisbar en su interior; pero no vio rastros de la joven. Cuando mucho, se había topado con un par de damas amigas de su madre que debieron de encontrar por lo menos desconcertante ver al vizconde de Ransom atisbando por la vidriera de un establecimiento para señoras.

No había vuelto a intentarlo. Y no porque no lo deseara, sino porque en los últimos días se había visto envuelto en el torbellino que asolaba a su familia cada vez que se acercaba el baile

organizado por su abuela. La actual condesa de Pembroke, su madre, ofrecía su casa como cuartel general para que su suegra pudiera ejecutar desde allí sus planes, y tanto él como su padre acostumbraban andar de puntillas para no interponerse en su camino a fin de mantenerse a salvo y no terminar involucrados de más en lo que el conde acostumbraba llamar «un despropósito».

Al conde de Pembroke le gustaban las fiestas como a cualquiera, pero hacía mucho que había dejado en claro que el concepto de su madre de lo que era una celebración distaba mucho del suyo, más mesurado.

A Julian, en tanto, todo aquello le daba más bien igual. Jamás intentaría disuadir a su abuela de hacer lo que obviamente le procuraba tanta diversión y por lo general se mostraba bien dispuesto a ayudarla cuando no tenía otra alternativa. Como cuando le pedía que hiciera de mensajero, por ejemplo.

El problema era, se recordó nuevamente, que una cosa era entregar una invitación y otra que aquella lo incluyera a él también.

Los «unos cuantos minutos» que mencionara el mayordomo se convirtieron en cuando menos veinte, y de no haber estado acostumbrado a la desconcertante costumbre propia de las damas de hacerse esperar, cuando tanto ellas como el caballero que aguardaba sabían perfectamente que era lo último que en el fondo deseaban hacer, Julian no habría dudado en marcharse con alguna excusa.

Pero al fin, la señora Worsley llegó acompañada de su hija y, en tanto él se ponía de pie para recibirlas en el salón principal al que había sido conducido al llegar, se dijo, no por primera vez, que era una lástima que la joven no fuera distinta de su madre. Y no porque considerara que hubiera conseguido sentirse más atraído a ella de haber sido así, sino porque dudaba de que fuera capaz de ser feliz en tanto se esforzara tanto por asumir la misma expresión afectada de la señora Worsley cada vez que la veía.

—Lord Ransom. —La dama hizo una reverencia y extendió una mano que él se apresuró a tomar con aire descuidado—. Qué amable ha sido por esperar.

—En absoluto; apenas sentí el tiempo pasar —mintió él—. Espero, sin embargo, que me disculpe si me marcho pronto porque tengo aún algunas invitaciones que entregar.

Eso tampoco era cierto; le quedaba solo una, y ya que era para el barón Warren, a quien acostumbraba ver en el club, pensaba pasar por allí y dejarla en recepción para que se la entregaran tan pronto como lo vieran. Sus obligaciones para con su abuela acababan allí y estaba determinado a mantenerse tan lejos de casa como fuera posible para evitar que le endilgara algún otro encargo.

Pero eso, desde luego, no tenía cómo saberlo la señora Worsley, así que Julian encontró casi divertido el gesto contrito que afloró a su rostro afilado al oírlo.

—Qué lástima —dijo ella tras intercambiar un leve parpadeo con su hija—. Esperábamos convencerlo para que nos acompañara a tomar el té y quizá dar un paseo. Supongo que tendremos que dejarlo para otra ocasión.

Julian se cuidó de mencionar que aquello solo ocurriría si lo llevaban a rastras y forzó una expresión apenada que adquirió una cuota de sinceridad cuando su mirada se topó con el rostro apagado de la joven Worsley; fue obvio para él que, a diferencia de su madre, ella en verdad lamentaba que no pudiera acompañarlas, y no porque lo viera como una suerte de trofeo al cual aspirar.

De modo que intentó mostrarse algo más amable al dirigirse a ella y preguntar por su día y por las perspectivas que tenía respecto a la temporada. Tal y como esperó, el gesto de la joven mutó en uno mucho más alegre tan pronto como empezó a parlotear acerca de la velada musical de los Russell, a la que pensaba asistir, y con cuántas ansias esperaban todos la fiesta de la condesa, que marcaba el punto más emocionante de la temporada.

Julian sospechó entonces que tal vez no debió tomarse la molestia de intentar animarla porque ella sugirió que estaría encantada de que se sentaran juntos durante la velada de marras, si es que él pensaba asistir, claro. Quizá, solo quizá, consideró con un gesto de malestar dirigido del todo a sí mismo, acababa de pegarse un somero disparo en el pie.

La joven habría continuado haciendo ese tipo de insinuaciones, alentada discretamente por su madre, de no ser porque el mayordomo apareció unos minutos después con cara pétrea para llamar la atención de la señora Worsley. Esta lo oyó con el entrecejo apenas fruncido en señal de desconcierto, incluso enojada, lo cual fue obvio para Julian, que le dirigió unas cuantas miradas de reojo calculando cómo podría aprovechar lo que fuera que la molestaba de aquella forma para despedirse.

Luego de susurrar unas palabras cortantes al mayordomo, la dama volvió a su asiento y le dirigió una mirada de disculpa; pero no dijo nada, y Julian comprendió que iba a tener que sonsacárselo.

—Espero que no ocurra nada malo —mencionó él como al descuido tras señalar el lugar por el que desapareciera el mayordomo.

La dama sacudió la cabeza con suavidad.

—No. Nada importante —indicó ella con un gesto de fastidio, y se dirigió tanto a él como a su hija al continuar—. La costurera olvidó llevarse el vestido que trajo para que Lucille se probara. Un descuido terrible de su parte; pero nada por lo que preocuparse. Aun así... encuentro un poco molestos esta clase de errores. Hablan muy mal de la seriedad que una espera encontrar en estas circunstancias, ¿no lo cree?

Julian habría deseado decir que a su parecer era un poco exagerado, porque nadie estaba libre de cometer algún descuido y tampoco era como si hablaran de la orden dada para atacar en Waterloo. La pobre costurera solo había dejado un vestido y además lo recordó a tiempo para ir por él. Pero ni la señora iba a comprenderlo ni él tenía interés en explicárselo, de modo que hizo un gesto vago que interrumpió de golpe cuando un fogonazo de entendimiento destelló en su mente.

—Supongo que se refiere a la costurera que tiene un establecimiento en la calle Baker, en la

que nos encontramos hace unos días —recordó él forzando una indiferencia que estaba lejos de sentir.

La señora asintió y pareció que no iba a decir más cuando su hija intervino en tono vehemente, como si hubiera encontrado molesto que la interrupción del mayordomo apartara su atención de ella y estuviera ansiosa por recuperarla.

—Sí, se trata precisamente de ella: la señora Joyce. Desde luego, no es tan buena como los modistos de París, en particular el señor Worth, pero tiene muy buen gusto y el vestido que ha hecho para mí es uno de los más bonitos que he usado; le gustará cuando lo vea, porque pienso llevarlo en la velada de los Russell —comentó ella con una sonrisa confiada.

—No dudo de que se verá esplendorosa con cualquier cosa que decida ponerse —replicó él, galante—. ¿Y la señora... Joyce acostumbra visitar a sus clientas? De ser así, es un servicio muy esmerado; a mi madre podría interesarle.

—Estoy segura de que la condesa ya cuenta con una costurera de confianza que no dudaría en ir a verla si así lo desea, milord; pero se lo comentaré cuando la vea —se apresuró a decir la señora Worsley.

—Y no fue la señora Joyce quien vino, sino una de sus ayudantes, pero me pareció tan capaz como ella. Un poco lúgubre, quizá; toda vestida de negro y tan callada, pero...

Julian no necesitó oír más. Se puso de pie de golpe, rogando porque la ayudante en cuestión no llevara prisa, e hizo una reverencia totalmente innecesaria, esbozando una sonrisa de disculpa al encontrarse con las expresiones aturcidas de las damas ante él.

—Lo siento, pero debo marcharme ahora; no había notado que era tan tarde. —Él señaló un reloj sobre la chimenea con una cabezada aun cuando le fue imposible ver la hora desde allí—. Le diré a la abuela que estarán encantadas de asistir a su baile; seguro que podremos retomar nuestra charla entonces. Señoras... no, no hace falta que llame a nadie para que me acompañe; es muy amable, pero recuerdo por dónde salir. Que tengan buen día.

Julian abandonó el salón sin mirar atrás y pasó por el lado de un distraído lacayo que corrió tras él tan pronto como reparó en que iba de salida. Para cuando llegó a la puerta con el fin de abrirla para él, sin embargo, Julian ya estaba fuera, y la cerró a su espalda con una mueca que pareció indicar que no estaba del todo sorprendido; sin duda no era la primera vez que veía a un caballero salir corriendo luego de mantener una entrevista con sus señoras.

Tan pronto como puso un pie en la calle, Julian miró de un lado a otro, pero no vio rastros de la joven que esperaba encontrar; sin embargo, no dejó que aquello lo desanimara y, tras pensar con rapidez para dar con el camino lógico que debería de tomar alguien que pretendiera ir de allí a la calle Baker, eligió el que se encontraba a su izquierda.

Anduvo tan solo durante unos minutos antes de distinguir una figura enlutada de andar firme y apurado que cargaba con una caja enorme bajo un brazo.

Ni siquiera se detuvo a considerarlo; apresuró el paso y se encontró a su lado en unos cuantos segundos. Ella tardó un momento en advertir su presencia y, cuando lo hizo y miró de reojo,

encontrándose con sus ojos fijos en su rostro, hizo un gesto de desconcierto y estuvo a punto de perder el paso, pero se recompuso de la sorpresa con un aplomo que Julian encontró admirable y le devolvió una mirada extrañada.

—¿Qué...?

—¿Necesita ayuda? —él la interrumpió antes de que pudiera terminar la frase y señaló la caja con una cabezada.

Ella sacudió la cabeza, y Julian reparó en que fruncía el ceño.

—No, está bien. Gracias.

—Porque no me molestaría en absoluto llevarlo por usted.

La joven se detuvo de golpe, forzándolo a hacer otro tanto, y Julian aprovechó el momento para estudiar su rostro a placer; le pareció incluso más bonita de lo que la recordaba. Tenía una belleza peculiar, la clase de rostro que muchos hubieran pasado por alto por encontrarlo extraño con sus pómulos pronunciados y los ojos levemente rasgados, pero a él le pareció exótica y original; lo bastante para que no pudiera dejar de mirarla con cara de idiota en medio de una calle transitada, supuso al caer en la cuenta de que era eso precisamente lo que hacía.

—¿De dónde ha salido?

La pregunta surgió de sus labios con una entonación desconfiada que lo dejó sin habla durante un par de segundos, considerando si debía urdir alguna excusa, pero algo le dijo que ella lo adivinaría de inmediato y que no era la clase de mujer que apreciaba que le mintieran. De modo que suspiró y se encogió de hombros con talante despreocupado y en absoluto arrepentido.

—La seguí —reconoció él sin el más mínimo rubor—. Supe que la encontraría por este camino y vine en su busca.

Tal vez ella habría deseado preguntar cómo supo eso, pero debió de considerar que no tenía importancia, cosa que Julian agradeció porque no tenía ningún interés en mencionar a las Worsley. En su lugar le dirigió una mirada aún más desconfiada, y él advirtió que apretaba la caja con el vestido contra su pecho como si pretendiera usarla como algún tipo de protección.

—¿Y por qué haría algo como eso? —preguntó ella.

Él respondió sin vacilar.

—Quería verla.

—¿Para qué?

—Para hablar con usted.

Ella torció un poco el gesto, y Julian contuvo el deseo de extender una mano para alisar las líneas que tensaron su mandíbula y la suave piel de la frente. Hasta entonces, a él jamás lo habían mirado como si se tratara de un criminal y encontró casi divertido que ella lo hiciera. Casi.

—¿Y por qué querría hablar conmigo? ¿Necesita un vestido?

Julian sonrió por la atrevida sugerencia y se cruzó de brazos.

—¿Le parece que necesito uno? —inquirió él a su vez.

—No lo sé. Dígamelo usted.

—No. No lo necesito, pero ha sido una suposición de lo más curiosa.

Ella elevó el mentón sin parecer tentada a bajar la guardia.

—Tal vez, pero debe reconocer que es también razonable. Después de todo, recuerde en qué circunstancias nos conocimos; sabe a qué me dedico y no puedo imaginar otro motivo por el que desearía hablar conmigo.

—¿No?

—No. En absoluto —negó ella haciendo como que no era capaz de captar la entonación de su voz o la forma en que la veía—. Ahora, ya que hemos descartado esa posibilidad, agradecería que me lo dijera, porque tengo mucho por hacer, empezando por llegar al taller para ponerme con este traje.

Julian no respondió de inmediato; en su lugar, le dirigió una profunda mirada que abarcó su rostro acalorado protegido por un sombrerito de un tono de verde oscuro y las líneas de su cuerpo realzadas por el que debía de ser el mismo pesado vestido que usaba cuando la vio por primera vez. No solo tenía un rostro atractivo y único, comprobó él entonces, también era dueña de una figura voluptuosa muy poco acorde a la moda de la época que se rendía ante las jóvenes con pocas curvas y ademanes lánguidos.

Ella, que parecía encontrarse siempre impaciente y que daba de golpecitos a la caja que sostenía como si le desesperara tener que quedarse quieta, rompía del todo con el molde. Y Julian no habría sido él mismo de no haber deseado beber de esa agitación y descubrir todos los otros pequeños secretos que la convertían en una mujer tan atípica.

—De modo que consiguió el empleo.

Su comentario pareció desconcertarla. Tal vez esperara que respondiera a su pregunta con alguna excusa tonta o que forzara un avance a los que sin duda debía de encontrarse acostumbrada, para rechazarlo sin remilgos; pero debió de ver algo en su sonrisa sincera y el tono cálido para dirigirse a ella que le indicó que hablaba sin malicia. De modo que asintió de mala gana.

—Empecé hace unos días —dijo ella al fin.

—Espero que se encuentre a gusto.

—Mucho.

Julian aguardó a que dijera algo más, pero al comprender que no iba a hacerlo, miró sobre su hombro antes de llevar la atención nuevamente a su rostro.

—¿Segura de que no podría acompañarla? —preguntó él entonces.

—Preferiría que no lo hiciera.

Ella dudó solo un instante antes de responder y, cuando lo hizo, su tono surgió mucho más amable de lo que había sido hasta entonces; de no haber considerado que era casi imposible, Julian hubiera podido pensar que en verdad lo lamentaba.

—Entiendo —dijo él—. En ese caso, la dejo sola para que continúe con su camino.

Él dio media vuelta para marcharse tras asentir en su dirección, pero ella hizo un gesto de

confusión y llamó su atención con un ademán.

—Pero no ha dicho nada —indicó ella—. Dijo que deseaba decirme algo, pero no lo ha hecho.

—¿Eso dije? —inquirió él.

—Sí, claro, hace tan solo un minuto, ¿no lo recuerdas? Yo le pregunté si lo que deseaba era un vestido y usted dijo que no...

—Oh, sí, ya recuerdo. —Él se encogió de hombros—. Pero la verdad es que no puedo recordar de qué se trataba.

Ella frunció el ceño, y Julian encontró encantador el modo en que sus labios llenos se plegaron al mirarlo. Tenía un rostro muy expresivo, confirmó él, y sorprendentemente armónico. Todo movimiento parecía provocar una reacción al grado de que incluso un gesto tan superficial como una ceja arqueada o la sombra de una sonrisa se reflejaba en el resto, dotándolo de luz u oscuridad según fuera el caso.

—Entonces tal vez fuera una mentira —sugirió ella con los ojos entrecerrados en un ademán desconfiado.

Julian sonrió sin parecer ofendido por esa muestra de recelo.

—Es posible que tenga razón —reconoció él—. Pero tendrá que disculparme porque, de haber sido ese el caso, fue lo único en lo que pude pensar para que aceptara hablar un momento conmigo. No puede culpar a un hombre desesperado.

—¿Y por qué iba a estarlo?

Un leve rubor afloró al rostro de la joven, y Julian ensanchó la sonrisa.

—Para eso sí tengo una respuesta, pero preferiría dársela en otro momento, si no le importa.

Pareció como si a ella le hubiera gustado decir que claro que le importaba, y no solo eso, tampoco tenía interés en que hubiera otro momento en que él pudiera decírselo; pero debió de considerar que ya había pasado demasiado tiempo de pie en medio de la calle hablando con un extraño, desatendiendo sus labores, porque, tras dirigirle una última mirada ceñuda, cabeceó en señal de despedida y dio media vuelta para alejarse de él.

Julian la observó marchar con su andar impetuoso que parecía obrar la magia de hacer a un lado a todos los que le salían al paso, como si temieran enfrentarse a una tormenta desatada. Admiró la forma en que mantenía el rostro elevado y la vista fija al frente en un gesto desafiante que despertó una curiosa ternura en su pecho.

Cuando desapareció al girar en una esquina, él sacudió la cabeza y tomó el camino contrario. Sabía dónde encontrarla. El problema era que, después de haber cedido al impulso de hablar con ella, llevado más por un arranque irreflexivo e incluso infantil, ahora ya no tenía tan claro qué tan buena idea sería que lo hiciera.

Capítulo 4

Isabelle dejó pasar algunos días antes de volver por la casa de los Stevenson, y durante cada uno de ellos fue imaginando mil escenarios distintos de lo que podría ocurrir en cuanto pusiera un pie en esta. Eso siempre y cuando pudiera hacerlo, claro, se dijo también más de una vez.

¿Por qué iban a permitirle ir más allá de la puerta? Ella no era nadie para los ocupantes de la casa; no lo era incluso pese al parentesco que los unía. Una persona más sensata habría reconocido que todo aquello era una locura y hubiera regresado a casa a la menor oportunidad; pero aunque Isabelle siempre se había considerado una joven muy juiciosa, también era impulsiva, apasionada y nunca se rendía cuando estaba segura de que hacía lo correcto.

Y ella quería respuestas. Cualquier cosa que la ayudara a completar el cuadro que componía su infancia. Tenía ya una idea clara de las circunstancias en que se habían dado las cosas para la mujer que la trajo al mundo; pero lo que la señorita Bernthold, su querida mamá, compartió con ella, no eran más que los chismorreos que consiguió sonsacar a una doncella parlanchina. Isabelle necesitaba más que eso, ¿y quién mejor para decírselo que el hombre que la conoció cuando era una mujer que apenas despertaba a la vida? Y no solo deseaba que le hablara de ella, quería saber también algunas cosas acerca de él; en cierta forma, aun cuando no se atrevía a reconocerlo siquiera ante sí misma, deseaba verse reflejada en otro ser, algo que le recordara que no era una pieza suelta en el universo, que provenía de un lugar sólido y real.

Por eso, luego de superar sus temores, tomó algunas de las tarjetas de la señora Joyce, reunió un estuche con sus implementos de costura, los bosquejos de algunos encargos en los que había estado trabajando los últimos días y urdió una excusa para abandonar el taller. La señora ni siquiera le prestó demasiada atención; estaba embebida en su propio trabajo, algo que le ocurría con frecuencia y lo que Isabelle creía que podía ser uno de los motivos por los que acostumbraba desatender otros aspectos del negocio.

Encargó a Jane que estuviera atenta a la puerta y, ya que no tenían citas programadas hasta la tarde, salió con la tranquilidad de saber que era poco posible que su ayuda fuera requerida hasta entonces. Con suerte y si las cosas iban bien, quizá pudiera conseguir una nueva cliente para la señora Joyce, se dijo con una mezcla de satisfacción y ansiedad por la locura que estaba a punto

de cometer.

Llegó a la casa de los Stevenson con mucha mayor rapidez que la última vez; sus pies atravesaron una calle tras otra sin vacilar; era como si hubiera hecho el camino mil veces antes, y no pudo menos que pensar que le bastó con esa primera visita para que la ruta se fijara en su mente con la misma firmeza que la obsesión que hacía presa de ella por dar ese nuevo paso para conseguir sus propósitos.

En esta ocasión no perdió tiempo rondando alrededor de la construcción de piedra y techos elevados; fue directamente a la entrada de los criados y tocó un par de veces, rogando porque tuviera suerte.

Abrieron poco después, y estuvo a punto de emitir un hondo suspiro de alivio cuando se encontró con el rostro de la misma doncella que la atendió la última vez.

—Hola. —Isabelle se adelantó antes de que la joven pudiera decir una palabra—. No sé si me recuerdas; estuve aquí hace unos días.

—Sí, claro. Estabas buscando trabajo —recordó ella tras asentir—. ¿Has venido para hablar con el ama de llaves? Porque no se encuentra en este momento; ha salido a hablar con el dueño del almacén... Igual, está el señor Spencer, quizá él te pueda ayudar.

Isabelle agradeció la oferta de la joven con una amplia sonrisa; la conmovió que pareciera tan afanada por ayudarla y sintió un poco de vergüenza por utilizarla de la forma en que estaba a punto de hacer.

—No, no vengo por trabajo; en realidad, ya he encontrado uno. —Ella sostuvo la cesta que llevaba pegada al pecho y sonrió—. Pero sí que podrías ayudarme. Verás, el taller de costura en el que trabajo no cuenta con muchos clientes y he pensado que podría ofrecer nuestros servicios para que las damas conozcan el trabajo que hacemos.

La chica asintió al tiempo que fruncía el ceño; parecía como si encontrara su sugerencia tan razonable como absurda, pero tuvo la gentileza de no hacer comentarios al respecto.

—Bueno... ¿pero cómo puedo ayudarte? Ni las chicas ni yo podríamos pagar la clase de vestidos que deben hacer en el lugar en que trabajas y...

Un gesto de entendimiento afloró a sus facciones, e Isabelle dio gracias porque fuera tan despierta.

—Te refieres a la señora Stevenson —adivinó ella entonces sin darle tiempo a responder—. ¿Le quieres ofrecer tus vestidos a ella?

Isabelle asintió y se apresuró a hablar antes de que la joven pudiera empezar siquiera a esbozar alguna excusa por la que aquello no le parecía una buena idea.

—Solo necesito hablar con ella un minuto —indicó ella en tono animado y más confiado de lo que sus circunstancias permitían—. Tengo unos bosquejos para mostrarle, y estoy segura de que si me da la oportunidad, cuando menos conseguiré que lo considere.

La doncella miró sobre su hombro e hizo un gesto de duda.

—No lo sé, la señora ya tiene una costurera...

—No dudo que así sea, pero tal vez pueda ofrecerle algo que le interese; serían solo un par de minutos —insistió ella.

—Es que no puedo dejarte pasar, me metería en un gran problema.

Isabelle pensó con rapidez.

—Entiendo, y nunca se me ocurriría ponerte en un aprieto; pero quizá haya alguien con quien pueda hablar que abogue por mí ante ella. Según entiendo, el ama de llaves no se encuentra en casa, pero mencionaste a un mayordomo...

Su madre decía con frecuencia que, en su experiencia, era mucho más sencillo arreglárselas con un mayordomo que con un ama de llaves, en especial cuando se trataba de asuntos relacionados con las damas de una familia.

La joven meditó sus palabras y, tras dudar un momento, le hizo un gesto para que aguardara, e Isabelle se mantuvo de pie ante la puerta, con los dedos cruzados a la espalda y el corazón latiendo a un ritmo acelerado.

El mayordomo era un hombre corpulento, de rostro rubicundo y unas cejas tan pobladas que hacían parecer sus ojos muy pequeños, lo que daba el efecto de encontrarse siempre enfadado, pero le bastó con verlo con atención, estudiando su mirada clara y las comisuras de los labios ligeramente elevados en un gesto bondadoso, para saber que se trataba de alguien dispuesto a escuchar.

Repitió ante él lo que había dicho frente a la doncella, quien supo entonces que se llamaba Sarah. El mayordomo la oyó con atención y aun cuando un gesto de reprobación afloró a sus rasgos al oírla decir que estaba dispuesta a ir de puerta en puerta con tal de aumentar la clientela del taller, también fue evidente que le pareció admirable que decidiera dar un paso tan atrevido.

No prometió nada, pero le pidió que esperara un momento más en tanto él se lo comentaba a su señora. Tenía suerte, dijo, porque las mañanas eran los pocos momentos en los que la señora Stevenson permanecía en casa, y ese día precisamente se había levantado algo más temprano de lo habitual para acompañar al coronel antes de que este se marchara a una reunión en su club.

Isabelle hizo como si la mención al coronel no le hubiera provocado un retortijón en el estómago y forzó una sonrisa agradecida, dispuesta a continuar esperando con gusto si eso le permitía conseguir lo que había ido a buscar.

El mayordomo tardó mucho en volver, e Isabelle se dijo que podía tomar aquello como una buena señal; después de todo, si la señora Stevenson hubiera deseado negarse a verla, seguro que se lo habría dicho de inmediato.

El hombre, Benson, se presentó ante ella poco después con expresión impenetrable y el corazón de Isabelle se detuvo un momento hasta que una pequeña sonrisa se dibujó en sus labios y sintió que podía volver a respirar.

El interior de la casa de los Stevenson era un poco más pequeño de lo que parecía indicar el

exterior; tal vez aquello se debiera a que parecía compuesta por un sinfín de habitaciones que el mayordomo fue atravesando con paso apurado en tanto ella se afanaba por trotar para que no la dejara atrás.

Vio un par de bonitos salones bien amoblados con un mobiliario de tonos hermosos y cálidos, y sus pies se hundieron en mullidas alfombras que le habría encantado admirar de no haberse encontrado tan nerviosa. Benson no se detuvo hasta que se encontraron ante una puerta entornada al final de un largo corredor, e Isabelle lo observó con una tensa sonrisa al verlo golpear a la puerta con suavidad.

Ella apenas tuvo tiempo de preguntarse si hacía lo correcto, si no sería mejor que diera media vuelta y volviera por donde había llegado antes de que se metiera en un lío del que posiblemente no pudiera salir indemne. Tal vez fuera una suerte que una voz surgiera del interior de la habitación, porque le evitó someterse a la tortura de confrontar lo que más deseaba en el mundo con lo que sus instintos le gritaban que era un riesgo que tal vez no valiera la pena.

El saloncito en el que entró se le antojó un recinto glorioso y que le hubiera fascinado estudiar si no se encontrara tan nerviosa. Alcanzó a distinguir unas hermosas lámparas con formas de cisne ante el antepecho de una ventana tallada, que en ese momento tenía las cortinas corridas; un papel tapiz de un tono de jade revestido con hilos de oro y un pequeño juego de butacas con cojines tan mullidos que la ocupante de una de ellas se veía mucho más alta de lo que debía de ser en verdad.

Isabelle apenas se dio cuenta del momento en que el mayordomo desapareció tras ella, dejando la puerta entornada. Toda su atención se vio atraída por la figura de miembros alargados y rostro taciturno que la veía a su vez con semblante impenetrable.

La señora Stevenson no era una mujer especialmente atractiva, no tenía sentido negarlo. Aunque poseía un rostro armónico de facciones alargadas y elegantes, parecía como si algo no terminara de encajar del todo; quizá sus pómulos fueran demasiado afilados y sus ojos más saltones de lo normal: nadie la habría considerado una mujer hermosa. Pero Isabelle reparó en que también tenía una distinción natural que la dotaba de un encanto particular.

Parte de ella odió reconocerlo, pero incluso tan solo con una mirada, llegó a la conclusión de que se trataba de una mujer bastante agradable. Mucho más de lo que había esperado.

—Me dice Benson que fue muy insistente; espero que lo que sea que intenta ofrecerme valga tantas molestias.

Aunque sus palabras no fueran precisamente una bienvenida muy entusiasta, Isabelle captó un leve tono risueño en su voz; era posible que la considerara un divertimento inesperado, pero no lo encontró ofensivo. Tal vez ella hubiera actuado de forma similar en su lugar, de modo que decidió ceñirse a su plan; y, tras asentir con timidez, esbozó una sonrisa apenada.

—Lamento haber impuesto mi presencia de una forma tan poco habitual, señora, pero creí que no se perdía nada con tratar. —Aquello no era una completa mentira y se sintió mejor al continuar bajo su mirada inquisitiva—. No deseo hacerle perder su tiempo.

La señora Stevenson extendió las manos ante ella, e Isabelle advirtió que llevaba algunos anillos sin duda valiosos en sus dedos delgados, así como que su piel se veía un poco macilenta. Al estudiarla con mayor interés, reparó en que arqueaba el cuerpo de una forma un tanto extraña, como si le costara mucho mantenerse erguida.

—Ya veremos —dijo ella haciendo un gesto con la barbilla para invitarla a tomar una silla ante la butaca que ocupaba.

Isabelle agradeció la invitación con una sonrisa y emitió un leve suspiro de alivio al dejarse caer sobre el asiento; le temblaban un poco las rodillas, lo mismo que las manos cuando desató los lazos de su cesta, y rogó porque la mujer lo achacara al nerviosismo que le provocaba encontrarse ante ella.

—Traje algunos dibujos para que los vea, así como ejemplares de las telas con las que trabajamos; es una muestra pequeña, pero creo que le ayudará a hacerse una idea de las cosas que podemos hacer —indicó ella.

Había una mesa pequeña entre ambas, e Isabelle dejó caer sobre esta unos trozos de seda, encaje y muselina; luego, ordenó con esmero algunos de sus dibujos hasta formar una línea que atrajo la mirada de la mujer. Ella tomó algunos de ellos y los llevó ante sus ojos con expresión pensativa; Isabelle advirtió que usaba la mano libre para acariciar el género con un ademán distraído.

La joven aguardó sin decir una palabra, su atención dividida entre los gestos que hacía la dama cada tanto y la rebuscada belleza del ambiente en que se encontraba. Al final, cuando le pareció que habían pasado varios minutos, la señora Stevenson dejó caer los dibujos sobre la mesita y le dirigió una mirada curiosa.

—Son muy bonitos, ciertamente; pero eso usted ya lo sabe —señaló ella con una entonación un tanto divertida—. Bueno, señorita... lo siento, pero no recuerdo su nombre.

—Bernthold —se apresuró a responder Isabelle con el corazón apretado—. Mi nombre es Isabelle Bernthold.

La señora Stevenson asintió.

—Señorita Bernthold. —El nombre resonó entre ambas con una acentuación musical, e Isabelle agradeció el momento en que ella y sus hermanas decidieron que sería el único que estaban dispuestas a usar—. Aun cuando su oferta es muy tentadora, debe de saber que ya cuento con una modista de confianza.

Isabelle asintió, no era algo que no esperara oír.

—Desde luego, y es evidente que se trata de una persona muy capaz. —Ella señaló su hermoso vestido de un tono burdeos con una cabezada—. Sin embargo, supongo que una dama de su posición podría estar interesada en probar con algo más. Si permite que hagamos algo para usted, no se arrepentirá. Y no pretendo sugerir que cambie a su modista por nosotras, eso no sería justo para ella, pero nos encantaría contar también con usted entre nuestras clientas; y, si le gusta nuestro trabajo, agradeceríamos mucho que nos recomendara entre sus amistades.

Isabelle aguardó con la boca seca y el pulso acelerado en tanto la señora Stevenson daba una nueva mirada a las muestras y cabeceaba con semblante ensimismado antes de dar una corta y resuelta cabezada. Entonces, la miró a los ojos y sonrió, como si le causara gracia haberla atrapado observándola de una forma que delataba su ansiedad.

—Muy bien —dijo ella al fin—. Supongo que no perdemos nada con probar.

Isabelle dejó escapar el aliento y asintió con gesto tembloroso, preguntándose por qué, en lugar de sentirse satisfecha por lo que acababa de conseguir, la embargó una asfixiante emoción de incertidumbre y temor.

Julian llegó al club un poco más tarde de lo que había calculado y tuvo que apresurar el paso al comprobar la hora en el reloj del vestíbulo luego de entregar su sombrero y el abrigo al lacayo que acudió al verlo llegar.

Para nadie era un secreto que el coronel Stevenson era un maniático de la puntualidad y lo último que deseaba era enemistarse con él por un hecho tan irrelevante. El suelo de mármol a sus pies resonó bajo sus botas, y apenas se detuvo al atravesar un par de salones para saludar con prisas a algunos conocidos.

El coronel aguardaba por él en un saloncito reservado en el que acostumbraban reunirse cuando acordaban alguna reunión. Lo halló sentado ante una butaca de cuero con una cristalera llena casi hasta el tope con un líquido ambarino; el hombre sostenía una copa con una mano y un puro en la otra. Ambos objetos parecían una extensión de su cuerpo aun cuando los mantenía asidos con un gesto de engañosa indolencia, como si estuviera a punto de dejarlos caer. Sin embargo, y Julian lo sabía bien porque lo conocía lo suficiente para hacerlo, el coronel era en realidad un hombre determinado y en absoluto distraído; cualquier indicación de lo contrario no era más que una de sus triquiñuelas para engañar al primer distraído que se atreviera a subestimarlos.

—Ransom. —El coronel alternó la mirada del reloj sobre la chimenea al rostro del recién llegado—. Cinco minutos, Ransom. Estas no son la clase de cosas que se aprecian en el Parlamento.

Julian esbozó un gesto de disculpa y ocupó el asiento ante él.

—Lo lamento —dijo él encogiéndose de hombros con un gesto encantador que habría desarmado a alguien mucho más arisco que el coronel—. Salí algo más tarde de casa de lo que había calculado. Mi abuela.

El coronel frunció los labios y asintió como si aquella última sentencia tuviera la particularidad de explicarlo todo.

—Las abuelas —comentó él tras emitir un corto suspiro—. ¿Qué se hace contra ellas?

Julian sonrió.

—Nada en absoluto, igual que con las madres.

—Y con las esposas ni le digo —asintió el coronel.

—Bueno, de eso aún no sé nada.

Julian se ganó una mirada divertida.

—Y por lo que he oído, no parece como si estuviera dispuesto a cambiar eso pronto, ¿cierto? —comentó el coronel con una entonación que desmentía su sonrisa—. Sin embargo...

No fue difícil para Julian hacerse una idea de lo que venía, pero no por ello le sentó mejor y su gesto se enserió lo suficiente como para que el otro hombre lo advirtiera y suavizara sus palabras un poco al continuar.

—Ya hemos hablado de esto. Es necesario...

—Necesito una esposa. Lo sé —indicó Julian con cierta aspereza—. No crea que no soy consciente de ello, tanto como de que no estoy dispuesto a elegir a una de un día para otro solo para cumplir con un requisito que ni siquiera es tal.

El coronel chasqueó la lengua y lo observó, como si se encontrara un poco fastidiado de que lo mencionara; parecía como si fuera una charla que hubieran sostenido más de una vez y empezara a encontrarlo molesto.

—Tal vez no sea un requisito *per se*; pero eso no significa que no sea trascendente. Debe entender; en política, las formas son importantes, y se espera que un parlamentario con ambiciones serias cuente con una familia bien constituida.

—Cuento con una familia bien constituida...

—Y no me refiero a unos padres con un título y una abuela como la suya, por extraordinaria que pueda ser. —El coronel lo interrumpió con una sonrisa torcida—. Hablo de una familia propia. Una esposa con un historial intachable, para empezar.

Julian apoyó los antebrazos sobre la mesa y esbozó una mueca burlona.

—Y unos hijos brillantes como gemas —acotó él en tono frío.

—Eso tampoco estaría mal, pero jamás se me ocurriría apresurarlo; tiempo al tiempo. Empiece con la esposa, como es lo acostumbrado. —El coronel suspiró y dio un sorbo a su bebida antes de continuar con una actitud algo más conciliadora—. Veá, Ransom, le recuerdo que no fui yo quien lo buscó a usted, y que hemos sido muy claros respecto a lo que ambos queremos lograr. No es un secreto que al comienzo, cuando me habló de sus intenciones, pensé que cometía un gran error, pero ahora creo que tiene buenas posibilidades. Si está dispuesto a poner eso en riesgo por negarse a hacer lo que se espera de usted, llevado por un mal entendido espíritu de independencia...

Julian apretó el mentón, y sus ojos relampaguearon como un mar encrespado.

—Creí que fue precisamente mi espíritu de independencia lo que lo convenció de ayudarme —mencionó él.

—Y así fue —asintió el coronel sin vacilar—. Sin embargo, aun cuando es algo digno de admirar en la política, no puede esperar que ocurra lo mismo en la vida diaria. No me molesta apoyar a un rebelde en Westminster siempre y cuando tenga claro que, en lo que al ámbito

familiar se refiere, todos preferimos a un conservador.

No hubo nada que Julian pudiera decir respecto a eso último porque sabía que el coronel estaba en lo cierto; al menos en gran parte. Tal vez él fuera un tanto más flexible respecto a lo que la sociedad entendía por una moral intachable, pero era consciente de que era una rareza. No importaba a qué vertiente perteneciera un político o las ideas por las que estuviera dispuesto a luchar; los electores jamás apoyarían a un hombre que no se plegara a lo que se consideraba elemental en el terreno privado.

Y Julian necesitaba de ese apoyo.

Aún podía recordar los chillidos que había pegado su padre cuando le informó de que pensaba renunciar al asiento que le correspondía en la Cámara de los Lores en representación de su familia para tentar un escaño en la de los comunes, aun cuando ello lo obligara a someterse a una elección popular.

Un Stanton no había tenido que hacer algo como aquello en los últimos trescientos años; ni lo necesitaron ni lo desearon. Ocupaban un lugar predestinado y el pueblo debía agradecer que así fuera, porque habían desempeñado un papel intachable en la historia de Gran Bretaña.

Julian dejó de prestar atención cuando el conde empezó a enumerar todos los reyes a los que habían servido y cuál fue el papel preciso de sus antepasados para apoyar a la corona. Y no porque no respetara la posición de su padre; después de todo, no estaba tan desencaminado. El condado de Pembroke nunca se había visto involucrado en ningún hecho oscuro de la historia; por el contrario, Julian se encontraba muy orgulloso de su estirpe. Sin embargo, él deseaba más.

Pertenecer a la Cámara de los Lores era un honor, pero no dejaba de ser un honor heredado y, a su parecer, con una serie de limitaciones que no estaba dispuesto a tolerar. Los otros aristócratas esperaban que defendiera los intereses de los que consideraban sus semejantes, incluso en detrimento del pueblo; con eso, su periodo estaría plagado de votaciones en masa, sesiones ociosas y unos cuantos brandis para celebrar los patéticos triunfos. Pero lo que Julian quería era todo lo contrario: él estaba interesado en conseguir verdaderas reformas y no solo en beneficio de una clase que ni siquiera las precisaba; su objetivo era el pueblo. Y para hacerlo, necesitaba precisamente su apoyo.

Eso no sería sencillo. El grueso de la población no confiaba en los nobles y tenían buenos motivos para ello; por eso, tan pronto como la idea de tentar la elección popular fue abriéndose paso en su mente, Julian supo que necesitaba rodearse de las personas correctas si no quería que quedara tan solo en eso: una idea.

Contaba con buenos amigos dispuestos a apoyarlo; antiguos compañeros de Cambridge, donde se hizo de una buena reputación como alumno aplicado, responsable y con una inteligencia muy despierta que lo orilló a mostrar interés por las ciencias y los adelantos que a su parecer debían empezar a aplicarse en Gran Bretaña. También contaba con el respaldo de algunos amigos de su padre, nobles como él, y con ideas arriesgadas, aunque ellos se mostraban más cautos: no lo apoyarían de manera abierta en tanto no estuviera en una posición más segura.

Julian decidió entonces que le haría falta la ayuda de personas más dispuestas a luchar a su lado y que contaran con los contactos y el apoyo que él esperaba recabar. Fue precisamente en una charla con un viejo marqués, amigo de su padre, que surgió el nombre del coronel Stevenson.

Nicholas Stevenson sirvió en el ejército durante veinticinco años y tenía una hoja de servicios impecable. Aunque no pertenecía a una familia de abolengo, su padre fue un médico rural que tuvo la buena fortuna de casarse con la hija de un barón que le abrió un mundo de contactos que fueron muy bien aprovechados por su nieto.

Stevenson renunció pronto a la posibilidad de seguir los pasos de su padre en la medicina e ingresó en el ejército cuando apenas le empezaba a salir la barba. Desde entonces, había participado en algunas campañas y ascendió con rapidez, llevado por su ingenio y su bien desarrollada ambición.

Hizo un buen matrimonio con la hija de un comerciante acaudalado que trabajaba surtiendo al ejército de los pertrechos para las tropas, lo que le granjeó estupendos contactos. Tal vez lo miraran por encima del hombro cuando decidió emparentar con un burgués sin mayores pergaminos, pero tan pronto como se hizo evidente que con su avidez y los recursos de su familia política acababa de sellar un destino espléndido, le llovieron los halagos y no faltó quien le vaticinara una fulgurante carrera.

Y así había sido, después de todo. Ascendió con rapidez hasta coronel y habría continuado hasta llegar a general de no haber sido porque sufrió un accidente que le lastimó las articulaciones al grado que le resultaba imposible cabalgar o permanecer mucho tiempo de pie. El coronel era también orgulloso, de modo que prefirió retirarse antes de que se le invitara a hacerlo. Muchos pensaron entonces que se dedicaría a la política porque siempre dio muestras de encontrar la posibilidad interesante, además de que contaba con estupendos contactos para ello; pero aunque ciertamente lo intentó en su momento, pronto fue evidente que distaba de poseer una personalidad que le ayudara a hacerse un lugar en un campo tan reñido.

Para empezar, carecía del encanto propio de los políticos más exitosos, además de que tenía poca paciencia y la perdía con rapidez; sus amigos habían perdido la cuenta de las veces que terminó por mandar a freír espárragos a un contendor en medio de un debate. Por otra parte, su salud no le ayudaba a tolerar largas sesiones o a hacer los viajes requeridos para llegar a la gente. En conclusión, sería un extraordinario asesor y sus conocimientos y dotes de mando, muy valiosos para despertar el interés del pueblo; pero eso era todo.

Y fue precisamente por eso por lo que Julian pensó en él tan pronto como su nombre llegó a sus oídos. Él no era tan arrogante como para suponer que lo sabía todo; estaba dispuesto a luchar con uñas y dientes por sus ideas y así se lo hizo saber en su primera reunión, cuando expuso lo que deseaba de él y lo invitó a acompañarlo en su proyecto; pero también tenía claro que le faltaba mucho por aprender y que iba a necesitar a un compañero de experiencia que lo ayudara.

Allí entraba a tallar el coronel, y no fue sencillo convencerlo; pero al final, su pasión y su

inteligencia, amén de sus buenas ideas, a las que había terminado por rendirse, les permitieron llegar a un acuerdo. Desde entonces habían pasado varios meses y ambos descubrieron que tenían más cosas en común de lo que habían pensado; además, luego de algunas gestiones, comprobaron también que Julian contaba con serias posibilidades de ser elegido.

Lo único que provocaba algunas fricciones entre ellos era el tema del matrimonio de Julian y su obstinación en negarse a uno con el único fin de cumplir con las expectativas de su socio.

—No digo que me niegue a casarme; lo haré eventualmente, pero cuando así lo desee y una vez que encuentre a la mujer apropiada.

El coronel recibió sus palabras con un bufido. Aunque quizá otro habría encontrado ofensivas sus maneras, Julian apreciaba su honestidad, eso siempre y cuando estuviera claro que no era la clase de hombre que permitiría que nadie le impusiera hacer lo que no deseaba.

—Me preocupa que pueda considerar como apropiada a una mujer que termine por perjudicar sus ambiciones. —El coronel dejó su copa vacía sobre la mesa y llevó la mano al mentón cuadrado—. Todo hombre debe aspirar a casarse con una mujer honorable, pero en el caso de un político...

Julian no necesitó que el coronel terminara la frase; tenía claro que las exigencias a un político, en lo que a su vida privada se refería, eran aun mayores que lo que se esperaba de un hombre común.

—Estoy consciente de ello.

—Me alegra. Porque también debe considerar que no se trata solo de ella; debe estudiar con cuidado a su familia, sus antecedentes. Cualquier cosa oscura en su pasado, por pequeña que pueda parecer, podría destruir su carrera política antes incluso de que hubiera empezado —acotó el coronel con un gesto pensativo antes de señalarlo con la mano que sostenía el puro—. ¿Por qué no le pide ayuda a su abuela con eso? Estoy seguro de que ella podría presentarle a unas jóvenes excelentes.

Julian tembló tan solo de imaginar en lo que su abuela consideraría una joven excelente. El rostro de la joven Worsley, hermoso pero vacío, rebotó en su memoria e hizo un gesto de desagrado nada más con suponer en el infierno que sería su vida si aceptara compartirla con alguien como ella.

—Me gusta pensar que soy lo bastante capaz para encontrar a alguien por mí mismo. —Negó él con los labios apretados—. Supongo que tendrá que confiar en mi buen juicio.

El coronel torció el gesto y se encogió de hombros con un ademán enérgico; su cabello, de un castaño oscuro que empezaba a ralear en las sienes, se sacudió como la melena de un león enfadado.

—No es de su criterio del que dudo, Ransom, sino de su corazón —acotó él con una mirada pensativa—. No se hace una idea de la cantidad de hombres que he visto arruinar su vida por seguir a su corazón. Tenga cuidado con eso.

Julian no respondió. No habría sabido qué decir salvo que su corazón estaba perfectamente a

salvo y que, aun cuando a su abuela le gustaba decir que era un romántico incurable, él prefería pensar que no era tan idiota como para no saber que hacía falta mucho más que eso para construir la vida que deseaba.

Y en ella no había lugar para romanticismos desmedidos.

Capítulo 5

La noticia de que Isabelle había conseguido un pedido de la señora Stevenson cayó como una pequeña explosión en el taller.

La buena Jane, tan despierta para moverse por las calles y transar con los proveedores del taller para conseguir los mejores precios, desconocía la importancia de una dama como aquella y cuando mucho se alegró de saber que, si las cosas iban bien, contarían con una nueva entrada de dinero, que tanta falta les hacía.

La señora Joyce, en tanto, por distraída que pudiera ser a veces, conocía al dedillo a la sociedad londinense, y aunque en un inicio se tomó un poco a mal que Isabelle se tomara una atribución como aquella y fuera a tocar de puerta en puerta ofreciendo sus servicios como un vulgar mercader, como dijo entonces, cedió a su natural practicidad y la felicitó por haber tenido una iniciativa con tan buen resultado.

Desde luego, era imprescindible que prepararan un vestido para la señora Stevenson que no solo la dejara satisfecha, sino que atrajera tantas miradas que les asegurara el interés de otras damas. Aquel encargo solo podía tener dos resultados, dijo ella: o su taller alcanzaba el renombre que merecía o lo hundía para siempre.

Isabelle creía que eso último era un poco dramático, pero se cuidó de mencionarlo entonces porque la señora Joyce podía ser un poco temperamental y no deseaba confirmar ni desmentir sus ilusiones. En lugar de ello, decidió que ya que había hecho lo que hizo con un fin mucho más egoísta de lo que la señora podía imaginar, lo justo era que se esforzara por ayudarla tanto como fuera posible.

Durante su visita a la casa de los Stevenson no solo logró obtener el encargo, sino que el tiempo que pasó allí, tomando las medidas de la señora y oyendo sus sugerencias respecto a lo que deseaba, le permitió hacer también algunas preguntas astutas para hacerse una idea más clara de la vida en aquel lugar y de las circunstancias que rodeaban al coronel.

Supo así que tenían un hijo mayor en la armada que en ese momento se hallaba destacado en Calcuta, así como que la menor, una joven tan solo un par de años mayor que Isabelle, llevaba un tiempo casada y residía en Oxfordshire, aunque había llegado a la ciudad unas semanas antes

para participar en la temporada. Ella y su marido estaban hospedados en la casa, pero se los veía poco porque tenían una vida social muy agitada. La señora Stevenson sugirió que podría hacer también un vestido para ella si le gustaba el suyo.

En lo que se refería específicamente al coronel, fue poco lo que pudo averiguar. Su esposa hablaba de él con cierto cariño distante que le llevó a suponer que no eran una pareja muy afectuosa, algo que Isabelle ya había imaginado. Él casi nunca estaba en casa, pero mostraba mucho interés en las actividades de su esposa, así que sin duda tendría algo que decir respecto a su visita.

Isabelle ansió y temió lo que pudiera significar eso último. ¿Lo vería pronto? ¿Intentaría hablar él con ella cuando supiera de esa joven que se había plantado ante su puerta para dialogar con su esposa?

En deferencia a las limitaciones físicas de la señora, algo que Isabelle comprobó al tomarle las medidas y oír sus escasos comentarios respecto al dolor que sufría en las articulaciones, se ofreció a visitarla tanto como fuera necesario para hacerle todas las pruebas que hicieran falta; no había necesidad de que se acercara al taller para ello. Eso le permitiría no solo prestarle un servicio que sin duda ella apreciaría, sino también mantenerse cerca de su esfera para hallar el momento propicio para acercarse al coronel.

Lo que hiciera entonces no lo tenía tan claro. A veces le parecía que daba pasos de ciego e improvisaba sobre la marcha; una suposición sin duda acertada porque la verdad era que no tenía idea de lo que deseaba.

El ir a Londres fue una decisión totalmente irreflexiva, tal y como había supuesto su madre que haría. En ese momento, sin embargo, no solo estaba allí, sino que había conseguido ingresar a la esfera privada del coronel. ¿Qué paso debía dar ahora? ¿Plantarse ante él y revelar su identidad? ¿Reclamarle por haberla abandonado con su madre debido a su engaño? ¿Qué obligación tenía un padre para con una hija bastarda?

Por más que lo intentaba, no lograba recordar nada de él; no supo si la quiso o si pensó alguna vez en ella en todos esos años. A su parecer, se trataba tan solo de un hombre egoísta que, llevado por el despecho, había dejado a una niña a su suerte y que, hasta donde sabía, jamás había movido un dedo por su bienestar.

¿Y era a ese hombre a quien había ido a buscar con tanto esmero?

Isabelle suspiró y tomó el carboncillo con el que llevaba casi una hora haciendo garabatos sobre el papel en que se suponía que debería esbozar el vestido para la señora Stevenson. Se encontraba sola en el taller, porque la señora Joyce estaba atendiendo a una cliente y Jane la asistía con ello. La costurera rechazó su oferta de ayuda porque prefería que se pusiera con el nuevo encargo.

En otras circunstancias, Isabelle habría apreciado esa muestra de confianza, en especial porque sabía que se la había ganado con creces. La señorita Worsley se mostró feliz del resultado cuando le entregó su vestido el día anterior, e incluso su madre tuvo que reconocer que Isabelle

había hecho un trabajo impecable. Eso no solo aumentó su confianza, sino que también le dio el espaldarazo para trabajar en otros proyectos.

Si su vida fuera distinta, si su madre aún viviera y ella continuara en Gloucestershire, tal vez hubiera terminado por compaginar sus labores en la posada con el trabajo de costurera, pero las cosas habían cambiado y esa ya no era una posibilidad inmediata.

Y en gran medida esa era su responsabilidad, se recordó con un gesto de determinación tras trazar una tosca línea en el papel, que seguidamente arrancó e hizo un bollo apretado, tirándolo a un lado. Ella había elegido cada uno de sus pasos y ahora tenía que hacer lo mejor que pudiera con ello sin importar cuán perdida se sintiera a veces.

Había dado un gran paso al acercarse a la señora Stevenson, pues aquello le permitiría visitar su casa con frecuencia. Cualquiera día, en el momento menos pensado, se toparía con su padre y entonces haría lo mismo que venía haciendo desde que puso un pie en Londres.

Improvisar.

La condesa viuda de Pembroke poseía una confortable casita a solo un par de calles de donde se hallaba la mansión familiar, pero era habitual que pasara la mayor parte del tiempo allí, compartiendo el tiempo con su nuera. Ambas tenían la fortuna de llevarse estupendamente, lo que tal vez tuviera que ver con que la arrolladora personalidad de la anciana calzaba de forma precisa con el talante más sereno e inclinado a la concesión de la actual condesa.

Si aquel par se hubiera parecido un poco más... Julian se decía con frecuencia que su padre debió de considerar aquello cuando decidió proponerle matrimonio a su madre porque adoraba a la vieja condesa y nada le hubiera atormentado más que ella no sostuviera una buena relación con la madre de su heredero.

Por suerte, no era algo de lo que nadie debiera preocuparse; ambas mujeres eran buenas amigas y se apoyaban la una a la otra con una entrega admirable que Julian hubiera apreciado más de no ser porque a su parecer, al menos últimamente, tan solo lo hacían para volverlo loco.

—La señorita Worsley se veía radiante en la velada de los Russell, ¿no te pareció así, Olivia? Lo oí comentarlo con frecuencia durante la noche.

—Oh, sí. También lo oí; pero no fue una sorpresa, supuse que así sería desde el momento en que llegó. Se veía preciosa.

Julian suspiró y estuvo tentado a poner los ojos en blanco, pero se abstuvo de hacerlo porque recordó que era un hombre cercano a los treinta y no estaba ya para hacer esas niñerías, por mucho que ese par lo mereciera.

De modo que se contentó con mantener la vista fija sobre su diario, lo mismo que su padre. Era una práctica heredada precisamente de él y contra la que su madre llevaba años batallando en balde. Ella odiaba que apenas le prestaran atención en las escasas ocasiones en que compartían el desayuno; de allí que apreciara con mayor fervor la presencia de su suegra, que tenía por

costumbre quedarse en la casa durante la temporada. Aquello no solo les permitía asistir juntos a los eventos a los que eran invitados, sino que le facilitaba las cosas para planear su baile anual.

—Su vestido era soberbio. —La condesa viuda insistió en un tono algo más elevado e incluso lo miró directamente por encima del diario que él mantenía doblado ante sus ojos—. ¿No te pareció, Julian, que su vestido era soberbio?

Él suspiró y se planteó hacer como que no la había escuchado, pero conocía a su abuela lo suficiente para entender que ella no solo lo sabría, sino que le seguiría el juego con ganas. Si la ignoraba, sería muy capaz de levantarse y arrancarle el diario de las manos. Entonces él gritaría, y ella no era de las que se dejaban intimidar... Sí, se dijo una vez más, era una suerte que su madre fuera una mujer tan calmada, porque con el temperamento de ambos en la familia tenían suficiente.

De modo que bajó el diario con movimientos tranquilos y lo dejó a un lado para luego buscar su rostro con un brillo de advertencia en la mirada.

—No soy un gran entendido en trajes de dama, pero sí, diría que era un vestido muy bonito —concordó él al fin.

Su abuela entrecerró los ojos, pero no dijo nada de inmediato; fue su nuera quien respondió en su lugar y lo hizo con su dulzura habitual al sonreír a su hijo.

—La señora Worsley mencionó que lo hizo la señora Joyce, esa costurera que tiene su taller en la calle Baker —explicó ella—. Me la recomendaron una vez, pero estoy tan acostumbrada al trabajo de madame Rochelle que no me atrevo a cambiarla.

La anciana hizo un gesto desenfadado al oír el comentario de su nuera.

—Eso es porque eres muy leal, pero deberías de probar; tal vez pueda hacerle algunos arreglos al vestido que usarás en el baile. Si esa mujer es capaz de realzar un Worth, tal vez valga la pena —sugirió ella, pasando su atención de inmediato al rostro impenetrable de su nieto—. Quizá Julian pueda hablar con la señorita Worsley para que te la presente.

—¿Desde cuándo es necesaria una presentación formal para requerir los servicios de una costurera? —preguntó él al punto.

—No digo que sea necesario, pero sería lo más adecuado —insistió la anciana tras hacer un gesto elegante con su cucharilla, que golpeó contra el borde de su taza arrancándole un sonido agudo—. Además, la señorita Worsley apreciará el gesto.

—¿Eso crees?

—Estoy convencida —asintió ella como si no hubiera captado la burla en su voz—. Es evidente que te tiene mucha estima y la hará muy feliz que acudas a ella.

Julian hubiera podido jurar que el diario ante su padre se agitó de forma casi imperceptible. No habría podido afirmar, sin embargo, si se debía a que contenía la risa o tan solo a que temblaba ante lo que supuso que se venía.

—Es una lástima, entonces, lo poco que me interesa hacer feliz a la señorita Worsley; pero estoy seguro de que encontrará a alguien más que esté dispuesto a esforzarse para ello.

—Ay, Julian...

La suave amonestación de su madre surgió en un hilo de voz, pero su abuela tomó la posta de inmediato y, cuando lo hizo, fue con la vehemencia acostumbrada.

—Te muestras demasiado seguro si consideramos lo poco que la conoces; si estuvieras dispuesto a tratarla más, descubrirías que es un prospecto espléndido —indicó ella—. No solo es preciosa, sino que además pertenece a una familia con la que te convendría emparentar. El señor Worsley fue buen amigo del duque de Charmain, por si lo has olvidado; y su esposa está emparentada con los Walsington de Sussex.

Julian tomó aire.

—Tengo muy claros los antecedentes de esa familia, abuela, pero gracias por refrescar mi memoria —mencionó él en tono terso, y precisamente por ello más peligroso—. Les hablaré de esto a algunos de mis amigos que podrían estar más interesados en emparentar con ellos. Ahora, lamentablemente, debo dejarlos porque tengo una reunión con el coronel Stevenson y odia que llegue tarde.

Julian se puso de pie antes de que su abuela alcanzara siquiera a abrir la boca para esbozar una réplica que sería sin duda tan despiadada como la suya; en otras circunstancias, quizá hubiera cedido a la discusión por el gusto de llevarle la contraria, pero era verdad que tenía una reunión pactada con el coronel y, además, no le apetecía empezar el día con un enfrentamiento de aquellos, por divertido que pudiera ser.

Sin embargo, había sacado algo interesante de todo eso, después de todo, se recordó al ir hacia su madre para depositar un beso sobre su frente. Era la clase de muestras de afecto que solo se permitía con ella, y en gran medida porque sabía lo mucho que la condesa lo apreciaba.

—Si lo deseas, podría acompañarte donde esa costurera —ofreció él con una sonrisa—. Sé donde se encuentra su taller y estoy seguro de que estará encantada de recibirte.

El rostro de la condesa se iluminó con la oferta y le dio una palmadita en el dorso de la mano tras devolver su sonrisa.

—Maravilloso. Me gusta mucho la idea —asintió ella—. Arreglaremos algo para mañana.

Julian cabeceó y, tras dirigir similares muestras de despedida en dirección a su abuela y su padre, que había dejado de fingir que estaba interesado en el diario, abandonó la habitación con andar apurado.

No dudaba un segundo de que su familia dedicaría el resto del desayuno a hablar acerca de él, y que su abuela llevaría la voz cantante para señalar por qué su obstinación era tan molesta y con cuánto gusto lo desheredaría si no lo quisiera tanto.

Cuando salió a la calle en espera del carruaje que había pedido que prepararan para él, se dijo también que le aguardaba una perspectiva de lo más agradable para el día siguiente y, tan solo por ello, bien valía oír todas las amonestaciones de la condesa y la charla que le esperaba una vez que se reuniera con el coronel.

De pronto el día le pareció más cálido, y una pequeña sonrisa iluminó su semblante al abordar

el vehículo y ponerse en camino.

Una perspectiva de lo más agradable, sin duda.

Cuando Jane entró en el taller para anunciar que la condesa de Pembroke acababa de llegar, la señora Joyce parpadeó dos veces, luego frunció el ceño y, al final, cuando pareció que la idea en sí había entrado del todo en su mente, se puso de pie llevando con ella el rollo de muselina en que estaba trabajando antes de la irrupción de su ayudante.

Por suerte, Isabelle también se encontraba allí, de modo que pudo ayudarla a poner las cosas en orden en tanto ella alisaba su vestido y empezaba a dar órdenes, con voz insegura, a la chica.

Que ofreciera una taza de té a la condesa; que se asegurara de que se encontraba a gusto y que le dijera que estaría con ella en dos minutos.

Para cuando la pobre Jane se marchó, mucho más aturdida de lo que se veía al llegar, la señora Joyce se dejó caer sobre un banquito y empezó a respirar una y otra vez, como si hubiera olvidado cómo se hacía y le costara retomar la práctica.

A Isabelle aquella reacción le provocó una mezcla de ternura e inquietud, pero intentó que la segunda no fuera demasiado evidente en su voz cuando se dirigió a la señora para persuadirla de que se pusiera de pie. La pobre mujer no era la clase de persona que sobrellevaba las sorpresas con mucha calma, y la presencia de una dama como la condesa de Pembroke sin duda era una de las más grandes que debía de haber recibido en mucho tiempo; pero Isabelle tenía claro que no podían darse el lujo de perder los nervios en un momento como ese. Se trataba de una gran oportunidad.

De modo que, luego de susurrar unas cuantas palabras al oído de la señora Joyce para alentarla a moverse tras asegurarle que ella la acompañaría para asistirle durante el encuentro, consiguió que saliera con ella al salón de recibo.

Una vez allí, sin embargo, Isabelle se dijo que tal vez fuera ella, al fin y al cabo, quien iba a necesitar esa ayuda.

La condesa no se encontraba sola.

Un hombre permanecía de pie junto a la butaca que ella ocupaba y le susurraba unas palabras al oído en tanto ella asentía una y otra vez con semblante sonriente. A Isabelle le pareció que se trataba de una mujer preciosa, quizá la más hermosa que había visto alguna vez.

De rostro impoluto pese a los casi imperceptibles pliegues que surcaban las comisuras de sus labios y su frente, tenía también unos ojos cristalinos y había algo en la forma en que sostenía la taza que Jane acababa de dejar en sus manos que indicaba una seguridad nacida de la conciencia de su propia excelencia.

A Isabelle le agradó de inmediato, pero aquello no le ayudó ni un ápice a reponerse de la sorpresa que le provocó reconocer al hombre a su lado. ¿Qué hacía él allí?

Incluso si hubiera querido preguntarlo, sin embargo, no habría tenido tiempo para ello, porque

la señora Joyce pareció recobrar el aplomo tan pronto como se encontró ante la condesa y, tras hacer una bien estudiada reverencia, se dirigió a ella con una sonrisa de bienvenida.

—Milady. —La costurera miró a la recién llegada sin disimular su emoción—. Nos alegra mucho tenerla aquí. ¿Cómo podemos servirle?

—Necesito un vestido, y también que haga algunos arreglos a otro que he traído conmigo; me han hablado muy bien de su trabajo y decidí hacerle una visita. —La dama esbozó una suave sonrisa y ladeó el rostro para señalar al hombre que permanecía en silencio a su lado—. Mi hijo fue uno de los que abogó porque lo hiciera, así que espero que confirme la confianza que él y tantos otros parecen tener en su talento.

Su hijo.

Isabelle exhaló el aire que no sabía que hubiera estado conteniendo y apartó la mirada del rostro sonriente de ese hombre, que la veía a su vez con un interés que sin duda debería de estar prohibido. Ningún caballero observaba de esa forma a una mujer; en especial en presencia de su madre. No pudo evitar preguntarse entonces si siempre sería tan descarado y si la condesa no encontraría nada que criticar en ello.

Sin embargo, le bastó ver la dulce sonrisa que permanecía fijada en el rostro de la dama y la adoración con que veía a su hijo para saber que él podría desvestirla allí mismo con la mirada: ella no le haría ni un solo reproche al respecto.

Con los labios apretados, dio un paso hacia atrás porque de pronto le pareció que debía poner mayor distancia entre ellos; unas cuantas millas cuando menos, pero la señora Joyce frustró sus intenciones al dirigirse a ella y solo entonces reparó en que esta y la condesa habían estado diciendo algo, pero como había estado tan concentrada en ese hombre no había podido oír ni una sola palabra.

Por suerte, la costurera pareció advertir su confusión y tal vez la achacara al nerviosismo propio de esa situación, porque le dirigió una mirada comprensiva antes de hablar nuevamente.

—Le decía a lady Pembroke que fuiste tú quien hizo el vestido para la señorita Worsley —indicó ella.

Isabelle se encontró con los ojos de la condesa, que la veía con cierta sorpresa.

—Hizo un trabajo espléndido —alabó ella—. Supongo que la señorita Worsley ya se lo habrá comentado, pero fue todo un éxito.

En realidad, Isabelle no sabía nada al respecto porque ni la señorita Worsley ni su madre habían vuelto a visitar el taller, pero no quiso hacer como si objetara esa falta de comunicación, de modo que esbozó una sonrisa amable e hizo un gesto vago que la condesa pareció comprender a la perfección.

—Había pensado en que me gustaría algo similar, pero en un color azul, quizá; creo que el verde no me asienta. —La dama se dirigió a ella luego de considerar sus palabras—. Y, como dije, tengo un vestido que recibí de París hace unas semanas y necesito que le hagan algunos arreglos; lo usaré para el baile que la madre de mi esposo dará en unas semanas y es importante

que se vea impecable. Julian, por favor, ¿podrías pedírselo a Harrison? —La dama sonrió y esbozó una expresión de disculpa alternando la mirada de su hijo a ella—. Es una caja enorme y tiene un sombrero a juego que también necesita algunos ajustes. Mi doncella los tiene con ella en el carruaje.

—Estaremos encantadas de servirla. —La señora Joyce intervino y se dirigió a Isabelle con un gesto de apremio—. Tal vez milord necesite un poco de ayuda, Isabelle...

Ella no esperó a que lo repitiera; no solo porque era lo correcto a hacer, sino porque sus ojos y los del hombre se encontraron y parecieron llegar a un tácito acuerdo. Él mantuvo abierta la puerta para ella, pero ninguno dijo una palabra hasta que se encontraron fuera del local; entonces él se detuvo de golpe en medio de la calzada y buscó su mirada con una sonrisa. Isabelle hubiera podido jurar que se veía un poco arrepentido y le alegró que así fuera, porque a su parecer había forzado ese encuentro solo por el gusto de ponerla en una situación incómoda.

Esperó a que dijera algo, pero él tan solo la observaba con una fijeza que empezó a ponerla nerviosa. Sintió su traje demasiado pesado contra su piel y por un instante deseó llevar algo más bonito que el vestido de luto o haberse molestado siquiera en peinar su cabello con más esmero cuando se levantó esa mañana. Parecía como si su cuerpo de pronto fuera consciente de muchas cosas que no había considerado hasta entonces; sus manos estaban frías pese a que le daba de lleno la luz del sol y advirtió un curioso temblor en las rodillas que no había experimentado antes.

¡Qué cosa tan extraña!

—Isabelle.

Ella parpadeó y apartó sus pensamientos al oír el eco de su nombre pronunciado de una forma tan profunda. Buscó su mirada con el ceño fruncido y le dirigió un gesto irritado, pero antes de que pudiera reprenderlo por haberse tomado esa libertad, él se le adelantó al obsequiarla con una sonrisa de disculpa.

—Lo lamento, tenía que decirlo. —Se excusó él—. Me he preguntado con frecuencia cuál sería su nombre y ahora que lo sé no he podido evitarlo. Es un nombre muy bonito. Isabelle.

Ella miró sobre su hombro, como si temiera que alguien hubiera podido oírlo pese a que Julian lo pronunció en un tono de voz tan bajo que resonó entre ambos con la suavidad de un susurro.

—Creo que lo mejor será que me llame señorita Bernthold —indicó ella tras aclararse la garganta con suavidad.

—No sé si pueda —replicó él, pareciendo un poco complacido ante esa posibilidad.

Isabelle contuvo un suspiro y apretó los labios.

—Bueno, tal vez tenga que esforzarse —repuso ella sin vacilar—. Ahora, ¿no deberíamos cumplir con el encargo de su madre?

Las comisuras de los labios de lord Ransom se agitaron solo un poco antes de asentir; pero Isabelle sintió su mirada fija sobre ella a cada segundo en tanto se dirigían al carruaje aparcado junto a la acera. Una doncella bastante mayor abrió la puertecilla al verlos acercarse, y cuando él

le explicó lo que buscaban, les tendió un par de cajas. Una de ellas era enorme y muy pesada, como mencionó la condesa, y Julian se hizo cargo de ella en tanto Isabelle recibía una algo más pequeña, que supuso contendría el sombrero.

Volvieron a la tienda en silencio; Isabelle andaba tan rápido como le daban los pies porque sentía que era necesario que pusiera tanta distancia entre ellos como fuera posible. Cuando entraron, sin embargo, no había nadie allí, y supuso que la señora Joyce habría llevado a la condesa al interior de la tienda para tomar sus medidas.

Un tanto confusa y sin saber qué decir que la librera de esa situación que no sabía cómo manejar, se volvió hacia Julian con expresión seria.

—Tal vez deba volver luego para recoger a su madre —indicó ella.

—Lo haré con gusto, aunque preferiría esperar, si usted me hiciera compañía.

—Eso no será posible.

Él se encogió de hombros con un gesto que atrajo su mirada a la forma en que la chaqueta se ajustaba a sus anchas espaldas.

—Ya lo imaginaba, pero supuse que no perdía nada con probar. —Sonrió él—. Tal vez en otra ocasión.

A Isabelle le habría encantado decir que no la habría y que, por el contrario, sería mucho más considerado de su parte mantenerse lejos de ella porque dudaba de que tuviera buenas intenciones, o cuando menos ninguna que no terminara por meterla en problemas. Tal vez Isabelle fuera joven y proviniera del campo, pero ni era una niña ni tan inocente como lo serían otras muchachas que no hubieran vivido en el ambiente en que lo hizo ella en su niñez.

Sabía lo que un hombre como él podría buscar en una mujer en su posición y no estaba dispuesta a permitirlo. Pero los reproches se atascaron en su garganta y se odió un poco por no ser capaz de poner en palabras algo que en otras circunstancias no habría dudado en decir. ¿Cuántas veces se había deshecho de los impertinentes que habían intentado abordarla en la posada? Con él, sin embargo, le pareció que un par de amenazas y unas cuantas burlas hubieran sonado vacías porque, en el fondo, sentía una afinidad que nunca había experimentado antes, y la idea le provocó mucho miedo.

—Creo que no tomaré más de una hora —indicó ella con la mirada puesta en la caja que sostenía contra su pecho—. Puede dejar el vestido sobre ese mostrador, vendré por él luego.

Él hizo lo que le pedía y después se detuvo un momento ante la puerta entreabierta sin atinar a marcharse.

—¿Podría...?

—No. —Ella lo interrumpió antes de que pudiera decir nada y al fin encontró el valor para mirarlo a los ojos—. Ni siquiera lo mencione.

Él no preguntó a qué se refería; debió de saberlo tan bien como lo hacía ella y, de alguna forma, pareció comprender el tormento que aquello le causaba porque, tras suspirar, asintió con brusquedad y la sonrisa que había mantenido hasta entonces se esfumó reemplazada por una

mueca amarga.

Isabelle oyó el sonido de la campanilla tintinear cuando él cerró la puerta al salir, y luego de sacudir la cabeza de un lado a otro con una desagradable sensación en el estómago, se dirigió a la trastienda para reunirse con la señora Joyce y la condesa.

De pronto le pareció que su vida se había complicado de una forma absurda, y que si alguien le hubiera dicho hacía unos meses lo que estaría haciendo y sintiendo en ese momento, se hubiera reído en su cara.

Capítulo 6

—Tiene que pasar por casa mañana; la señora Stevenson da una cena para algunos amigos y creo que será una buena oportunidad para formalizar su candidatura.

Julian asintió al oír las palabras del coronel con ademán un poco distraído y este, que pareció advertirlo, lo observó con el ceño fruncido.

Se encontraban en plena calle luego de abandonar el club de caballeros en que habían quedado para almorzar. Allí, el coronel le había presentado a un viejo amigo de su regimiento que resultó tener cierta conexión con el Partido Laborista y que se mostró encantado de apoyar sus inclinaciones políticas luego de que Julian le hablara de lo que esperaba lograr de conseguir un escaño en el Parlamento. Antes de que se dieran cuenta, la noche estaba al caer y tuvieron que excusarse porque ambos tenían compromisos para la cena, pero acordaron reunirse nuevamente pronto.

El coronel sugirió caminar un momento para hacerle algunos comentarios de última hora, como esa cena que acababa de mencionar y a la que Julian prestara tan poca atención.

—Mi esposa está muy emocionada con la idea, parece que estrena modista o algo así.

El coronel continuó luego de carraspear y su profunda mirada se fijó en sus rasgos distendidos. Este, que solo entonces pareció ser consciente de su observación y debió de considerar que se había mostrado demasiado distante, forzó una sonrisa amable y asintió.

—Estaré encantado de asistir —indicó él.

—Bien. Llegue temprano para hablar un poco antes de la cena —sugirió el coronel con esas maneras bruscas a las que Julian empezaba a acostumbrarse y que en el fondo encontraba divertidas—. A la señora Stevenson no le agradan las discusiones políticas en la mesa.

Julian encontró curioso que un hombre como el coronel, tan presto a imponer su voluntad, se mostrara complaciente con las preferencias de su mujer. De haberse tratado de alguien más, habría creído incluso que la quería.

—Lo tendré presente —respondió él.

El coronel asintió, pensativo, antes de dirigirle una mirada de reojo.

—Bien. Será una estupenda oportunidad para hacer los contactos que necesitamos; con un

poco de suerte, asistirá un conocido que trabaja en un diario importante y podría incluso hacer una nota. En este momento nos vendrá bien algo de ruido; solo lo suficiente para agitar un poco el panal.

Julian sonrió por el eufemismo; a su parecer, y en su experiencia, anunciar formalmente su candidatura y, aún más, difundirla en un diario de tiraje nacional era mucho más que agitar un poco el panal. De haber sido otro en lugar del hijo de un conde y con los antecedentes de su familia, quizá, pero era consciente de que, en su posición, una muestra de independencia como la que estaba a punto de dar podría ser tan bien recibida como condenada. Sin embargo, la idea no le perturbó en absoluto; sabía que era tan solo un paso más de los muchos que debía dar para conseguir sus propósitos y estaba dispuesto a hacer lo que fuera necesario, incluso tragarse un nido de avispa.

—Intentaré controlar a la señora Stevenson para que no invite a muchas damas; no queremos distracciones. —El coronel asintió, como si fuera algo que hubiera considerado antes—. Desde luego, habrá otras oportunidades de presentarle a algunas amistades que puedan interesarle.

Julian contuvo un resoplido. ¿Qué ocurría con todo el mundo y sus patéticos intentos por casarlo? Nunca como hasta entonces se sintió tan acosado para ello. Como hijo de su padre y consciente de lo que se esperaba de él, no era algo que le resultara extraño; en gran medida, incluso, lo tenía asumido y la idea en sí no le molestaba. No obstante, empezaba a encontrar irritante tanta insistencia.

El coronel pareció tomar su silencio como una muestra de que se encontraba de acuerdo con su sugerencia en lugar de lo que era en verdad, el esfuerzo propio de alguien que prefiere mantener la boca cerrada para no terminar por decir algo desagradable.

—Entiendo que es posible que usted ya tenga a alguien en mente; o tal vez a más de una. No dudo de que su familia tendrá mejores conexiones que las mías y que será sencillo para usted dar con la mujer adecuada, pero no viene mal tener otras opciones, ¿cierto? —comentó él con una sonrisa torcida—. ¿Quién sabe? Tal vez nos sorprenda y termine por conocer a la futura condesa de Pembroke en mi casa.

Julian detuvo su andar de golpe y sus ojos refulgieron de una forma extraña cuando buscaron el rostro del coronel, que mutó de uno satisfecho a otro algo más inseguro al toparse con una casi imperceptible sonrisa desafiante que, sin embargo, no hizo más que acentuar sus facciones atractivas y sus ademanes falsamente indolentes.

—¿Quién sabe? —repitió él, tan solo para darle la razón y al mismo tiempo incomodarlo un poco con su entonación burlona—. Es posible que nos llevemos una sorpresa.

Ninguno podía imaginar, desde luego, que Julian estaba en lo cierto y que ambos estaban, ciertamente, a punto de llevarse una tremenda sorpresa.

Cuando la señora Stevenson insistió en que Isabelle le llevara el vestido en persona y se quedara

a ayudarla a vestirse para la cena que pensaba dar aquella noche, la joven estuvo a punto de negarse en redondo y decir que con seguridad su doncella era la persona apropiada para ocuparse de algo como aquello.

Su indecisión no estaba relacionada con el hecho de que encontrara nada de malo en hacer algo como eso; todo lo contrario. En otras circunstancias habría estado encantada de que una dama como ella confiara a tal grado en sus habilidades y que le pidiera asistencia para asegurarse de que el vestido le quedara tal y como deseaba antes de presentarse ante sus amistades.

No. Sus reservas estaban cimentadas totalmente en que, si se quedaba en casa de los Stevenson hasta que fuera hora de que la señora se dirigiera a reunirse con sus invitados, había muchas posibilidades de que se topara con el coronel. Es más, era casi indudable que así sería, e Isabelle no estaba segura de si se encontraba lista para eso.

Hasta entonces, había visitado su casa tres veces, pero siempre por las mañanas, y nunca lo había visto. La señora Stevenson mencionó entonces que su esposo tenía muchas ocupaciones y que pasaba poco tiempo en casa, lo que para Isabelle fue en su momento tanto un alivio como una decepción, porque se encontraba dividida entre si deseaba verlo o si la idea en sí le provocaba más bien terror. Incluso había tenido oportunidad de conocer a su hija, una mujer poco agraciada y de gestos bruscos que, pese a todo, le había resultado casi simpática una vez que la trató un par de veces.

Pero el coronel...

Al final, no le quedó más alternativa que consentir en el pedido de la señora Stevenson; no tenía una excusa para no hacerlo y, en el fondo, hubiera lamentado no poder ayudarla porque luego de tratarla comprendió que su arrogancia escondía una inseguridad conmovedora. Su mala salud y las evidentes secuelas que esta tenía sobre su apariencia, como el semblante enfermizo y pálido y sus dificultades para moverse con normalidad, la afectaban más de lo que se veía a simple vista. Era obvio para alguien observador, e Isabelle lo era, que pese a lo mucho que la señora se esforzaba por aparentar que no necesitaba de la aprobación de nadie, la verdad era que sí que lo hacía, en especial de la de su esposo.

De allí sus constantes pedidos de que el vestido que cosiera para ella quedara perfecto y que permaneciera a su lado hasta que estuviera lista para usarlo por primera vez.

De modo que a Isabelle no le quedó más alternativa que aceptar su pedido y allí estaba, en el vestidor de la dama y con las piernas temblorosas por el temor de que el coronel apareciera de un momento a otro para ver a su esposa y ella tuviera finalmente la oportunidad de encontrarse con él cara a cara. No obstante, aquello no ocurrió tan pronto como lo temía: fue evidente para ella luego, según fue pasando el tiempo, que los Stevenson no eran de esas parejas que mostraran un interés desmedido el uno por el otro.

En tanto ayudaba a la señora a vestirse para la cena y hacía unos pequeñísimos arreglos en el vestido, todos ellos a su parecer totalmente innecesarios pero que ella pareció encontrar indispensables, no vio al coronel ni una vez; ni siquiera oyó su voz a lo lejos. Luego la doncella

de la señora le diría que sus habitaciones se encontraban alejadas de las de su esposa y que era poco habitual que se vieran antes de bajar, pero eso Isabelle no lo sabía entonces, así que no hubo un momento en que su corazón dejara de latir a toda velocidad, por temor a que se tratara de él, cada vez que oía un ruido cerca de la puerta.

Para cuando la señora Stevenson se encontró satisfecha con su aspecto y anunció que bajaría para reunirse con sus invitados, creyó que se echaría a dar de gritos en cualquier momento. Sus manos temblaban de forma casi imperceptible y apenas consiguió esbozar una sonrisa trémula cuando dio una última mirada a la mujer, que no pareció ser consciente de su nerviosismo o tal vez decidiera achacarlo a que se encontraba tan ansiosa como ella misma por el impacto que tendría su trabajo.

La verdad era, se dijo Isabelle una vez que la señora se marchó luego de agradecer su ayuda, que si hacía a un lado su angustia debía reconocer que había hecho un trabajo estupendo. El vestido de brocado que cosió para la señora Stevenson era el mejor que hiciera en toda su vida y estaba segura de que la señora Joyce se sentiría muy orgullosa de haber podido ver la forma en que el pesado brocado se ajustó a su silueta delgada, dotándola de formas en los lugares precisos. El tono en marfil resaltó la palidez de su rostro en una forma muy favorecedora, y como había tenido mucho cuidado de trabajar el armazón para asegurarse de que le diera la estabilidad adecuada, estaba convencida de que la señora no solo se sentiría hermosa con él, sino también muy segura, algo que una persona tan frágil como ella debía de apreciar.

Al final, satisfecha pese a sus recelos, Isabelle se despidió de la doncella y le recordó que pasaría unos días después para saber cómo había ido todo para la señora Stevenson y si estaba interesada en continuar contando con sus servicios.

Para esas alturas, ya conocía la distribución de la casa y qué camino debía seguir para marcharse sin asomar por las dependencias de la familia; sin embargo, no pudo resistir el impulso de dar un pequeño rodeo y evitar las cocinas para atisbar entre los salones, atraída por el ruido de charlas y el sonido de las copas al entrechocar.

¿Cómo le iría a la señora Stevenson? ¿Habría despertado tanta admiración como esperaba? Y más importante para ella, ¿se encontraría a su lado el coronel?

El ruido la atrajo como un imán y, sin siquiera considerar lo reprobable de su conducta o el problema en que podría meterse debido a ello, se aseguró de que no había un solo lacayo cerca y se dirigió al que supuso habría de ser el salón en que se reunían los invitados antes de encaminarse al comedor.

Las puertas se hallaban entornadas, y un discreto halo de luz se colaba por entre el suelo de mármol, arrancando destellos a la superficie; el ruido de las conversaciones apagadas con una que otra elevación proveniente de algún invitado particularmente bullicioso se coló en sus oídos dejando a su paso un tinglado de palabras que no pudo descifrar, pero tomó eso como una buena señal porque también advirtió unas cuantas risas.

Tuvo cuidado de no hacer ruido al acercarse de puntillas y atisbar por una de las hojas

entornadas. Entonces obtuvo una mejor visión de lo que ocurría en el interior; vio pequeños grupos dispersos por el salón: damas elegantes con trajes similares al que hizo para la señora Stevenson, pero le pareció que la mayor parte de los invitados eran caballeros, casi todos ellos reunidos en el grupo más numeroso y vivaz junto a una chimenea de piedra caliza que irradiaba un fuego que pudo sentir incluso desde donde se encontraba.

Al buscar a la anfitriona con la mirada, descubrió que parecía muy animada y que charlaba con otra dama con semblante confiado; por la forma en que mantenía los hombros echados hacia atrás y la sonrisa fija en su rostro, Isabelle supuso que debía de sentirse muy cómoda y satisfecha con los halagos que debía de haber recibido, y se alegró sinceramente por ella.

Sin embargo, no era la señora Stevenson quien más le interesaba en ese momento. Su atención se vio atraída casi de inmediato por el grupo de invitados e intentó descubrir cuál de ellos sería el coronel.

No había un retrato suyo a la vista en los lugares de la casa en que estuvo hasta entonces, así que no tenía idea de cuál era su aspecto. Tratándose de un militar retirado, supuso que vería algo en su postura y sus maneras que la llevaría a adivinarlo; pero al mirar con mayor interés entre los caballeros, se dio con la sorpresa de que varios de ellos se veían precisamente así.

Con un suspiro de descontento, observó con mayor atención luego de asegurarse de que no había nadie tras ella que pudiera descubrirla. Distinguió una cabellera leonina y se llevó una mano a su propio cabello bien sujeto sobre la nuca. ¿Cuántas veces mencionó su madre que tenía un cabello indomable y que no recordaba haber visto otro así antes? ¿Sería posible que fuera él, ese hombre que le daba la espalda y que mantenía el rostro inclinado en dirección a otro como si le oyera con gran atención?

Isabelle dio un paso más sin darse cuenta de lo que hacía y apoyó una mano sobre la hoja de la puerta, con lo que solo consiguió arrancarle un chirrido. Fue un sonido casi imperceptible, no creyó que nadie lo notara, no con todo ese ruido de las charlas y las doncellas moviéndose entre los invitados para ofrecerles algunos aperitivos de sus bandejas.

Sin embargo, cuando acababa de exhalar un suspiro por el alivio que le produjo comprobar que nadie pareció advertir su presencia, sintió una sensación extraña en el rostro, como si alguien la observara. Entonces, con el corazón nuevamente desbocado, consiguió reunir el valor para dar una nueva mirada al salón y un lamento escapó de su garganta al toparse con una mirada fija en ella.

Sus manos cayeron de golpe a los lados y abrió los ojos de golpe al reconocer al hombre que la veía a su vez como si pensara que se trataba de una alucinación. Sin detenerse a meditar, Isabelle dio media vuelta y echó a correr tan rápido como le dieron los pies hasta dejar atrás el murmullo de voces.

Se alejó del salón y creyó que se encontraba a salvo al atravesar un desierto corredor; si no recordaba mal, y más le valía que así fuera, solo tenía que girar en el siguiente recodo y se encontraría ante la puerta que conducía a las escaleras. Desde allí sería todo mucho más fácil;

solo tenía que atravesar las cocinas y estaría fuera de la casa.

Sin embargo, acababa de poner un pie en el corredor cuando sintió una presencia tras ella y, casi de inmediato, una mano la tomó por el brazo con firmeza, tirando de ella para obligarla a detenerse.

Ella no tuvo ni que preguntarse de quién se trataba ni fue capaz de esbozar una expresión ofendida porque la forzaran a parar con semejante brusquedad. Sabía quién era.

Con el corazón en la garganta y los labios apretados, dio media vuelta para encontrarse con el rostro de Julian fijo en el suyo. Él no dijo nada de inmediato, pareció tan sorprendido como ella; tal vez no tan solo por el hecho de encontrarla allí como porque continuara tocándola y que ella no hiciera nada por apartarlo; Isabelle se preguntó entonces si él sería capaz de percibir también el calor que despedía a través de la delgada muselina de su blusa o si podría oír el latido desbocado de su corazón.

Sus mejillas ardían cuando buscó su mirada porque supo que no podría permanecer así por siempre, con la vista baja y sin decir una palabra.

Ojalá no lo hubiera hecho.

Porque no vio ni un asomo de reproche en él ni tampoco halló más de la sorpresa inicial que mostrara al buscarla; ahora solo vislumbró un gesto de agrado y la misma emoción que hubiera mostrado de haberse cruzado un día cualquiera en medio de la calle.

—Sabía que era usted.

Él habló con una naturalidad sorprendente al dirigirse a ella, e Isabelle cogió aire de golpe cuando su voz grave resonó en sus oídos. Le ocurría siempre, descubrió en un ramalazo de entendimiento que no se había detenido a considerar: su voz era como música para sus oídos, que la recibían como si bebieran de ella.

No halló nada qué decir, sin embargo, lo que tal vez fuera una suerte porque parecía como si él aún no hubiera terminado.

—Cuando la vi... creí que se trataba de una alucinación. Dios sabe que no habría tenido nada de raro, porque he pensado mucho en usted últimamente. —Él sonrió, e Isabelle sintió que sus huesos parecieron reblandecerse—. Pero entonces la vi echar a correr y comprendí que no estaba imaginando nada, que estaba aquí. ¿Cómo...?

Isabelle carraspeó y se llevó la mano libre al rostro; solo entonces reparó en que él la mantenía sujeta e intentó soltarse, pero los dedos de Julian permanecieron asidos a su brazo. No pareció como si él lo advirtiera, fue más un gesto reflejo, o tal vez tan solo la necesidad de continuar tocándola; pero en cuanto ella tiró nuevamente, esta vez con mayor fuerza, él parpadeó y dejó caer su mano a un lado en una posición extraña, sus dedos se arquearon como si le dolieran.

—Traje un vestido para la señora Stevenson. —Isabelle habló con rapidez; no tenía sentido ocultar el motivo de su presencia allí, no el que mantenía como fachada, al menos, decidió—. Ella me pidió que le ayudara hasta que se encontrara lista para bajar y ya me iba cuando...

Calló de golpe, pero no hizo falta que completara la oración; Julian pareció hacerse una idea

de lo que había estado a punto de decir.

—Sintió curiosidad —adivinó él con esa suave sonrisa que le erizaba la piel—. Es natural, supongo.

Ella se humedeció los labios y fingió no ver la forma en que él siguió el movimiento de su lengua o la sensación de su propio estómago retorciéndose en un nudo apretado.

—Sé que estuvo mal —continuó ella—. Pero oí las voces y quería ver cómo se encontraba ella... fue solo un momento, estaba a punto de marcharme, de cualquier forma; lo último que deseaba era meterme en problemas o incomodar a nadie.

—No se lo diré a nadie si así lo prefiere —prometió él cortando sus explicaciones con un ademán—. Creo que fui el único que se dio cuenta de su presencia y dudo de que alguien encontrara extraño que me ausentara.

—Tal vez no debió hacerlo.

—Tal vez —concedió él—. Pero también hubiera sido imposible. ¿Cómo podía verla y no ir con usted? Debo reconocer que he pensado mucho estos días en alguna forma para verla de nuevo, pero creo que mi madre hubiera encontrado extraño que le sugiriera acompañarla una vez más al taller.

Isabelle sacudió la cabeza de un lado para otro, y aun cuando estuvo a punto de dar un paso hacia atrás como si pretendiera así defenderse de algo o alguien, tal vez de sí misma, no hubo forma de que hiciera un solo movimiento que no fuera para inclinar el cuerpo levemente hacia adelante, como si se sintiera hechizada por su voz y sus palabras y necesitara sentirlo más cerca.

—Y usted... —Julian continuó con la mirada puesta en su rostro—. ¿Me equivoco al suponer que usted no habría apreciado que me presentara para verla sin una excusa?

Isabelle contuvo el aliento y abrió mucho los ojos, como si encontrara la posibilidad absurda.

—Desde luego que no —negó ella—. Yo... la señora Joyce... no sería correcto.

—¿Y qué lo sería entonces?

—Nada. Nada en absoluto.

—¿Pero cómo podría verla de nuevo?

Isabelle apretó los labios, y su mirada emitió un resplandor mezcla de enojo y desespero.

—Es que no debería —declaró ella sin vacilar—. Ni siquiera debería considerarlo.

Julian la sorprendió al emitir una suave risa y, al llevar la mirada a su pecho, atraída por el sonido ronco, advirtió el corte de la chaqueta que se ajustaba a los hombros como una segunda piel y que la tensión en sus brazos delataba que no se sentía tan relajado como procuraba aparentar.

—Dicho así parece tener mucho sentido, pero la verdad es que no podría estar más equivocada —repuso él al cabo de un momento—. No se trata de lo que deba o no, sino de lo que necesito.

Isabelle no supo qué responder de inmediato. Necesidad, decía él; como si fuera algo normal afirmar tal cosa delante de una mujer a la que apenas conocía. Pero una vez que consiguió reunir la voz y el valor para hablar, lo hizo con un tono severo del que su madre se habría sentido muy

orgullosa.

—Bueno, eso es una lástima, pero sospecho que un hombre de su posición debe de saber que a veces es inevitable cumplir con nuestros deberes y hacer a un lado cualquier capricho que se le pueda ocurrir —espetó ella.

Julian parpadeó como si le hubiera impresionado una respuesta tan inflexible, pero se recompuso casi de inmediato, y fue ella esta vez quien se sorprendió al verlo dar un paso más en su dirección hasta que se encontraron a tan solo unos centímetros de distancia.

—No dije nada acerca de un capricho —aclaró él.

—Eso no importa.

Julian no pareció oírla.

—Me referí a una necesidad —insistió él—. ¿Puede hacerse una idea de lo que es eso? Un impulso, un deseo.

—Preferiría...

—Y usted habla como si se tratara tan solo del antojo de un niño por una golosina —él la interrumpió y le dirigió una mirada profunda—. ¿Se considera usted algún tipo de golosina, señorita Bernthold?

Isabelle boqueó un par de veces, atónita por la pregunta.

—Desde luego que no —balbuceó ella cuando al fin encontró la voz para responder—. ¿Pero qué clase de cosas son estas para decirle a una extraña? ¿Se ha vuelto loco?

Julian calló durante lo que le pareció mucho tiempo y su rostro adquirió un semblante pensativo, casi como si estuviera considerando seriamente eso último. Al final, debió de llegar a algún tipo de conclusión que le confundió incluso un poco más porque, tras emitir un hondo suspiro, esbozó una media sonrisa que no llegó del todo a sus ojos.

—Empiezo a pensar que es posible que así sea —respondió él en un tono mucho más bajo y reflexivo del que usara hasta entonces—. Pero debo decir que no es algo que me moleste.

Isabelle frunció el ceño y empezó a jugar con sus dedos, una manía que arrastraba desde su infancia cuando se sentía un poco asustada.

—Suenas demasiado tranquilo considerando que hablamos de su cordura —replicó ella con voz apagada y un tanto mordaz.

Julian se encogió de hombros.

—¿Tiene acaso un lugar la cordura cuando hablamos de nuestros deseos más profundos?

Debería marcharse, se dijo Isabelle al encontrarse bajo su mirada. Debería dar media vuelta, no sin antes decirle que ella no tenía ningún interés en ser objeto de cualquier deseo, necesidad o lo que fuera que dijera sentir. Que hacía mal en decir todas esas cosas porque, aun cuando pudiera pensar que no era más que una costurera pueblerina a la que podría hechizar con sus encantos, la verdad era que conocía lo suficiente de la vida para saber lo que un hombre como él podría buscar en una mujer como ella. Y que bien podía buscar en otro lado porque se arrancaría la piel a tiras antes que hacer cualquier cosa que fuera en contra de lo que consideraba correcto.

Ella no era su madre.

Y sin embargo, pese a que todo en su interior le gritaba lo que debía hacer, ni su cuerpo ni su corazón parecieron oírlo. Permanecía allí de pie, sin mover un dedo, con la mirada puesta en su rostro y sus manos pegadas al pecho; él se hallaba tan cerca que habría bastado con que extendiera una de estas para tocar el frente de su chaqueta o la curva de su barbilla. Hubiera sido tan fácil. ¿Y entonces qué hubiera hecho él? ¿La hubiera tocado también? ¿Habría intentado besarla? Aún más importante, ¿le hubiera correspondido ella?

Para su fortuna, no obstante, Isabelle no tuvo necesidad de descubrirlo porque unas fuertes pisadas se oyeron tras ellos y se vio retrocediendo al tiempo que levantaba la mirada para posarla sobre el hombro de Julian, atisbando por el corredor en penumbras en busca del origen del sonido.

Una brusca exhalación escapó de sus labios al toparse con el gesto sombrío de un hombre de complexión robusta y una casi imperceptible cojera que fue hacia ellos tras detenerse un instante para estudiar la imagen ante él. Isabelle no quiso ni considerar lo que pensaría alguien al encontrarla en compañía de un caballero en medio de las sombras, en una casa ajena y tan cerca el uno del otro. De haber sido ella una dama invitada a la reunión, con seguridad el resultado habría sido muy distinto.

Pero no lo era, se recordó elevando un poco el mentón para sostener la mirada del hombre que fue hacia ellos y que alternó la vista de uno a otro con el ceño tan fruncido que sus cejas espesas le recordaron a una fiera enojada; tenía el cabello de un tono castaño oscuro que se encrespaba en la nuca y había algo en su postura rígida que le provocó el ridículo deseo de cuadrarse y saludar. Entonces lo supo. Era él. El coronel. No podía ser otro.

La idea de conocerlo en esas circunstancias le pareció tan absurda que estuvo a punto de echarse a reír en un arranque de histeria, pero consiguió contenerse y apretó los labios para forzar un semblante imperturbable que se contradecía con sus manos temblorosas y su corazón desbocado.

Julian, que pareció menos sorprendido que ella por haber sido pillados en una situación tan comprometida, se dirigió a su anfitrión con un leve asentimiento.

—Coronel. Lamento haber dejado el salón de improviso; necesitaba tomar un poco de aire y me topé con la señorita Bernthold. Supongo que la conoce.

Julian habló con una naturalidad que Isabelle habría encontrado sorprendente en otras circunstancias, y no pudo evitar preguntarse si no debería preocuparle que se le diera tan bien mentir. Pero no tuvo tiempo para pensar mucho en ello porque entonces se encontró bajo la mirada del coronel, que le dirigió un casi imperceptible gesto de asentimiento luego de mirarla de pies a cabeza con el ceño más fruncido aún.

—La costurera —dijo él en un tono tan frío como la noche—. Sí. Mi esposa me ha hablado de usted, pero no sabía que se encontrara todavía aquí.

—Estaba por marcharme.

Isabelle se preguntaría, luego, muchas veces cómo fue posible que las palabras salieran de sus labios con tal facilidad cuando sentía como si tuviera la garganta atravesada por las mil y un preguntas que hubiera deseado formular en su lugar.

—Fui yo quien la detuvo —intervino Julian, ajeno sin duda a esa oleada de inquietud que pareció envolverla.

El coronel asintió una vez más, ahora incluso con mayor rigidez; como si lo hubiera imaginado, pero no le gustara nada haberlo comprobado. Isabelle se dijo que ya había tenido suficiente y que si no salía de allí lo antes posible empezaría a gritar. Apenas había conseguido reponerse de la sorpresa que le supuso encontrar a lord Ransom allí y oír las cosas que él dijera como para además enfrentar a ese hombre en un momento como aquel. No era así como había pensado que ocurriría.

—Debo irme ahora. —Su voz surgió con una firmeza que le habría satisfecho en otras circunstancias—. Esperaré a tener noticias de la señora Stevenson. Buenas noches.

Tras hacer una corta reverencia que sin duda debió de verse muy pobre y en absoluto adecuada considerando el rango de lord Ransom, les dirigió una última mirada de reojo y se marchó con paso apurado y la espalda tan rígida que creyó que se le quebraría en cualquier momento. Ninguno de los hombres dijo nada; y los dejó en el corredor, sumidos en un silencio ominoso que le habría preocupado de no ser porque apenas podía con su propia angustia.

—Ransom...

—No.

Julian cortó cualquier cosa que el coronel estuviera a punto de decir y le dirigió una mirada acerada al pasar por su lado para regresar al salón. Sin embargo, este fue tras él y prácticamente tuvo que trotar para alcanzarlo; cuando se hallaron ante las puertas del salón, extendió una mano para obstruirle el paso y no le quedó otra alternativa que detenerse, no sin antes observarlo con tal frialdad que un hombre menos valiente habría retrocedido sin dudar.

Pero el coronel había comandado ejércitos en campos de batalla y ni siquiera el peso de las centurias de aristocracia que Julian parecía irradiar por los poros parecieron intimidarlo.

—Ransom, ni siquiera se le ocurra.

Julian no fingió que no lo entendía; hubiera quedado como un idiota y habría sido también una falta de respeto para un hombre que no solo era su anfitrión, sino también, en cierta forma, un socio al que debía consideración. De modo que, tras intentar aligerar la tensión que atenazaba sus miembros y le dificultaba la respiración, esbozó una expresión más amable y se dirigió a él con una tranquilidad engañosa.

—Cualquier cosa que pueda ocurrírseme está lejos de ser asunto suyo, Stevenson.

—Está equivocado. —El coronel respondió en un tono obcecado, si bien mantuvo la voz muy baja por temor a que su charla fuera oída por los invitados que se hallaban en el salón—. Desde

luego que es asunto mío. Si se mete en algo como... no puede correr un riesgo de ese tipo, no ahora cuando estamos en un punto tan importante y tan cerca de conseguir por lo que llevamos meses trabajando.

—Lo que haga no tiene nada que ver con nuestras aspiraciones...

—¿Cómo que no?! —el coronel resopló y bajó la voz al continuar—. Hemos hablado de esto muchas veces antes; le he pedido hasta el cansancio que se consiga una buena chica de una familia adecuada y que se case con ella para que lo ayude a dar una imagen de respetabilidad ante los electores. ¿Y qué hace en su lugar? Va por allí, persiguiendo a una costurera cualquiera para meterse entre sus faldas. ¡Y bajo mi techo!

Julian apretó los dientes con tanta fuerza que fue un milagro que no se los quebrara por la fricción. Esta vez, el coronel pareció encontrar cuando menos ligeramente amenazante su expresión porque tuvo el buen sentido de dar un paso hacia atrás y suavizar un poco el semblante cuando su mirada se encontró con la suya.

La voz de Julian surgió en un tono tan cavernoso que el otro hombre tuvo que inclinarse un poco hacia él para oírlo, pero estuvo claro, al hacerlo, que era consciente de que tal vez se había extralimitado. Sin embargo, sus palabras permanecían entre ellos, y Julian no habría sido él mismo de no dar una respuesta en consecuencia.

—Le ofrezco disculpas si piensa que he podido hacer algo que afectara la dignidad de su casa, Stevenson, pero puedo asegurarle que no ha sido así —empezó él sosteniendo su mirada—; y esas serán todas las disculpas que oírás de mí respecto a ese tema. Por lo demás, me reafirmo en que lo que haga o deje de hacer en mi vida privada no es de su incumbencia y que pone en riesgo nuestro acuerdo al continuar insistiendo. Oh, sí, y si vuelve a referirse a la señorita Bernthold en esos términos, olvidaré su edad y su posición y le romperé la nariz.

El coronel no alcanzó a responder nada. En realidad, era posible que no hubiera podido dar con una sola palabra para replicar a semejante amenaza por mucho que lo intentara, pero lo salvó el sonido del gong que anunciaba la cena. Sus ojos, nublados por el desconcierto, se toparon con el rostro tenso de Julian antes de que este hiciera un asentimiento que pareció tan solo reafirmar sus palabras y, luego de ello, se dirigió de vuelta al salón con un andar firme y resuelto.

Capítulo 7

No pasó mucho tiempo luego de aquello para que Isabelle volviera a ver a Julian.

Ella no había vuelto a la casa de los Stevenson desde aquella noche. La señora le envió una nota en que agradecía sus servicios y le contaba que el vestido había sido un éxito; además, le aseguró que había dado las señas del taller de la señora Joyce a todas las damas que le preguntaron al respecto, por lo que esperaba que pronto empezara a recibir a unas cuantas nuevas clientas. Sin embargo, no hizo un solo comentario respecto a que fuera a requerir su presencia en un futuro inmediato, y a Isabelle no le quedó más que suponer que eso tendría algo que ver con el coronel.

Tal vez él le dijera que no deseaba verla nuevamente por allí o quizá fuera un poco más allá e hiciera referencia a las circunstancias en que se conocieran. Isabelle sentía el rostro arder al pensar en ello y en todas las ideas que el coronel podría haberse hecho al encontrarla en compañía de lord Ransom. Era posible que incluso pensara...

No deseaba ni empezar a suponer en lo que podría haber pensado él. Dudaba de que pudiera soportarlo. De pronto se sentía sumida en un desaliento que le dificultaba moverse o empezar siquiera a considerar qué era lo que debía hacer a continuación.

Había esperado con tantas ansias el momento en que al fin se encontrara frente a frente con el coronel, ese hombre a quien en cierta forma debía su vida, y aun cuando nunca tuvo muy claro qué haría cuando aquello ocurriera, sabía sin asomo de duda que lo último que hubiera deseado era que él encontrara algo que reprochar en su conducta incluso cuando ni siquiera conociera su verdadera identidad.

No era él quien debía juzgarla. Era ella quien tenía todo el derecho del mundo a enrostrarle en la cara el desinterés que mostró siempre por su destino.

Furiosa y dolida a partes iguales, continuó con sus labores durante los siguientes días a fuerza de voluntad y testarudez, dos rasgos de su carácter de los que siempre se había sentido orgullosa a pesar de que más de una vez la habían metido en problemas. Sin embargo, estaba lejos de sentirse animada y de poner todo su corazón en lo que hacía. Incluso la señora Joyce, tan distraída a lo que la rodeaba, hizo algún comentario referente a su semblante apagado y sus

escasas palabras en tanto trabajaban en el taller, pero Isabelle urdió unas cuantas excusas que le parecieron más bien débiles; la señora, no obstante, pareció comprender que no podría sacarle nada y optó por no hacer más comentarios al respecto.

Para cuando estaba por culminar la semana, Isabelle estuvo a punto de tomar una decisión apresurada y volver a Gloucestershire. ¿Qué sentido tenía que continuara en Londres? Había visto al coronel, que fue al fin y al cabo lo que había ido a hacer, y él no solo pareció no reconocerla en absoluto, sino que, además, se mostró odioso con ella y, estaba segura, tenía una impresión terrible de la clase de persona que era.

Dudaba de que pudiera volver a su casa y, en el fondo, no estaba segura de desear hacerlo. ¿Qué podía hacer? Tocar a la puerta principal y anunciarse como la hija bastarda que había ido a reclamarle su abandono estaba fuera de toda cuestión. Ella no deseaba nada de él, al menos nada material. No iba en busca de su fortuna ni de su nombre; a esas alturas, ni una cosa ni la otra le interesaban, había aprendido a valerse por sí misma y estaba muy orgullosa del apellido que llevaba. Pero había esperado...

«¿Qué esperabas, Isabelle?», se preguntó una tarde en que se había quedado a solas trabajando en el taller y en que, luego de terminar con sus labores, se preparaba para dejar todo listo para continuar al día siguiente. «¿Pensaste que te reconocería tan pronto como estuvieras ante él? ¿Que te miraría a los ojos y reconocería a la criatura que dejó con su madre luego de que esta lo traicionara con otro? ¿Que te pediría perdón y te diría que había aguardado años por ese momento?».

Avergonzada por lo que juzgó una debilidad que no estaba en libertad de permitirse, tomó su bolsito y un trozo de pan que Jane había dejado envuelto para ella cuando se negó a detener el trabajo para tomar un refrigerio a media tarde, y decidió dar un paseo.

Necesitaba aire y olvidar; o cuando menos fingir que lo hacía.

Había unos jardines muy cerca de allí, recordó al abandonar la tienda y dirigir sus pasos en esa dirección. Los vio el día de su llegada y se prometió recorrerlos a la primera oportunidad, pero por una cosa u otra había tenido que posponer la visita. En ese momento, sin embargo, tras trabajar sin pausa durante todo el día y con los ojos punzando por el esfuerzo que suponía dar una puntada tras otra, se dijo que se había ganado un descanso.

Con seguridad, la señora Joyce no pondría ninguna pega a ello; aún más, la mujer se había mostrado muy agradecida con ella por sus arrojos para conseguir aumentar su clientela, algo que empezaba a hacerse palpable. Ese día, sin ir muy lejos, habían recibido dos pedidos importantes; y Jane le comentó, al llevarle unas piezas de tela que uno de sus proveedores acababa de entregar, que nunca había visto la tienda tan animada.

Al menos su presencia en Londres no sería un absoluto desperdicio, se dijo al encontrarse frente a la entrada del parque. Unas altas verjas cercaban el perímetro, e Isabelle supuso que habían sido puestas con el fin de mantener a salvo los ejemplares que albergaba el lugar. Aunque no era un recinto tan conocido como los jardines de Kew, acerca de los que había leído más de

una vez y que esperaba tener oportunidad de visitar antes de regresar al campo, era indudable que se trataba de un lugar muy cuidado y que tenía un encanto particular.

Isabelle sintió que parte de su angustia iba disolviéndose según se internaba entre los altos árboles y el aroma de las flores la envolvía. De pronto la vida no le pareció tan oscura ni sus problemas tan insalvables, y habría continuado con su agradable paseo de no ser porque sintió una presencia tras ella y, al girar para ver sobre su hombro, se sorprendió esbozando una triste sonrisa.

En ese momento comprendió que no había nada por lo que debiera asombrarse. ¿Acaso no lo había sentido tan pronto como puso un pie fuera de la tienda? ¿Sus pasos no resonaron tras ella mientras recorría la calzada, una calle tras otra? ¿No lo notó detenerse de la misma forma en que lo hizo ella cuando se encontró ante la entrada del jardín? Era cuestión de tiempo para que delatara su presencia, y allí estaba. Lo había aguardado tanto como lo temía.

Al dar media vuelta para enfrentarse a la mirada de lord Ransom, fija en ella con una determinación que se sintió muy lejos de poder emular, se dijo que nada hubiera podido presagiar, cuando abandonó su hogar tan solo unas semanas antes al ir en busca de su padre, que terminaría por encontrar a alguien más en su camino. Y que ese alguien sería un hombre tan peligroso.

Con un suspiro, sacudió la cabeza suavemente cuando él fue hacia ella una vez que pareció adivinar que no recibiría una respuesta destemplada o la orden de marcharse, y lo observó con una ceja arqueada y las manos cruzadas a la espalda.

—Espero que sea consciente de lo reprehensible que es que me haya seguido —señaló ella en un susurro en el que no fue capaz de imprimir ni el más leve matiz de reproche.

Él sonrió, y ella no pudo menos que decirse una vez más que era sorprendente que un gesto tan común tuviera un efecto tan poderoso sobre sus nervios.

—Y yo espero que sepa perdonarme y me permita acompañarla en su paseo —replicó él, adelantándose a continuar antes de que ella pudiera abrir la boca—: Solo unos minutos, tanto como esté dispuesta a dejar que lo haga.

—¿Y qué ganaría usted con eso?

—Conocerla. Saber quién es. —Julian respondió a su pregunta sin vacilar—. Solo nos hemos visto unas cuantas veces y no hemos tenido oportunidad de charlar a gusto.

Isabelle hizo un gesto de desaliento y se encogió de hombros, reprimiendo a duras penas el impulso de señalarse a sí misma, desde su sombrero viejo a su vestido carente de adornos, tan oscuro como su ánimo.

—¿Con qué fin podría desear algo como eso? Porque debo decirle, lord Ransom, que está equivocado si piensa que puede hallar algo en mí que sea de su interés o, aún más, que esté dispuesta a permitir que me use para pasar el tiempo. —Ella no vaciló al responder; decidida a dejar las cosas claras desde un inicio, porque creyó que esa era una de las pocas cosas sobre las que tenía poder últimamente: su dignidad—. Si ha pensado que podría ser un entretenimiento

para usted, más vale que lo diga ahora.

Él no respondió de inmediato. En su lugar, recorrió su rostro hasta que Isabelle lo sintió arder bajo su mirada, pero se forzó a mantener el mentón bien elevado y un brillo de desafío relució en sus ojos cuando estos se encontraron con los suyos.

—Permita que la acompañe durante su paseo —repitió él—. Y cuénteme cosas de usted. Es todo lo que busco.

Isabelle apretó los labios y le dirigió una mirada cargada de recelo.

—¿Solo eso? —preguntó ella.

—Lo dice como si fuera poco. Tal vez para mí signifique mucho —replicó él.

—No entiendo por qué sería así.

—¿A usted no le da curiosidad saber de mí?

Julian aguardó a su respuesta con semblante imperturbable, pero Isabelle reparó en que la veía con una avidez que le cortó el aliento y se planteó mentir. Hubiera sido sencillo responder que no, que no había nada en él que encontrara interesante y que no le importaba conocerlo; aún más, que hacerlo habría sido una tontería tanto como ceder a su pedido de hablarle de ella misma. ¿Qué conseguirían ambos con eso?

Sin embargo, tan pronto como abrió la boca para urdir esas falsedades, su lengua se enredó y se vio tragándose sus palabras. ¿Que no mentía ya lo suficiente? ¿No era su sola presencia allí un gran engaño? En ese momento se encontraba al lado de un hombre que en realidad no sabía nada acerca de ella, y de pronto se vio asaltada por la necesidad de responder con la verdad. Tal vez no pudiera decírselo todo, claro; era consciente de su cercanía al coronel y del riesgo que corría al permanecer a su lado por tantos motivos que ni siquiera se detuvo a pensarlos. Pero seguro que podría decirle algo, hablarle cuando menos de la Isabelle de Gloucestershire, de su vida junto a su madre y sus hermanas, de cuando su existencia tenía un poco más de sentido. Parecía que había pasado tanto tiempo de aquello...

De modo que, tras asentir con un gesto rígido y sin conseguir sentirse cómoda del todo, lo que no evitó que cediera a uno más de sus impulsos, reanudó el paso y percibió más que vio la forma en que él le devolvía una profunda mirada antes de amoldar el andar a su ritmo.

En tanto recorrían el enorme jardín, sumidos de golpe en un silencio en el que no halló ni un solo ápice de incomodidad, se dijo que sin duda su madre habría tenido algo que decir al respecto; como que tal vez fuera esa precisamente la clase de arrebatos acerca de los que le advirtiera en su última carta. Y sin embargo, nunca como hasta entonces se sintió Isabelle tan tentada a ignorarla.

—De modo que quiere ser político.

Julian esbozó una pequeña sonrisa al oír el tono entre risueño y sorprendido en la voz de la mujer que caminaba a su lado y que lo veía con manifiesta curiosidad. Aunque el sombrero le

cubría parte del rostro y ella andaba con la mirada fija en el camino frente a ellos, distinguió el brillo de sus ojos y la curva de una sonrisa en sus labios llenos.

Nunca en la vida deseó tanto algo como acariciarlos. Sin embargo, logró contener el impulso y, tras desviar la mirada, asintió con una corta cabezada.

—Le parece divertido —comentó él sin poder ocultar el tono levemente dolido en su voz.

Ella le lanzó una mirada de reojo.

—No he dicho eso; pero es extraño —reconoció ella—. Y aun así...

—¿Sí?

—Puedo imaginarlo haciendo algo como eso —comentó ella, ensimismada—. Le sienta.

—¿La política?

—La justicia. —Isabelle ensanchó la sonrisa al toparse con su expresión sorprendida—. Lo que no entiendo del todo es por qué quiere someterse a una elección popular, ¿no es un riesgo que no tiene necesidad de correr?

Julian se encogió de hombros.

—Todo el mundo me pregunta eso —reconoció él—. Pero para mí está muy claro.

Isabelle llevó las manos a su espalda, y Julian empezó a andar algo más rápido; no se dio cuenta entonces, pero parte de él se sintió incómodo ante la forma en que lo veía. Nadie lo había hecho así antes, como si quisiera ver en su interior y adivinar hasta el más secreto de sus pensamientos. Al final, ella pareció llegar a una conclusión, porque asintió un par de veces y la sonrisa se esfumó de su rostro, reemplazada por un gesto pensativo.

—Quiere ganárselo —comentó ella poco después—. No desea ocupar un lugar que siente que no le corresponde.

Julian dejó escapar un suspiro y estuvo tentado a negarlo, pero supo que hubiera sido una tontería. ¿Cómo hacerlo si estaba en lo cierto?

—Ojalá mi familia lo viera con la misma claridad con que lo hace usted. —Deseó él con una entonación divertida en la voz.

—A veces es difícil para nuestros seres queridos, ellos tal vez piensan que hay algo en su origen que le avergüenza.

Julian frunció el ceño al oír sus palabras.

—Ese no es mi caso —aseguró él—. Me encuentro muy orgulloso de mi familia y del nombre que heredé de ellos.

—Es muy afortunado; no todos pueden decir lo mismo.

Julian captó el leve matiz de amargura en su voz y la observó con mayor atención.

—Supongo que ese es su caso. —Tanteó él.

Isabelle no respondió, y él decidió no insistir. No fue ajeno a la tensión que pareció atenazar sus miembros al oírlo; su paso se hizo más apurado y advirtió también que apretaba en mentón en un gesto de enfado.

—De cualquier forma, no tengo nada contra los míos; todo lo contrario, estoy muy consciente

de mi posición y sé que soy afortunado —él continuó en un tono más ligero e hizo un gesto para que lo siguiera al atravesar un letrero que señalaba un estanque de nenúfares algo más adelante—. Pero tiene razón al suponer que ocupar un lugar en el Parlamento es algo que siento que necesito ganarme. Nunca me sentiría cómodo allí si sé que lo único que me llevó a entrar fue mi apellido. Tal vez se deba a que es algo muy importante para mí; hay tanto que quiero hacer, tanto que creo que puedo cambiar...

Isabelle ladeó el rostro y lo contempló con una suave sonrisa que se acentuó al ver que el camino se detenía de golpe ante un estanque circular en que un grupo de personas habría podido nadar con total comodidad. Sin vacilar, al parecer atraída por el brillo del sol sobre la superficie del agua y las plantas acuáticas que lo poblaban, fue hacia allí y se dejó caer sobre el borde con un suspiro.

—Hábleme de esas cosas —pidió ella, sorprendiéndolo—. Comparta conmigo sus ideas acerca de todo eso que espera cambiar.

Julian vaciló un instante y la contempló con expresión repentinamente asombrada; parecía como si no hubiera esperado que mostrara verdadero interés por sus inquietudes, por algo que era evidente significaba tanto para él. Tal vez temiera que no alcanzara a entenderlo, y se sorprendió pensando que algo que tratándose de otra persona le hubiera importado más bien poco, siendo ella... en ese instante supo que había pocas cosas en el mundo que ansiara más que ser comprendido por esa mujer.

De modo que, tras suspirar y dirigirle una mirada un tanto misteriosa, se sentó a su lado y apoyó los antebrazos sobre sus rodillas.

—De acuerdo —aceptó él—. Pero no dude en interrumpirme si la aburro.

Isabelle sonrió, y la luz del sol arrancó un destello cobrizo de su cabello.

—Le prometo que lo haré.

Julian no dudó de que así fuera; algo le reveló que ella nunca dudaba al decir lo que pensaba, y parte de él se sintió agradecido por ello. Lo último que deseaba era que lo encontrara tedioso si se ponía demasiado parlanchín, cosa que le ocurría de vez en cuando al hablar de lo que lo apasionaba.

Así que cogió aire y empezó.

El sol comenzaba a ocultarse cuando Julian e Isabelle abandonaran el parque poco después de que ella le recordara que debía volver al taller antes de que la señora Joyce empezara a preocuparse. Él no pareció muy contento con la idea, pero no puso una sola pega y reanudaron el regreso inmersos en un agradable silencio que ninguno pareció interesado en romper.

Habían hablado tanto a lo largo de las últimas horas que Isabelle se dijo que ese mutismo era casi una consecuencia natural y, en su caso, una necesidad. Quería recordar las cosas que se habían dicho, en especial lo que Julian le contara acerca de sus sueños y esperanzas. Había

sorbido sus palabras con un ansia un tanto penosa, consideró ella al advertir que apenas había sido capaz de asentir y decir algunas palabras sueltas en tanto él enlazaba una frase tras otra para intentar explicar todos y cada uno de sus proyectos.

Al oírlo, se dijo que era como si él hubiera estado esperando ese preciso momento; que ella se encontrara a su lado y que nadie pudiera interrumpirlos para volcar muchas de las cosas que posiblemente no se hubiera atrevido a contar a nadie más. Le habló de su inclinación por la justicia y de cómo creía que lo mejor para aplicarla, más que en un juzgado en que debiera plegarse a las normas que otros hubieran establecido, era haciéndolo por sí mismo de acuerdo a sus creencias y al bienestar del pueblo.

La voz de Julian cobraba una entonación tan apasionada al hablar de aquello que le erizaba cada centímetro de piel. Hubiera deseado dibujar con los dedos la línea de su sonrisa ilusionada y los pliegues de su frente al adquirir una expresión concentrada para explicar al detalle sus ideas.

Entonces ella recordó que, cuando se encontraron en casa del coronel, él habló de una necesidad que entonces encontró un poco ofensiva y difícil de entender, pero en ese momento lo tuvo un poco más claro porque la sintió también. Y aquello le dio muchísimo miedo.

No solo porque no se conocieran muy bien, a su parecer eso era lo de menos; había momentos en que se sorprendía mirándolo y pensando que habían tenido esa charla antes. Mucho antes. Que su presencia era tan natural que ese podría haber sido tan solo un encuentro más de una retahíla de miles. Que su rostro y su voz formaban parte de sus recuerdos como si alguien los hubiera puesto allí, grabándolos a fuego.

Era ella misma, su historia y sus circunstancias, lo que la aterraba. Porque sabía sin asomo de duda que no habría un futuro para ellos, y le extrañó que él no pareciera capaz de verlo también. ¿Por qué buscaba su compañía una y otra vez? ¿Por qué le habló de sus aspiraciones más profundas? ¿Para qué se desnudó como un hombre extraordinario ante ella si sabía que nunca podría tenerlo? ¿Era un inconsciente? ¿Un egoísta?

La aridez de la ciudad fue abriéndose paso según fueron dejando atrás el jardín, e Isabelle hizo un mohín de desagrado al captar el tufillo acre de las calles, algo a lo que aún le costaba acostumbrarse, tan alejado estaba de los aromas más limpios y naturales del campo. Recordó entonces sus intenciones de dejar Londres tan pronto como pudiera para regresar a casa, pero, al mirar de reojo al hombre que andaba a su lado con semblante pensativo, se le estrujó un poco el corazón.

No verlo nunca más le pareció una atrocidad, y se dijo que la vida era muy injusta por haberlo puesto en su camino para arrebatarlo tan pronto con semejante crueldad.

Isabelle se detuvo de golpe tras exhalar un hondo suspiro, y Julian hizo otro tanto, buscando su mirada sin decir una palabra.

Habían llegado a un cruce poco transitado bajo un toldo bajo; el taller de la señora Joyce no se encontraba muy lejos de allí, cuando mucho un par de calles, pero ella no creyó que fuera apropiado aparecer ante la puerta en semejante compañía. Tal vez la señora fuera un poco

distraída, pero tenía dos ojos y encontraría extraño que el vizconde de Ransom fuera por allí de paseo con una de sus empleadas. Ella ya había captado algunas miradas curiosas durante la tarde, y aunque no le preocupara mucho su reputación, porque dudaba de que tuviera una que pudiera importarle a alguien, tampoco deseaba atraer la atención de nadie ni perjudicarlo de cualquier forma.

—Creo que deberíamos despedirnos aquí. —Isabelle se aclaró la garganta y procuró hablar con una seguridad que estaba lejos de sentir.

Sintió un leve picor en la mejilla y se dio cuenta de que se le había escapado un mechón de cabello del peinado apretado; intentó ajustarlo en su lugar, pero una de sus horquillas se le enganchó en el guante de encaje, el único que tenía, y emitió un bufido de impaciencia. Su expresión de fastidio se vio reemplazada de pronto por una de sorpresa al captar el sonido de la risa de Julian, que la veía como si encontrara divertida su reacción.

—Permita que la ayude. —Él no esperó a que respondiera, llevó una de sus manos a su rostro y desprendió los rizos de la horquilla con el mismo cuidado que habría tenido de tratarse de un trozo de cristal—. Es muy impaciente, ¿cierto?

Isabelle no respondió. No habría podido incluso de haberlo deseado, porque sentía la garganta atravesada por una estaca. Los dedos de Julian rozaban su piel, y a ella le pareció que tardaba demasiado al intentar asegurar el cabello de vuelta en el peinado. Seguro que estaba haciendo un desastre, se dijo en un hilo de pensamientos, pero no se le ocurrió detenerlo, ni siquiera cuando sus manos abandonaron su nuca y abarcaron sus mejillas.

Ella sintió su guante libre, pero en lugar de dejar sus manos caer, las apoyó sobre sus muñecas; en parte porque le pareció un crimen encontrarse tan cerca de él y no ceder a la tentación de tocarlo, y también porque algo le dijo que, si no se sujetaba a él, terminaría por desplomarse a sus pies.

—Sí, es terriblemente impaciente —susurró él muy cerca de su rostro y con semblante pensativo, como si respondiera a su pregunta—. Un rasgo muy curioso en una mujer.

—Todas las mujeres somos impacientes en el fondo.

A Isabelle le pareció que su voz había surgido en un tono tan bajo que sería un milagro que él hubiera podido oírla. Pero lo hizo, porque sonrió e inclinó la cabeza hasta que su frente rozó la suya, y su corazón empezó a bombear con una fuerza casi sobrenatural ante el tacto de su piel ardiente.

—Es posible —reconoció él—, pero en usted es mucho más evidente. Aunque no era una crítica; creo que es una característica de lo más atractiva.

—¿La impaciencia?

—Si es la suya.

Isabelle suspiró y entrecerró los labios sin ser muy consciente de lo que hacía. Una vez, cuando tenía quince años y Eloise, trece, un grupo de comerciantes se hospedaron en la posada. Iba con ellos un joven mozo de cuadra, un apuesto muchacho que no tendría más de veinte y que

la persiguió durante toda su estadía para pedirle que aceptara dar un paseo con él.

Su hermana se burló sin piedad entonces y, a espaldas de su madre, la desafió a ir con él y a dejar que la besara. Cuando menos para que le contara cómo se sentía, bromeó ella sin duda, pensando que Isabelle nunca se atrevería a tanto; sin embargo, Eloise subestimó su terquedad y la fuerza de su orgullo, porque ella no dudó en aceptar el reto.

Fue un absoluto desastre.

El chico era muy atractivo, pero también un poco tonto, y no hizo más que parlotear de su vida en la ciudad y de lo triste que le parecía, en cambio, la suya, refundida en una posada en un lugar tan alejado. Isabelle le dijo un par de cosas y acortó el paseo de inmediato; pero cuando él intentó besarla poco antes de volver a casa, no hizo nada por detenerlo. En el fondo, lo mismo que Eloise, tenía curiosidad por saber lo que sentiría. Y aunque fue una experiencia curiosa, no le pareció que fuera nada del otro mundo.

Recordaba la sensación de los labios tibios y ásperos del muchacho contra los suyos, y el sonido de su respiración agitada cuando intentó forzarla a abrirlos. Entonces Isabelle le dio un empujón y corrió de vuelta a casa, prometiéndose que no volvería a intentar algo como aquello porque no valía la pena en absoluto.

En ese momento, sin embargo, tanto tiempo después, cuando sintió los dedos de Julian rodear su nuca y usar la mano libre para atraerla hacia él, cerró los ojos y emitió un leve gemido una vez que sus labios se unieron. Fue un beso breve, pero bien hubiera podido durar una eternidad; perdió la noción del tiempo y lo único que supo fue que era la sensación más hermosa que había experimentado en su vida.

Los labios de Julian eran suaves y, a diferencia del muchacho de sus recuerdos, él pareció saber exactamente lo que hacía, porque ella no dudó en entreabrir los suyos cuando sintió su lengua abriéndose paso con una lentitud maravillosa. Se sintió frágil y muy pequeña al enterrar los dedos en su cabello tras vacilar y sentir sus manos aferrándola como si temiera que fuera a desaparecer.

Él sabía de una forma que no hubiera podido precisar, pero intentó absorberlo porque creyó que algo como aquello no se repetiría nunca más y deseó atesorar el recuerdo para evocarlos en los momentos en que se encontrara sola y solo le quedaran los rastros de ese sueño.

El ruido de unos cascos los obligó a separarse, e Isabelle parpadeó con rapidez para contener las lágrimas que se habían agolpado en sus ojos. No fue capaz de mirarlo; fijó la mirada en el pavimento y dejó caer las manos para apretarlas contra su pecho con todas sus fuerzas hasta hacerse daño.

—Isabelle...

Ella sacudió la cabeza al oír el sonido grave de su voz, tan solo un susurro que pareció disolverse entre el sonido de algunas palabras a su alrededor. Debería haberse sentido avergonzada, incluso asustada ante la posibilidad de que alguien los hubiera visto, pero no pudo hacerlo; lo único que sintió con claridad fue el dolor provocado por ese momento, y le pareció

increíble que algo que hasta hacía un segundo le produjera tanta felicidad mutara de golpe a una sensación tan horrorosa.

No dijo nada, sin embargo, ni una sola palabra. Tampoco hizo un gesto de despedida ni se le ocurrió pedirle que no la buscara más; su mirada fue muy clara al respecto una vez que reunió el valor para verlo de nuevo a los ojos. Lo que encontró en ellos... no se atrevió a analizarlo, ni entonces ni después. ¿Con qué fin? En su lugar, dio media vuelta y se alejó con paso apurado. Julian no fue tras ella, algo que la alivió tanto como le dolió; y cuando al fin se encontró ante la puerta del taller, entró y no se detuvo hasta encontrarse en la pequeña habitación que la señora Joyce había dispuesto para ella.

Y así, de golpe y sin previo aviso, sus emociones parecieron desbordarse y tomar el control de ella. Lloró como no recordaba haberlo hecho nunca. Lloró por su madre y sus muchos errores; por el hombre que era su padre y que le pareció de pronto tan insignificante. También lo hizo por la señorita Bernthold y por todo el amor que le había dado. Pero sobre todo, lloró por ella y por Julian, y por lo que no podría ser.

Capítulo 8

El coronel Stevenson contempló a su huésped con el mismo semblante insondable que sus tropas encontraban tan intimidante, pero que ya había comprobado que a Julian Stanton le tenía sin cuidado. En especial cuando ni siquiera parecía capaz de verlo.

Las luces de las lámparas de gas, que eran el orgullo de su esposa y que se había esmerado en hacer instalar en buena parte de la casa, tintinearón un segundo antes de asentarse, irradiando una luz diáfana que él encontraba irritante. Prefería con mucho las velas, pero cuando sugirió que podrían conservarlas en su estudio ya que al fin y al cabo era un lugar que le pertenecía solo a él, Agnes puso el grito en el cielo y le rogó que no planteara ninguna objeción, porque sería absurdo dejar una habitación de la casa en penumbras.

El coronel no había podido negarse a cumplirle el capricho. A su parecer, era un pequeñísimo precio a pagar por todo lo que le debía, que no era poco. Con frecuencia pensaba que podría vivir cien vidas y aun así no le alcanzaría el tiempo para retribuirle por toda su devoción; una que, a su parecer, estaba muy lejos de merecer.

Cuando creyó que el silencio entre él y su invitado empezaba a tornarse incómodo, apartó sus pensamientos y lo observó con renovado interés.

—¿Por qué siento que no ha oído una palabra de lo que le he dicho, Ransom? Debo estarme poniendo más aburrido de lo que creí.

El hombre ante él parpadeó, y sus ojos azules relampaguearon hasta adquirir un matiz oscuro que el coronel supuso que debía de ser una de las razones por las que tantas jovencitas iban suspirando tras él en los salones de baile.

—Lo he oído. —Julian lo sorprendió al responder con una calma que habría admirado en otras circunstancias—. Piensa que es momento de organizar una visita al interior del país y debo decir que estoy de acuerdo. Cambridge sería una buena opción; el rector de la universidad estaría encantado de recibirnos y organizar una reunión con los estudiantes.

El coronel asintió con los labios apretados. Le hubiera gustado que él no pareciera tan seguro, para así reafirmar su opinión de que en el fondo se hallaba muy lejos de allí y que solo era capaz de seguir la charla echando mano de una sorprendente perspicacia. Una habilidad propia de un

político, reconoció para sí a regañadientes.

—Es una buena idea —respondió él luego de considerarlo un momento—. Desde luego, sería interesante también organizar una reunión con los residentes que no pertenezcan a la universidad. Después de todo, recuerde que son ellos a los que necesitamos convencer de que vale la pena arriesgarse a elegirlo.

Julian cabeceó.

—Tiene razón.

—Es posible que no lo reciban con mucho entusiasmo. —El coronel continuó con el ceño fruncido—. Podría llevarse alguna sorpresa desagradable.

—Lo tengo asumido. Y estoy dispuesto a correr el riesgo. —La expresión de Julian adquirió una determinación implacable al continuar—. No crea que no he pensado que me llevaré algunos abucheos.

—Yo no me preocuparía tanto por los abucheos —replicó el coronel en tono ácido—. Son los objetos que lanzarán a su cabeza por los que debe inquietarse.

Julian esbozó una sonrisa torcida.

—Tengo buenos reflejos —aseguró él—. Deje que yo me encargue de eso; solo quiero que acepten escucharme, y espero poder convencerlos de que no soy un aristócrata más que se presenta ante ellos para mentirles.

—Si usa esa labia que parece darle tan buenos resultados con las damas, dudo de que tenga problemas en conseguirlo.

La sonrisa se esfumó del rostro de Julian y observó a su interlocutor con los labios fruncidos en una fina línea, pero el coronel se le adelantó antes de que pudiera urdir una respuesta apropiada al elevar una mano en un llamado a la calma.

—No lo tome a mal —pidió él en tono levemente sardónico—. No pretendía ofenderlo; le aseguro que no he olvidado su amenaza de la otra noche, así como no dudo de que tampoco usted lo hiciera. Tal vez sea un buen momento para mencionar que lamento haber sido un tanto brusco con usted entonces, no quise dar la impresión de que reprobaba su conducta. Tan solo me preocupé porque no creí, y continuó pensando igual, que fuera el momento o el lugar para una de sus correrías.

Pese a que el rostro del coronel había asumido una expresión de complicidad y que su tono estaba lejos de ser de reconvención, no pareció como si Julian apreciara sus esfuerzos. Por el contrario, dio la impresión de que lo encontraba mucho más insultante de lo que el hombre habría podido adivinar. Y sin embargo, era lo bastante astuto como para no permitir que su carácter le ganara la partida, y no porque no lo deseara así, sino porque tenía ya asumido que ese no era un tema en el que el coronel y él pudieran llegar a un acuerdo.

De modo que su voz surgió menos áspera de lo que habría cabido esperar al responder.

—Mis «correrías» —repitió él con el mentón elevado y las manos asentadas sobre sus muslos en una falsa posición despreocupada—. Me sorprende que lo mencione con tanta naturalidad.

Creí que prefería que... ¿cómo lo llamó? Que sentara cabeza.

El coronel hizo un gesto displicente.

—Y continuó pensándolo; es más, espero que se ponga con ello lo antes posible. Si se esmera, podría hacer algún anuncio antes de que termine la temporada; sería el inicio perfecto para su campaña —señaló él en tono emocionado, como si apenas entonces hubiera considerado esa posibilidad y la idea le pareciera fascinante—. Pero yo me refería a esas indiscreciones propias de los hombres de su posición. No me gustaría que pensara que lo repruebo; también yo caí en algunas de ellas cuando tuve su edad. —El rostro del coronel se ensombreció entonces y calló por un par de segundos antes de continuar algo menos animado—. Si tiene algún interés en esa costurera, por ejemplo, comprenderá que es importante que sea extremadamente cuidadoso. No querrá verse involucrado en ningún escándalo a estas alturas.

Julian suspiró y llevó una de sus manos ante sus ojos, como si de pronto encontrara muy interesantes las líneas que la cruzaban o si, en todo caso, requiriera de ese momento de evasión para contener las ganas de dar una respuesta demasiado ruda. Con seguridad, el coronel no apreciaría que cumpliera su advertencia de romperle la nariz, por ejemplo.

¿Por qué le afectaba tanto que se refiriera de esa forma a su interés por Isabelle? ¿No era, después de todo, una suposición razonable? Visto con desapasionamiento, era casi lógico suponer que si un hombre de su posición se encontraba atraído por una mujer como ella, lo único que podría considerar era convertirla en su amante. Seducirla y, si ella se mostraba receptiva, arreglar algunos encuentros furtivos en algún lugar que él le proveyera hasta que se aburriera de ella.

Podía parecer cruel, pero era una práctica habitual en el mundo al cual ambos pertenecían. El problema era que a Julian aquella posibilidad le revolvía el estómago y despertaba en su pecho unas ganas tremendas de romper cosas. Y no porque fuera un mojigato y le pareciera que había algo inmoral en ello. Siempre y cuando ambos estuvieran de acuerdo, sin engaños de por medio y con las cosas claras, desde luego.

Él jamás había mentido a una mujer con el fin de seducirla. Había tenido amantes, como muchos otros hombres de su edad y posición, como mencionara el coronel con ligereza, y no se avergonzaba por ello. Era siempre sincero, justo y realista, y nadie hubiera podido reprocharle su conducta; incluso conservaba la amistad de algunas de las mujeres con las que tuvo algún tipo de relación en el pasado.

Con el tiempo, sin embargo, había madurado lo suficiente para comprender que ese tipo de relaciones estaban lejos de satisfacerlo; de allí que nunca se negara en redondo a encontrar a una mujer con la que compartir su vida siempre y cuando así lo desearan ambos. La posibilidad de ceder a las presiones de su entorno y contraer un matrimonio de conveniencia le provocaba escalofríos.

Él se casaría enamorado. O, cuando menos, aceptaba cuando se permitía reconocer su talante escéptico, sinceramente atraído por la mujer con la que decidiera compartir su vida. Y era

importante que ella sintiera lo mismo.

Había tenido suficiente de encuentros clandestinos y amantes por las que nunca consiguió sentir más que una breve oleada de deseo.

Entonces, ¿qué era exactamente lo que le ocurría con Isabelle? ¿Qué era lo que deseaba de ella? Aún más importante, ¿deseaba averiguarlo? El recuerdo de su rostro le penaba como un fantasma, y no importaba cuánto tiempo transcurriera desde su último encuentro, el sabor de sus labios permanecía grabado en su mente. Había perdido la cuenta de las veces en que estuvo a punto de ir en su busca para rogarle que le permitiera besarla de nuevo; se sorprendió pensando, en un arranque desesperado, que incluso se hubiese puesto con gusto a sus pies para pedirle que le diera la oportunidad de conocerla mejor, de saber quién era en realidad y descubrir si sentía siquiera una ínfima parte de todo lo que inspiraba en él.

Sabía que era una locura, pero escapaba por completo a su control y estaba seguro de que posiblemente terminara sucumbiendo a ella sin considerar las consecuencias que algo como aquello podría acarrear para ambos.

—Ransom...

Julian parpadeó y contempló el rostro del coronel al otro lado del escritorio. El pobre hombre lo veía como si no tuviera idea de qué esperar de él; tal vez aguardara a que le celebrara sus palabras tanto como que montara en cólera y se le echara encima. La verdad era que su primer impulso fue optar por lo segundo, claro, como pensó de inmediato, pero era consciente de la limitada capacidad de aquel hombre para comprender el porqué de su reacción y no tenía mayor interés en explicárselo. Se comería su sombrero antes de reconocer sus sentimientos o su confusión respecto a estos ante él.

De modo que prefirió dejarlo pasar. O, aún mejor, le pareció que tal vez pudiera servirle de algo para intentar desentrañar el misterio en que Isabelle se había convertido para él, porque no estaba tan obnubilado por la atracción que le inspiraba como para no darse cuenta de que había algo en ella que no terminaba de calzar en su historia. No, al menos, en la que le había contado y que estaba plagada de hoyos que se sentía ansioso por rellenar.

—¿Qué sabe de ella? —preguntó él de golpe.

El coronel parpadeó, como si eso hubiera sido lo último que esperara escuchar, y cuando se repuso de la sorpresa, esbozó una expresión de desconcierto.

—No lo sé —reconoció él—. Posiblemente menos que usted. Jamás he hablado con ella, solo la vi una vez la otra noche. Según mi esposa, se presentó un día ante la puerta ofreciendo sus servicios y ella aceptó recibirla porque había escuchado buenas referencias de su trabajo.

Julian cabeceó, pensativo.

—Un movimiento muy valeroso de su parte —musitó él.

El coronel se encogió de hombros y osciló su leonina cabeza de un lado a otro.

—Supongo que puede llamársele así, aunque yo la considero más bien temeraria —acotó él—. Claro que no oír a un viejo militar como yo criticar a una joven por mostrar semejante audacia.

—¿Y por qué eligió acudir a su esposa? ¿Por qué precisamente a ella?

—No lo sé. Tal vez no fuera así, no recuerdo que ella dijera que fue la única a quien acudí.

—El hombre frunció el ceño como si empezara a encontrar extraña su insistencia—. Da igual de cualquier forma, ¿no le parece? El punto es que llegó aquí y eso la convierte en una conocida de mi esposa, por lo que debo insistir en que es importante que sea en extremo discreto en su trato con ella. Repito, sí, que no tengo ningún interés en prohibir...

Julian sacudió una mano ante él, y el hombre calló de golpe al encontrarse con su mirada de advertencia.

—Coronel, hágame un favor. Aún mejor; háganos un favor a ambos —exigió, más que pidió, él—. Considere cuidadosamente sus palabras antes de decir algo que pueda arruinar nuestra amistad.

El hombre juntó las cejas hasta que casi se perdieron entre la maraña de cabello que cubría su frente y lo observó con una manifiesta expresión de enojo. Sin embargo, pareció hacer con exactitud lo que Julian le pidió, porque este casi que pudo oír los engranajes de su mente funcionando a toda velocidad antes de que elevara un dedo para señalarlo con este y decir lo que sin duda le habría costado mucho resumir de todo lo que en realidad le hubiera gustado decir.

—Muy bien —asintió él—, pero le diré una cosa importante, y no se la digo solo para que lo considere en bien de sus aspiraciones y lo que ambos esperamos de estas, sino porque lo considero un buen hombre y odiaría verlo padecer de forma innecesaria.

Julian no dijo nada, y el coronel pareció tomar su silencio como una venia para continuar.

—No tengo idea de cuál sea su relación con esta... señorita, pero no hace falta que lo haga para darme cuenta de que, sea lo que sea, está demasiado fascinado por ella como para actuar con sensatez. Tal vez no haya nada de malo en ella, es posible incluso que sea una joven decente que tendrá el buen juicio de poner distancia entre ambos antes de permitir un acercamiento que pudiera perjudicarla, pero también es probable que sea todo lo contrario. Y de allí viene mi advertencia: cuídese de esas mujeres, Ransom —siguió él, y Julian creyó advertir un sincero y profundo rastro de dolor en su voz—. Si se confía, le clavarán un puñal por la espalda a la menor oportunidad.

El hombre calló de golpe y pareció como si se encontrara avergonzado de haber sucumbido a esa explosión. Julian lo vio llevarse una mano a la frente y carraspear antes de ponerse de pie y dirigirse a la ventana para abrir las cortinas, sacando un momento la cabeza por el cristal entreabierto, como si necesitara un instante para recobrar el aliento. Cuando se volvió nuevamente a él, había recuperado el control, pero aún conservaba una mueca amarga fijada en los labios delgados.

—Bueno, creo que nos hemos desviado un poco del tema —dijo él volviendo al asiento que acababa de abandonar con unos ademanes que pretendieron parecer despreocupados—. ¿Cuál es el nombre del rector de Cambridge que mencionó? Podría escribirle en su nombre para arreglar un encuentro en cuanto tengamos confirmada la fecha para el viaje.

Julian estuvo tentado a urdir una réplica que lo dejara en evidencia, pero parte de él sintió una profunda compasión por el tormento que vio en sus ojos; fue obvio que ese arranque se debió a algún recuerdo que debía aún de escocerle mucho, y no pudo menos que preguntarse quién pudo ser la mujer que lo había herido a ese grado. Dudaba de que algunas de las heridas que debieron de infringirle durante su carrera militar lo hubieran lastimado tanto.

De modo que decidió tragarse su curiosidad y, tras asentir, retomó la charla que él se esmeraba tanto por abordar y le dio la información que necesitaba. Sin embargo, no hubo un solo momento durante lo que se mantuvo ese encuentro, y mucho tiempo después, en que no recordara su advertencia y se preguntara si, después de todo, debería de tomarla en cuenta. No porque temiera que Isabelle pudiera clavarle un puñal en la espalda —eso ni siquiera lo hubiera podido considerar—, sino porque algo en su interior le dijo que corría incluso un riesgo mayor si terminaba por ponerse a su merced.

Su espalda estaba a salvo de ella. Lo que le preocupaba era su corazón.

Para sorpresa de Isabelle, cuando se hallaba a punto de ceder al deseo de volver a casa, dando por perdidas todas las esperanzas que había cifrado en su estadía en Londres, recibió un mensaje de la señora Stevenson en que la conminaba a visitarla. Era importante que hablara con ella, decía su nota; luego de considerarlo mucho y visto el éxito de su cena de hacía unas cuantas semanas, en gran medida gracias al vestido que había hecho para ella, había decidido asistir al baile de la condesa de Pembroke y para ello iba a necesitar su ayuda.

Isabelle dudó en si debería acudir o no a su llamado. Su primer impulso fue ocultarle la nota a la señora Joyce y hacer como si nunca la hubiera recibido; sin embargo, algo en ella la empujó a considerarlo. Tal vez esa fuera su última oportunidad, se dijo entonces. La ocasión para jugarse el todo por el todo y hacer frente a los fantasmas de su pasado para cerrar al fin ese periodo de su vida.

De modo que, tras dudar mucho, decidió responder a la nota de la señora Stevenson y le prometió que estaría allí por la mañana.

El día de su cita amaneció brillante y cálido; y mientras hacía el camino a casa del coronel, se dijo que era una lástima que la aguardara una jornada que posiblemente resultara mucho más triste de lo que el entorno parecía presagiar. En su lugar, hubiese preferido dar un paseo por los jardines que había visitado en compañía del vizconde Ransom, por ejemplo. O, mejor dicho, Julian, como había decidido llamarlo solo para sí.

Él no tenía cómo saberlo, y creyó justo tomarse esa libertad. Después de todo, él también se había tomado algunas con ella, recordó sintiendo cómo sus mejillas ardían hasta un grado casi abrasador al pensar en la forma en que la había besado.

Era algo en lo que había intentado con todas sus fuerzas no pensar, pero se vio fallando de forma lamentable porque, aunque su mente tenía muy claro que hacerlo solo la atormentaría, su

corazón parecía determinado a revivir ese momento una y otra vez.

Le bastaba con cerrar sus ojos por las noches para evocar el recuerdo de los labios de Julian sobre los suyos, la suave piel de sus dedos acariciando sus mejillas y la firmeza con que la sostuvo contra él; como si la reclamara de alguna forma y ella se hubiera visto orillada a rendirse a él porque no podía pensar en un instante, ni entonces ni ahora, en que deseara hacer otra cosa. En sus brazos se sintió más ella misma de lo que se había sentido nunca; ni el más leve rastro de duda o de miedo empañaron la seguridad de saber que se encontraba exactamente donde pertenecía.

Pero todo aquello no fue más que una ilusión, claro; una que tan solo dejó a su paso un rastro de impotencia y pesar porque sabía que no podía repetirse, no si deseaba mantenerse a salvo.

Ella no era su madre. No importaba lo que pudiera sentir por Julian, jamás se dejaría arrastrar por una pasión pasajera. Había pasado buena parte de su vida cargando con las consecuencias de los actos de su madre y no estaba dispuesta a sumar a ese lastre sus propios errores.

No importaba que su corazón le gritara que las cosas eran muy distintas para ella. Que sus sentimientos por Julian, por recientes que pudieran ser, eran con seguridad mucho más profundos de lo que pudo sentir su madre alguna vez por el coronel. Dudaba de que la señora Halsington conociera alguna vez el amor como lo entendía ella; su vida pareció estar plagada de relaciones fugaces nacidas del interés y de frívolos arranques de pasión. Y pese a ello, a esas diferencias insoslayables, Isabelle se moría de miedo por que existiera algo dormido en su interior que pudiera despertar en cualquier momento y que se viera a sí misma cometiendo sus mismos errores.

Amar a un hombre como Julian, entregarse completamente a él para separarse luego se le antojó imposible, no sin terminar destrozada en el proceso.

La alta figura de la casa de los Stevenson apareció ante ella y se vio obligada a apartar sus pensamientos para enfocarse en lo que le aguardaba. En un arranque de orgullo, decidió ir por la puerta principal, la que daba a la avenida, e hizo como si no notara el ceño fruncido del mayordomo cuando este se presentó ante ella y le dijo que la señora Stevenson la esperaba.

Tras dirigirle una mirada que recorrió desde sus botines gastados hasta el cabello cubierto con un sombrero sin adornos, con seguridad intrigado porque se mostrara tan desafiante, la condujo a la misma habitación donde había visto a la señora la primera vez. En esa ocasión, sin embargo, no fue ella quien la recibió, sino que se encontró frente a frente con el hombre a quien había ido a buscar en primer lugar, el mismo por el que hizo ese viaje alocado y quien la veía a su vez como si fuera un espécimen extraño al que estaba determinado a estudiar.

Isabelle no tuvo oportunidad de analizar al coronel a fondo en ese breve momento en que los pillara a ella y a Julian la noche de su cena. Le había parecido un hombre imponente entonces; una figura de hombros anchos al que ni siquiera una leve renquera había podido restar algo del donaire que parecía irradiar. Ahora, sin embargo, al verlo bajo la luz radiante del saloncito, y tras recorrer su rostro con los ojos muy abiertos debido a la sorpresa que le produjo encontrarlo allí

en lugar de a su esposa, como si se tratara de algún tipo de celada, no pudo menos que considerar que también se veía mayor de lo que había estimado.

Gruesos mechones grises teñían sus sienes, y su rostro se veía surcado de unas arrugas profundas que endurecían sus facciones, que en otros tiempos tal vez fueran algo más joviales. Tenía los labios reseco y sus ojos, aunque despiertos y alertas, sin duda el punto más remarcable de su semblante, parecían también arrastrar un cúmulo de experiencia que había dejado una marca casi palpable.

Vio inteligencia en él. Y astucia acompañada de una buena dosis de ironía, amén de la profunda desconfianza que pareció aflorar a sus rasgos tan pronto como puso la mirada en ella.

Isabelle procuró que su desconcierto no fuera demasiado evidente y se recompuso de la sorpresa con rapidez. En cierta forma, se dijo que tal vez aquello fuera lo mejor. ¿No era eso por lo que había ido hasta allí en primer lugar? Quería conocer al coronel, verlo de cerca, estudiar sus maneras, hacerse una idea de la clase de hombre que era. Y por la forma en que él la veía, intuyó que le ocurría algo similar.

Aunque, tuvo que considerar cuando el silencio empezó a resultar algo incómodo, con seguridad sus motivos eran muy distintos.

El coronel no hizo amago de abandonar la butaca sobre la cual se hallaba sentado al verla llegar; tal vez pretendiera dejar en claro con ello que a su parecer no merecía la más mínima cortesía, o al menos, no la que hubiera prodigado a una dama. Pero Isabelle no dejó que aquello la afectara. Por el contrario, pareció como si ese desplante la ayudara a afirmar la impresión que tenía de él y decidió que bien podría actuar en consecuencia.

Después de tanto tiempo de esperar, se hallaba en donde deseaba y no estaba dispuesta a dejar que aquel hombre la amedrentara.

De modo que, tras hacer una leve inclinación de saludo, permaneció de pie y con las manos unidas contra su pecho; llevaba con ella una pequeña libreta en la cual acostumbraba tomar anotaciones durante las visitas a sus clientas y en ese momento la sintió como una tabla de salvación porque, al sujetarla con todas sus fuerzas, sintió que podía así dejar fluir la tensión que se esmeraba tanto por ocultar.

—La señora Stevenson se reunirá con usted en un momento, pero yo le haré compañía en tanto ella llega.

La voz del coronel le resultó más agradable de lo que supuso que sería, incluso cálida, opuesta sin duda a su exterior hosco y poco hospitalario. Tras asentir, ella se mantuvo de pie y fijó la mirada en la alfombra a sus pies. Siguió el patrón circular con los ojos y procuró que su respiración surgiera con lentitud de entre sus labios, para controlar su nerviosismo.

Transcurrieron un par de minutos, y durante cada uno de ellos fue capaz de sentir la mirada del hombre fija en su rostro. Parte de ella deseó echar a correr, y la otra apenas consiguió contener el impulso de ir hacia él y gritar.

Cuando creyó que su espalda se quebraría por la tensión a la que la sometía para mantenerse

erguida, oyó un leve carraspeo ante ella y, al levantar la mirada, se encontró con la expresión imperturbable del coronel. Sin embargo, al observarlo con mayor atención, le pareció advertir un leve asomo de inquietud pulsando en sus pupilas.

—¿No va a sentarse? —preguntó él.

A Isabelle le hubiera gustado responder que para ello habrían tenido que invitarla a hacerlo, pero decidió que eso hubiese sido una niñería y optó por tomar el comentario como un ofrecimiento para que lo hiciera.

Eligió una silla no muy alejada de él y se dejó caer sobre ella con un casi imperceptible suspiro de alivio. Sus manos permanecieron aferradas alrededor de su libreta luego de asentarlas sobre su regazo. Lamentó no haber optado por un sombrero más grande, uno que le cubriera mejor los ojos para así tener posibilidad de evadir su mirada de la del coronel, algo que en ese momento le resultó imposible.

Él la veía con la misma inquisición que mostrara hasta entonces, incluso un poco más. Isabelle sintió sus ojos recorriendo su rostro, y aunque un comportamiento como aquel hubiese sido reprehensible tratándose de otro, no le pareció que él lo hiciera con el fin de incomodarla o para satisfacer una curiosidad morbosa. Le pareció más bien como si lo que deseara fuera estudiarla a profundidad para encontrar en ella algo que no alcanzaba a reconocer del todo.

—¿De dónde es, señorita Bernthold?

La pregunta surgió de labios del coronel con la misma cortés frialdad que mostrara hasta entonces, aunque Isabelle estuvo segura de que no se trató de una interrogación vacía. En verdad deseaba saberlo, y ella no vio ningún motivo para mentir al respecto.

—De aquí. Nací en Londres —respondió ella.

El coronel cabeceó.

—¿Y ha vivido siempre en la ciudad?

—No. Pasé los últimos años en Gloucestershire.

—¿Con sus padres?

Ella vaciló antes de responder, planteándose si sería habitual que le hiciera tantas preguntas a una desconocida, en especial a una que se encontraba allí para servir a su esposa.

—Con mis hermanas —aclaró ella—. Y también con mi madre, pero ella falleció hace unos meses.

Los ojos de coronel se entrecerraron dotándolo de una expresión curiosa antes de que asintiera con brevedad. No le ofreció sus condolencias, sin embargo; pareció como si hubiera registrado la muerte de su madre como un hecho más que tan solo contribuyó a incrementar su curiosidad.

—¿Y su padre?

Fue el turno de Isabelle para fruncir el ceño, porque no supo qué responder. No podía señalar lo evidente, ya que entonces habría descubierto su mascarada; pero tampoco hubiera quedado muy bien si reconocía que jamás lo conoció. Eso hubiese delatado su condición de bastarda, y aquello tan solo habría terminado por cimentar la impresión que ese hombre parecía tener de ella.

Por fortuna, la llegada de la señora Stevenson la libró de responder.

La dama se disculpó al aparecer con su paso cuidado que delataba sus problemas de movilidad, e Isabelle se puso de pie de inmediato para recibirla sin ocultar el alivio que le supuso verla. Ella alternó la mirada de uno a otro, y sus ojos se detuvieron un segundo en el rostro de su esposo antes de esbozar una sonrisa de entendimiento.

Todo ocurrió con bastante rapidez entonces. El coronel se disculpó con su esposa, porque debía ausentarse por el resto de la tarde, y las dejó a solas luego de dirigir una última mirada al rostro inmutable de Isabelle, que cuando mucho abrió la boca para saludar a la señora y se mantuvo en una silente espera, como si esa breve charla entre ambos jamás hubiese ocurrido.

Algo le dijo, sin embargo, que de no ser por la llegada de la dama, con seguridad el coronel habría estado encantado de continuar con el interrogatorio.

Luego de eso, la señora Stevenson tomó el control de la situación al repetir lo que ya le había adelantado en su nota. Estaba decidida a asistir al baile de la condesa de Pembroke y para eso necesitaba un vestido adecuado. Desde luego, era consciente de que faltaban apenas un par de semanas para ello y que un pedido como aquel debía hacerse con meses de anticipación, pero confiaba en la habilidad de Isabelle para conseguirlo. Aún más, estaba dispuesta a pagarle el doble de lo habitual con el fin de que se dedicara exclusivamente a ello.

A Isabelle no le sedujo la suma que la señora mencionó, aunque estuvo segura de que la señora Joyce se habría ido de espaldas de haberla oído, además de que no dudaba de que ella sería lo bastante generosa para permitirle quedarse con una buena comisión que les vendría muy bien a la tía Mary y a Clara en casa.

No. Aceptó porque era incapaz de resistirse a un reto y porque, qué sentido tenía negarlo, luego de su encuentro con el coronel estaba más determinada que nunca a hablar nuevamente con él. Desterró la idea de volver a Gloucestershire de inmediato y se dijo que ya lo haría una vez que hubiera conseguido lo que fue a buscar, aunque, una vez más, tuvo que reconocer que no tenía idea de qué era eso.

Además, y procuró contener la emoción que empezó a fluir de su interior al considerarlo, permanecer en Londres la mantendría cerca de Julian. Tal vez no pudiera verlo de nuevo, por no decir que un acercamiento como el de su último encuentro estaba fuera de toda duda. Pero si tuviera la oportunidad de verlo solo una vez más, oír su voz aun cuando no fuera para dirigirse a ella... cualquier cosa, lo que fuera sería mejor que las que habían sido sus últimas perspectivas, aunque se forzó a resignarse a guardar tan solo su recuerdo.

Una vez más. Tan solo una. Luego... Ya aprendería a vivir con eso luego, se prometió aun cuando algo le dijo que no hacía más que engañarse a sí misma.

El ajeteo en casa de sus padres llegó a tal punto que para cuando faltaban unos días para el baile, Julian no pudo más con ello y se trasladó a las habitaciones que tenía a unas cuantas calles de la

mansión Pembroke.

Tal vez hacer algo como eso se hubiera podido tomar como un gesto de deslealtad, pero la verdad era que acostumbraba hacerlo cada año por esas fechas y nadie en su familia había realizado nunca un comentario para censurar su conducta. Julian incluso tenía la sospecha de que sus padres habrían deseado hacer lo mismo de haber podido; en especial, su padre.

La abuela Stanton era una mujer encantadora, como él no habría dudado en afirmar a quien se lo preguntara; pero también era demandante, rigurosa en las formas y con la determinación propia de un general del ejército. Permanecer bajo su techo en tanto se encontraba en la recta final de la organización del evento que regía sus días hubiera sido un disparate.

Además, tenía buenas razones para buscar un ambiente más privado en esa ocasión. Estaba completamente volcado a los preparativos del viaje a Cambridge que acordara con el coronel y necesitaba la paz y tranquilidad que solo podría encontrar en un espacio que fuera tan solo suyo. Su valet se ocupó de organizar todo lo que podría necesitar y se sintió en buenas manos con él; ni siquiera echó en falta la cocina de la mansión Pembroke o los revoloteos de los sirvientes que procuraban cumplir hasta el último de sus pedidos.

El coronel se sentiría encantado de saber que era perfectamente capaz de arreglárselas con pocos recursos y que, en el fondo, incluso lo disfrutaba. Julian sabía que le esperaba mucho de eso durante los siguientes meses en los que tendría que recorrer el país para llegar a tantos posibles electores como fuera viable.

Pasó varios de esos días urdiendo listas de lugares en los que contaba con amistades a fin de organizar algunos viajes similares al que tenía contemplado en Cambridge. Él y el coronel acordaron que saldrían un par de días después con la idea de estar de vuelta para el baile de la vieja condesa. Su abuela lo despellejaría vivo si se atrevía a faltar.

Una de las desventajas de ser su único nieto, supuso Julian no por primera vez con una mueca sardónica al pensar en ello; seguro que si sus padres hubiesen tenido más hijos ella se habría mostrado un poco más tolerante.

Su valet se ocupó de armar el equipaje para la visita a Cambridge y envió una nota al coronel para hacerle saber a dónde debía remitir su correspondencia por si necesitaba ponerse en contacto con él antes de emprender el viaje. El viejo militar había estado un poco desaparecido en los últimos días, y en las escasas ocasiones en que se encontraron, se mostró más lacónico de lo habitual; ni siquiera había vuelto a hacer un solo comentario respecto a la existencia de Isabelle ni lo conminó de nuevo a aprovechar el baile organizado por su familia para encontrar a una candidata apropiada para casarse.

A decir verdad, Julian solo cayó en la cuenta del asunto cuando se encontró lejos del ajetreo de la mansión Pembroke y pudo pensar en ello con tranquilidad, el coronel se había mostrado particularmente ausente en cualquier tema que trataron durante esas semanas. Respondía a sus preguntas con monosílabos y, para su sorpresa, de no ser porque Julian se ocupó de ello, era posible que no hubiera movido un dedo para preparar el viaje.

Julian lo apreciaba; incluso, lo consideraba un amigo, pero a diferencia de lo que hiciera el coronel hasta entonces, él no sentía la suficiente confianza como para interrogarlo al respecto. Prefirió, por lo tanto, achacar su extraña actitud al nerviosismo propio de la empresa que estaban a punto de emprender y al hecho de que la relación entre ambos se había visto un tanto alterada por sus desavenencias respecto a los intereses de Julian en lo que a compañía femenina se refería.

Considerar aquello lo llevó a pensar en Isabelle y se preguntó qué sería de ella. No había vuelto a verla desde su último encuentro, pero supuso que le ocurriría lo mismo que a él, que pasaría buena parte de sus días pensando en los momentos que compartieron; y ansió con todas sus fuerzas que lo echara de menos siquiera una ínfima parte de lo que lo hacía él.

Tenía que verla de nuevo, decidió cediendo a una idea que no dejaba de rondar su mente una y otra vez. Al menos un momento antes de que tuviera que marcharse. Quería oír su voz y ver su rostro para llevarlos con él de recuerdo hasta que estuviera de vuelta.

Con esa determinación, ordenó a su valet que terminara de organizarlo todo para el viaje en tanto él se ausentaba por algunas horas.

Sabía dónde encontrar a Isabelle; lo que no tenía tan claro era lo que diría ella cuando lo viera.

Capítulo 9

Isabelle se llevó una mano al cuello y bizqueó un par de veces, parpadeando para enfocar con claridad.

Al paso que iba, dudaba de que fuera capaz de volver a enhebrar una aguja sin sufrir un espantoso dolor de cabeza y lo achacó al hecho de que llevaba los últimos días —mañana, tarde y noche— volcada a terminar el vestido de la señora Stevenson.

Nunca debió aceptar el pedido, se dijo más de una vez desde que se había despedido de la dama tras asegurarle que lo tendría listo para la fecha señalada. En especial porque por entonces ya sabía que no iba a poder contar con la ayuda de la señora Joyce. Ella también estaba hasta el cuello de trabajo.

Las gestiones de Isabelle habían conseguido que varias damas acudieran al taller para solicitar sus servicios, pero el hecho de que fueran tan solo ellas las encargadas de todo empezaba a afectarlas al grado de que la señora Joyce decidió que debían empezar a entrenar a Jane formalmente y, quizá, y si las cosas seguían así, contrataría también un par de aprendices para que les sirvieran de ayudantes.

A Isabelle aquello la alegró tanto como la inquietó. Por una parte, se sintió feliz por la señora Joyce, porque la costurera era una mujer encantadora y a su parecer era hora de que su talento fuera recompensado con el éxito de su negocio. Pero por otra... ella no podría quedarse allí por siempre y temía que, una vez que debiera marcharse, su ausencia pudiera afectarla. Sin embargo, sabía que era algo a lo que tendría que enfrentarse en su momento y que hacía mal al torturarse con ello.

Tenía ya bastante con todas las cosas por las que angustiarse sin sumar esa a la lista, reconoció de mala gana tras dar una nueva puntada al vestido en el que trabajaba.

Como por ejemplo, el coronel.

No hubo una sola visita que hiciera a su casa para entrevistarse con la señora Stevenson, fuera con el fin de tomar sus medidas en un inicio y luego para hacer las pruebas según avanzaba con el vestido, en que su esposo no se encontrara también allí. Y en todas y cada una de sus visitas se había visto obligada a permanecer cuando menos unos minutos en su compañía antes de ser

conducida con su esposa.

Él usaba esos momentos para estudiarla con un interés que empezaba a encontrar exasperante y, a veces, le hacía también algunas preguntas que habían metido a Isabelle en más de un aprieto, porque si bien no deseaba mentir de forma descarada, tampoco podía decir todo la verdad sin delatar su identidad.

De modo que optaba por mostrarse tan vaga como era posible, aunque, en el fondo, hubiese deseado echar por tierra sus reservas y confesar quién era realmente y por qué se encontraba allí. Pero entonces reparaba en que no tenía idea de qué era eso. ¿Quería tan solo conocerlo? ¿Reprocharle su abandono? Quizá el coronel creyera que estaba allí para exigir algo de él, pero nada más lejos de sus intenciones. Ella solo deseaba respuestas y, había tenido que terminar por reconocer a duras penas, necesitaba saber también si alguna vez se había arrepentido por desinteresarse de ella; si pensaba de vez en cuando en cuando en esa niña a la que había dejado atrás llevado por su orgullo herido. Si la quiso cuando menos un poco.

Isabelle reparó en cierta humedad en sus ojos, y una lágrima cayó sobre la seda en la que trabajaba. La gota empañó el tejido borgoña, y ella llevó una mano para absorber la humedad con su pañuelo, avergonzada por lo que juzgó una debilidad ridícula. Se había prometido no volver a derramar una sola lágrima por ese hombre, no cuando nunca había dado muestras de que sintiera ni el más mínimo interés por ella.

Estaba agotada y eso la ponía demasiado sensible, se dijo al llevar sus manos ante sus ojos y reparar en un ligero temblor en los dedos; sentía la piel adormecida y le dolían las articulaciones. Tenía que parar, decidió luego de plegar el vestido con un cuidado infinito para no ajarlo, continuaría a la mañana siguiente; y si todo iba bien, en un par de días podría llevarlo a casa de la señora Stevenson para la prueba final antes de entregarlo.

Tal vez estuviera terminado para el mismo día del baile, pero nadie podría culparla por eso. En realidad, se dijo luego de darle una última mirada antes de abandonar el taller, era un milagro que hubiera conseguido avanzar con tal rapidez.

Claro que para eso había tenido que dedicarse a él en exclusiva, pero la señora Joyce no puso ni una sola pega en su momento; ella misma tenía mucho trabajo propio, como tener listo el traje que la condesa de Pembroke había dejado unas semanas antes.

Según la costurera, hubiera preferido hacer un vestido de cero como hacía ella sin importar cuánto le tomara, en lugar de trabajar sobre el que había creado alguien más. En especial si ese alguien más era el señor Worth, desde luego.

Isabelle suspiró al recordar el bellissimo traje que sacaron de la caja que había llevado la condesa. Era lo más hermoso que había visto en su vida, y supo sin asomo de duda que tendría que trabajar mucho y adquirir años y años de experiencia para ser capaz de crear algo como eso.

La creación en seda marfil y brocado dorado destellaba ante sus ojos cada vez que asomaba por las dependencias privadas de la señora Joyce, donde ella la mantenía en custodia como si se tratara de una de las joyas de la corona. No dejaba que nadie le pusiera un dedo encima, y una

vez había estado a punto de hacer llorar a la pobre Jane solo porque esta se atrevió a intentar sacudir una pelusa del corpiño mientras limpiaba.

En realidad, Isabelle estaba convencida de que no había en absoluto nada que hacer a aquel traje, pero la condesa había sido muy clara al indicar que no le entallaba tal y como deseaba y que era indispensable que soltaran las costuras una por una para ajustarlo a su figura. Desde luego, se trataba de un trabajo agotador y en extremo delicado, porque la tela era tan frágil y los detalles tan meticulosamente añadidos al resultado final que sería un milagro que la señora Joyce conseguía dejarlo tal y como esperaba sin sufrir antes una crisis nerviosa.

Eso explicaba que se le viera poco por las noches, claro, la costurera apenas dormía para tenerlo terminado para el baile y había optado por cerrar la tienda un par de horas antes de lo habitual porque no habría nadie que pudiera atender a las clientas.

Isabelle agradeció esa disposición pues le daba tiempo para terminar el vestido de la señora Stevenson y, además, le permitía quedarse un rato despierta en la salita de recibo antes de ir a su habitación para pensar en todo lo que le rondaba la mente. Entre ello, desde luego, lo que haría una vez que consiguiera reconocer que su presencia en Londres estaba de más.

Era una noche cerrada, comprobó asomándose por el ventanal que daba a la calle una vez que dejó atrás las dependencias donde la señora Joyce debía de continuar trabajando. Al pasar por una de las puertas que conducían a la habitación de Jane, le había parecido oír un leve ronquido, así que supuso que la pobre chica habría caído muerta luego de trabajar durante todo el día, anotando pedidos y procurando asistirles a ambas.

Iban a necesitar contratar a esas ayudantes con urgencia, y muy pronto, se dijo una vez que aseguró la puerta tras ella y apoyó las manos sobre el ventanal con los ojos entrecerrados. No se veía mucho del exterior desde allí; las nubes cubrían el brillo lunar, y tuvo que apoyar la nariz contra el cristal para intentar desentrañar lo que se veía al otro lado.

Creyó distinguir unas cuantas figuras en la acera contraria; grupos de gente que volvían a casa luego del trabajo, supuso, aunque también oyó unas cuantas risas y charlas a voces que indicaron que algunos de ellos debían de estar camino a alguna fiesta.

El mundo giraba y giraba a su alrededor y nunca se detendría aun cuando ella se sintiera a veces detenida en el tiempo, reconoció sin saber muy bien qué pensar al respecto.

En un momento dado, la calle pareció desierta y, al comprobar la hora en el reloj de péndulo que la señora Joyce tenía en la estancia, se sobresaltó al ver que llevaba un buen rato allí, perdida en sus pensamientos. Consideró marcharse a descansar, pero entonces reparó en una figura que pareció surgir de la nada y aguzó la vista, atraída tanto por su paso seguro como por el hecho de que se le antojó curiosamente familiar.

Entreabrió los labios y estuvo a punto de emitir un suave gemido al reconocer de quién se trataba, preguntándose si no sería un sueño o, más extraño aún, si lo habría conjurado con el pensamiento.

Julian se detuvo al otro lado del cristal; pareció como si hubiera notado su presencia pese a la

oscuridad que lo envolvía porque aún no habían encendido las farolas que surcaban la avenida, y se mantuvo de pie allí, con esa postura erguida que ella había admirado con frecuencia y que lo hacía lucir, a sus ojos, como un puerto seguro, un destello de luz en la penumbra más oscura.

Sin saber del todo bien lo que hacía, Isabelle se sorprendió abandonando su lugar junto a la ventana y fue hacia la puerta, vacilando solo un instante antes de abrir, pero terminó por hacerse a un lado para cederle el paso luego de dar una mirada sobre su hombro y comprobar que la puerta que conducía a las habitaciones traseras se encontraba firmemente cerrada.

Julian entró con la misma seguridad con la que había comprobado ya que lo hacía todo; dudaba de que fuera capaz de detenerse siquiera ante un tornado y no pudo menos que sonreír al pensar en que era algo que tenían en común. ¿Qué habría dicho su madre de haberlo conocido?, se preguntó un poco atontada al verlo situarse ante ella luego de cerrar la puerta tras él. Seguro que le hubiera causado gracia que hiciera un viaje como aquel para terminar conociendo a un hombre al que consideraba su igual, o tal vez le hubiera advertido que tuviera cuidado porque verse reflejada en él podría terminar por lastimarla más de lo que hubiera podido soñar.

—Lamento presentarme de esta forma...

Ella sacudió la cabeza de un lado a otro para hacerlo callar y dar a entender que no necesitaba urdir una excusa que explicara su presencia allí. No ante ella.

—Me ausentaré durante algunos días; tengo que visitar a unos amigos.

Julian continuó luego de carraspear; sus ojos permanecieron fijos en los suyos, e Isabelle sintió un nudo en el estómago al recordar la forma en que la había mirado la tarde en que la besó. Su expresión no fue muy distinta a la que tenía en ese momento.

—¿Y has venido a decirme eso? ¿Por qué?

La voz de Isabelle surgió con una naturalidad que la sorprendió incluso a ella. Tanto como el hecho de que le hablara con tal familiaridad, y aunque él también pareció desconcertado al oírla, fue obvio que encontró aquello más que agradable, porque asintió antes de encogerse de hombros.

—No lo sé. Solo pensé que era importante que lo hiciera —replicó él—. No me gustaría que pensaras que no venía a verte porque no lo deseaba así...

—No tendría motivos para hacer algo como eso...

—... porque no hay nada que deseara más —continuó él interrumpiendo lo que sin duda hubiera sido una negativa vacía que no engañaba a ninguno de los dos—. Ni hace unos días ni ahora, ni será distinto en los siguientes. Quería verte. Quiero hacerlo a cada minuto.

Isabelle suspiró una vez que logró disolver el nudo atravesado en su garganta y se humedeció los labios para intentar decir algo, pero le bastó con ver la forma en que la mirada de Julian siguió el movimiento para saber que tal vez acababa de cometer un error.

—No deberías de decir eso —dijo ella sin atinar a alejarse—. ¿No te das cuenta de que solo haces las cosas más dolorosas para ambos?

Él negó con la cabeza y dio un paso más hacia ella; su voz surgió en un susurro tan bajo que

Isabelle se vio yendo hacia él hasta que los bajos de su vestido rozaron las punteras de sus zapatos.

—Estás equivocada. —El rostro de Julian adquirió una seriedad absoluta—. ¿Cómo podría serlo cuando es precisamente el no verte lo que me vuelve loco? No puedo pensar, no puedo dormir porque, cada vez que lo hago, no consigo nada que no sea recordarte. Tengo tu rostro grabado en mi cabeza y me parece ridículo no poder verte cada día y a cada segundo cuando sé que te encuentras tan cerca.

Isabelle apretó los labios y luchó con todas sus fuerzas para impedir que esas palabras penetraran en su corazón porque sabía que, de aceptarlas y de pronunciar las que luchaban por salir de su garganta, solo terminaría por dar ese paso que la condenaría para siempre.

—Pero es que no lo estoy —negó ella en un tono tan bajo como el suyo, pero que se oyó mucho más desesperado—. ¿No lo ves? Estoy lejos, muy lejos de ti, y es así como debe ser. Es donde debo quedarme y donde pertenezco. Si piensas que lo ocurrido la otra tarde, que... —Ella cerró los ojos un instante antes de abrirlos nuevamente con un brillo desesperado en sus pupilas—. No puedo darte lo que deseas.

Julian extendió una mano como si estuviera a punto de tocarla, e Isabelle percibió el leve temblor en sus dedos al rozar los suyos.

—¿Y qué piensas que es eso? —preguntó él.

—A mí.

Isabelle no dudó al responder, y sus sencillas palabras resonaron entre ambos como si acabara de dejar caer una pieza de cristal a sus pies; cientos de fragmentos parecieron arrancar un lamento agudo y ominoso, porque ambos fueron conscientes de lo peligrosos que eran. Si hubieran extendido una mano para tocar cualquiera de ellos, habrían terminado heridos y sangrantes; y sin embargo, luego de un momento que se les antojó eterno, Julian frunció el ceño y su rostro adquirió una determinación casi latente al rodear su brazo con una mano firme.

—Tienes razón. Te quiero a ti —reconoció él con una seguridad que contrastaba con la mirada temblorosa de Isabelle y la forma en que rehuía sus ojos luego de haber aceptado aquello contra lo que llevaba tanto tiempo luchando—. Y creo que también tú me quieres. ¿Entonces por qué intentas alejarte? ¿Por qué no solo cedes a esto que ocurre entre ambos?

Isabelle parpadeó y se dio cuenta de que una nueva humedad afloraba a sus ojos, pero esta no tenía nada que ver con la que sintiera antes, mientras trabajaba en el vestido de la señora Stevenson. No lloraba porque le dolieran los ojos o porque había recordado algo desagradable; lo hacía porque de pronto sintió que su corazón se encogía y que corría el riesgo de expandirse y estallar en mil pedazos. Y le dio muchísimo miedo porque sabía que no iba a poder recuperarse de algo como aquello.

Por eso intentó reunir el valor de los lugares más insospechados para levantar la mirada y hacer frente a Julian sin acceder a todo lo que él y sus propios sentimientos demandaban.

Conjuró el rostro de su madre, o cuando menos lo que consiguió recordar de él. De su

verdadera madre, la señora Halsington. Rememoró su mirada sonriente en la que advirtió más de una vez un brillo de pesar; en sus labios llenos que siempre parecían encontrarse a punto de florecer, pero que, vistos con atención, parecían encontrarse ya marchitos. El recuerdo de las veces en que la oyó devolver los halagos de su último amante antes de desviar la mirada con una mueca amarga.

Ella no fue feliz, comprendió entonces en un raptó de entendimiento. Tal vez hacía falta que creciera y experimentara lo que sentía por Julian en ese momento para darse cuenta de ello. No pudo hacerlo cuando era una niña ni cuando creció resintiéndolo que consideraba una ristra de defectos; el egoísmo, el peor de todos. Pero ahora sí que podía.

Porque amaba.

Se había enamorado de la misma forma en que posiblemente lo hiciera su madre alguna vez, y comprendió cuánto debió de sufrir ella al verse obligada a ir haciendo a un lado sus sentimientos teñidos por la amargura que debió de producirle no haber conseguido nunca vivir una vida plena al lado del hombre que amó en primer lugar, por el que dejó su hogar cuando aún conservaba la inocencia que perdió tan pronto.

Pero Isabelle jamás podría hacer algo como eso. No estaba dispuesta a repetir los errores de su madre, no cuando conocía su historia y temía tanto vivirla en carne propia.

Tal vez amara a Julian, y algo le dijo que él la quería también, aun cuando no pudiera estar segura de la profundidad de sus pensamientos; pero había algo que sí sabía con absoluta certeza. No había un futuro para ellos. Si cedía a lo que él deseaba, lo que ella deseaba también, tal vez conociera algunos meses de felicidad; pero el paso del tiempo y sus diferencias los obligarían a separarse y ella se quedaría sola, penando por ese amor que la marcaría para siempre.

Ella no buscaría nunca a nadie más, eso lo tenía claro; lloraría por él y echaría en falta su presencia hasta apagarse como una vela al viento. Y no quería eso. Prefería añorar lo que nunca había conocido y atesorar el recuerdo de ese momento. Un hombre extraordinario que por algún motivo la quería lo suficiente para abrir su corazón ante ella. Eso tendría que bastar.

Ese nuevo conocimiento de sus circunstancias, las enseñanzas que consiguió desgranar de la vida de su madre le dieron las fuerzas para sacudir la cabeza, y luego de permanecer durante lo que le pareció una eternidad en silencio bajo la mirada anhelante de Julian, dio un paso hacia atrás y sus dedos abandonaron el calor de los suyos.

—No se trata de lo que deseo, sino de lo que puedo o no aceptar—respondió ella en un hilo de voz que, sin embargo, surgió tan firme como el suelo a sus pies—. Y esto... lo que dices que sucede entre nosotros... lo siento, pero no podría aceptarlo.

—¿Por qué?

—Porque no estaría bien. Porque de hacerlo no sería yo; me perdería, y estoy segura de que no es eso lo que deseas—ella respondió a su pregunta con una mirada de angustia—. ¿Estoy equivocada? ¿Te gustaría que dejara de ser yo para darte lo que quieres? ¿Me querrías de la misma forma entonces?

Julian dejó caer los hombros y sacudió la cabeza de un lado a otro incluso antes de que ella hubiera terminado de hablar.

—No, no es eso lo quiero —reconoció él—; no soportaría que te perdieras por mí. Me odiaría durante toda mi vida si te hiciera algún daño. Isabelle, no tienes idea de cuán preciosa eres para mí.

Ella parpadeó para contener un nuevo reguero de lágrimas, pero falló estrepitosamente. Sintió la humedad descender por sus mejillas y no se molestó en continuar ocultando un dolor que debía de ser ya evidente, porque estuvo segura de que él debía de sentir algo muy similar.

—Pero tampoco quiero perderte.

Julian continuó en un susurro, mas no intentó acercarse a ella, no hizo falta que lo hiciera; su mirada pareció recorrer su rostro como una caricia.

—No tienes que hacerlo. —Las palabras de Isabelle escaparon de sus labios sin saber quién las decía o de dónde surgían—. Puedes llevarme contigo.

Antes de que Julian pudiera decir nada, ella extendió una mano y la posó sobre su pecho, a la altura del corazón. El latido irregular resonó contra su piel y ni siquiera el áspero tejido de su chaqueta impidió que lo sintiera como si estuviera sosteniéndolo entre sus dedos.

—Conserva mi recuerdo de la misma forma en que prometo hacerlo yo —pidió ella—. Y si algún día sientes que necesitas verme de nuevo, búscame allí, pero no vengas más por aquí. Nada, absolutamente nada de lo que pudiéramos hacer ahora, cualquier debilidad a la que cedamos, nos hará más feliz que eso. Porque te quiero; y si tú me quieres una pequeñísima parte de eso, sabrás entenderlo.

Julian llevó una mano sobre la suya y la sujetó con tantas fuerzas que Isabelle estuvo a punto de jadear de dolor. Él mantuvo su mirada puesta en su rostro durante cada segundo que duró ese mudo intercambio; no dijo una sola palabra para concederle la razón ni pareció como si estuviera dispuesto a hacerlo. Tal vez no lo hiciera; quizá fuera más obstinado que ella y lo que en verdad deseaba era decirle que no iba a permitirlo. Que ninguna ilusión de su amor perdido sería suficiente para sostenerlo en los años que vendrían y que estaba determinado a demostrárselo; pero debió de ver la súplica en sus ojos, porque terminó por cabecear y sus dedos abandonaron los suyos sin dejar de observarla.

Isabelle no hubiera podido decir lo que ocurrió a continuación. Sintió su mano caer a su lado y oscilar como un ente sin vida; percibió más que vio la figura de Julian dirigiéndose a la puerta y la forma en que su respiración pareció hacerse más pausada en un suave compás que igualó su corazón, herido más allá de lo que hubiera podido explicar.

De pronto se vio sola en medio del salón y sus lágrimas, en lugar de aumentar, parecieron detenerse como por obra de magia. O ya no tenía más o su dolor era tan intenso que ni siquiera el llorar bastaba para expresar todo lo que sentía.

El viaje de Julian resultó tan productivo como había esperado.

Las autoridades de Cambridge lo recibieron como lo que era: un antiguo exalumno que había sido uno de los preferidos de sus maestros y que, en su posición de futuro conde, podría cubrir de gloria a la universidad siempre y cuando lograra conseguir todo lo que se traía entre manos.

El rector, un amigo de su padre que fue, además, quien lo convenció de decantarse por esa institución en lugar de alguna otra con pergaminos igual de legendarios, lo recibió en una audiencia privada en la que Julian no solo reafirmó su propósito de ganarse un lugar en el Parlamento por medio de la votación popular, sino que le arrancó la promesa de apoyarlo durante la campaña y también que, si era elegido, podría contarle como uno de sus consejeros.

El señor Marchand, que era su apellido, no dudó en aceptar la oferta porque pensaba dejar su puesto al frente de la universidad en un par de años y, tal y como confesó a Julian una vez que llegaron a un acuerdo, había tenido suficiente de la vida académica y ahora estaba interesado en explorar otras opciones en las que pudiera volcar su experiencia.

Luego de aquel encuentro, Julian tuvo oportunidad de hablar en presencia del alumnado en pleno y pudo exponer sus ideas con el éxito esperado. En realidad, como tuvo que reconocer al coronel una vez que abandonaron el auditorio luego de recibir las felicitaciones del alumnado, jamás dudó de que fuera bien acogido allí. Después de todo, estaba ante los que lo consideraban un igual, y uno con los suficientes bríos como para hacer lo que muchos de ellos ambicionaban.

Era a las personas que vivían fuera de los muros de la universidad a quienes iba a tener que convencer, tal y como el coronel mencionó alguna vez. Y con seguridad eso iba a ser mucho más difícil de lo que cualquiera de ellos hubiera podido imaginar.

Iniciaron así un rápido recorrido por algunos pueblos aledaños que sugirió el señor Marchand, en los cuales el discurso de Julian fue oído con más atención de lo que había esperado, aunque, tuvo que reconocer poco después, era posible que aquello se debiera tan solo al hecho de que la gente que los habitaba jamás habría desdeñado sus palabras abiertamente.

Pero de cualquier forma eso no dejaba de ser un avance, y confiaba en haber legado una semilla en los lugares que visitó. Pensaba volver cuando pudiera organizar un recorrido más detallado, pero el compromiso con su familia lo obligó a despedirse antes de lo que hubiese deseado.

Durante el viaje de vuelta en tren, el coronel no dejó de repetir lo bien que había ido todo y cuán satisfecho se encontraba por haber conseguido sumar al señor Marchand a su causa. A su parecer, eso era incluso algo más que celebrar que el recibimiento que les dispensaron en los poblados que alcanzaron a visitar. En su opinión, debido a su experiencia con las clases llanas, como él acostumbraba llamar a los residentes del campo que no contaban con un título nobiliario o una posición destacada en la sociedad, Julian había tenido mucho más éxito de lo que esperaba.

Que no se dejara engañar por esa supuesta indiferencia que la mayoría mantuvo ante él. No había estado bromeando al decir que, vizconde o no, algunos de ellos no lo hubieran pensado dos veces antes de lanzarle algo de haber encontrado una señal de ofensa en su discurso. Y no fue

así, de modo que podían darse por satisfechos.

Julian no lo tenía tan claro, pero decidió que no tenía sentido decepcionar a su compañero, e hicieron el viaje de regreso a Londres en un ambiente de agradable camaradería. Hablaron de lo que cabía esperar de allí en adelante y si no sería buena idea hacer referencia a su candidatura durante la cena que sus padres darían luego del baile. Pero hubo momentos también en que el silencio hizo presa de ambos, cada uno sumido en sus propios pensamientos, y Julian se sorprendió observando al hombre sentado ante él, con ojo crítico y mirada curiosa.

Aunque el coronel se veía tan compenetrado como siempre con sus propósitos, hubiera sido imposible no advertir que a veces adquiría un semblante pensativo un tanto extraño y poco habitual en él, como si pensara en algo más que le preocupara, pero Julian no hizo ninguna referencia al respecto; por el contrario, intentó distraerlo al hablar de sus planes y también para arrancarle algunas palabras respecto al baile de su familia y si creía que la señora Stevenson lo disfrutaría tanto como él había mencionado en un par de ocasiones durante el viaje.

Ambos estaban de acuerdo en que sería una fantástica oportunidad para estrechar lazos con algunos invitados que podrían unirse a la campaña. Incluso, aunque sabía que a su abuela le daría un ataque en cuanto lo supiera, sugirió que él podría pasar por su casa para acompañarlos a la mansión de los Pembroke. Era un gesto de deferencia que dejaría establecida cuán importante era su sociedad para él.

Aquellas charlas vacías, sin embargo, estuvieron lejos de ayudarlo a apartar el recuerdo de Isabelle, que no había dejado de rondarlo desde la última vez que se vieron; un intento más bien vano y en absoluto útil. No podía dejar de pensar en ella; intentarlo era casi como negar su misma existencia y más le habría valido lanzarse por el tren en marcha para conseguirlo.

Así que, tan solo unos días después de su marcha y cuando él y el coronel habían agotado todos los temas de conversación y ambos parecían haberse rendido a sus preocupaciones más íntimas, se encontraron de vuelta en Londres, dispuestos una vez más a enfrentarse a sus propios demonios.

Decir que el día del baile el taller de la señora Joyce parecía una casa de orates habría resultado un absoluto eufemismo. Era mucho peor.

Isabelle jamás imaginó que la señora terminaría cerca del colapso luego de terminar de hacer los arreglos para el vestido de lady Pembroke, pero así fue. Tan pronto como la costurera entregó al mensajero la enorme caja con el traje terminado para que lo dejara en la mansión de los Stanton, se retiró a su habitación tras decir que necesitaba tomar una siesta. Cuando Jane fue a despertarla unas horas después, no hubo forma de que se pusiera de pie, y cuando la chica fue a consultarlo con Isabelle, esta le dijo que lo mejor sería dejarla dormir tanto como necesitara; dudaba de que hubiera pegado un ojo en los dos últimos días, cuando menos.

De modo que ella terminó por hacerse cargo de la tienda; y, además de abocarse en una labor

desesperada para culminar con su propio trabajo —el vestido de la señora Stevenson que prometiera entregar esa misma tarde—, también tuvo que ocuparse de las clientas que fueron llegando aquel día.

Cierto que no fueron muchas, a lo sumo tres o cuatro; pero cada vez que Jane se presentaba para anunciar su llegada, le daban ganas de echarse a gritar. Se lastimó los dedos más de una vez y tuvo que deshacer un bordado del ruedo para empezar de nuevo al comprobar que había errado una puntada. Para cuando terminó y sostuvo el vestido ante ella tras darle una y otra mirada con el fin de asegurarse de que no se le pasaba nada, exhaló un hondo suspiro de alivio que fue reemplazado casi de inmediato con un jadeo de angustia al comprobar la hora.

Las cinco.

Era muy tarde. Demasiado como para enviar un aviso a casa de los Stevenson para que mandaran a uno de sus lacayos a recogerlo; tendría que hacerlo ella misma.

Luego de ordenar a Jane que cerrara la tienda porque tenía que salir, envolvió el vestido con esmero y se marchó con paso apurado. No hubo forma de dar con un coche de alquiler a esa hora, sin embargo; parecía como si todos se encontraran ocupados, y no se atrevía a tomar el tranvía que en otras circunstancias no habría dudado en usar. Le aterraba la idea de arruinar el vestido.

De modo que llegó a casa de los Stevenson cuando la noche empezaba a asomar y sentía como si apenas consiguiera mantenerse en pie. Le dolían los brazos por cargar con la pesada caja durante todo el camino y sintió toda su piel cubierta por una fina capa de sudor bajo el pesado vestido.

Lo único que quería era entregar el encargo y arrastrarse de vuelta a su pequeña habitación en el taller, para dormir durante días. Sin embargo, tan pronto como puso un pie en la mansión luego de llamar a la puerta principal, donde el mayordomo la recibió con menos ínfulas que la última vez, se vio prácticamente arrastrada al vestíbulo y tuvo que aguardar allí con el paquete afirmado contra el pecho y los ojos muy abiertos por el alboroto que le llegó a sus oídos proveniente del piso principal.

Reconoció la voz de la señora Stevenson, pero no pudo descifrar sus palabras porque sus gritos iban intercalando con unos sonoros sollozos que le escarapelaron la piel.

Isabelle consideró que su actitud podía estar relacionada con su demora para entregar el vestido y que apenas le quedara algo más de una hora para vestirse, pero descartó la idea de inmediato; por lo que había conseguido aprender de ella en el tiempo que la había tratado, no le pareció que la señora Stevenson fuera la clase de mujer que concediera semejante importancia a un baile. De haber sido una de las Worsley, quizá...

No pudo continuar cavilando en lo que podría haber ocurrido porque entonces oyó el resonar de unos pasos tras ella y, al girar en esa dirección, se topó con el rostro pálido del coronel. Él se detuvo de golpe al encontrarla allí, y aunque Isabelle hubiera deseado hacerlo, no hubo forma de que apartara su mirada de él.

Permanecieron allí de pie, uno frente al otro durante lo que le pareció mucho tiempo; solo entonces Isabelle reparó en que verlo a los ojos le recordaba en cierta forma lo que sentía al verse al espejo cada mañana. Eran muy parecidos. De un tono verdoso con chispazos dorados que se acentuaban en los momentos más inesperados. Como parecía ocurrirle en ese momento al coronel, que lo creyó presa de un profundo tormento, tanto que no logró atisbar ni rastros de su acostumbrada arrogancia.

Cuando el silencio empezó a parecerle insoportable, abrió la boca para explicar el motivo de su visita, pero él se le adelantó al ir hacia ella.

—La señora Stevenson ha decidido no asistir al baile —anunció él de golpe y continuó sin darle tiempo a decir una palabra—. Puede dejar el vestido donde mejor le plazca; ella no la necesitará hoy.

Isabelle abrió y cerró la boca un par de veces antes de aclarar sus ideas y comenzar siquiera a esbozar una réplica más o menos razonable.

—¿Pero por qué...? Ella estaba tan emocionada...

El coronel le devolvió una profunda mirada y sacudió la cabeza de un lado a otro tras exhalar un hondo suspiro. A Isabelle le pareció de pronto muy viejo, y aunque intentó acallar la idea con todas sus fuerzas, no pudo evitar sentir un poco de lástima por él.

—Pero ya no lo está; ahora se encuentra un poco alterada —indicó él con los labios apretados, casi como si mordiera las palabras al hablar.

—Tal vez podría hablar con ella...

El coronel bufó.

—Créame, señorita Bernthold, lo último que quiere mi esposa en este momento es hablar con usted —indicó él.

Isabelle frunció el ceño al oír sus palabras, en especial porque captó un casi imperceptible tono mordaz en su voz; pero no pareció como si pretendiera burlarse de ella, sino de sí mismo.

—No lo entiendo —dijo ella entonces con una mirada de extrañeza—. ¿Intenta decirme que la señora Stevenson se encuentra disgustada conmigo? ¿Por qué...?

El coronel cortó sus preguntas con un resoplido de impaciencia y, tras vacilar un instante, fue con ella. Isabelle no protestó cuando tomó la caja de sus manos y la dejó sobre un aparador con un gesto de fastidio; pero sí que estuvo a punto de discutir cuando la tomó del brazo con brusquedad para llevarla con él por un pasillo. Sin embargo, le bastó con advertir la forma en que la veía, la angustia que percibió en sus ojos, para comprender que tal vez lo mejor fuera que callara y que consintiera en ir con él.

Por un momento, Isabelle creyó que la llevaba al saloncito en que acostumbraba reunirse con su esposa y donde habían sostenido algunas charlas durante sus últimas visitas, pero entonces él giró en un recodo y se vio dentro de una habitación muy distinta a aquella. Esta era evidentemente masculina, con estantes adosados de pared a pared; a su vez, estas se encontraban revestidas de roble, dotando a la estancia de un ambiente poco luminoso. Como si eso no fuera

suficiente, las cortinas se hallaban corridas y el único rastro de luz y calor provenía de una chimenea encendida que solo incrementó el ahogo que Isabelle ya sentía luego de la carrera desde el taller.

—Coronel, ¿por qué estoy aquí?

Isabelle se zafó de su agarre tan pronto como el hombre cerró la puerta tras ellos y se sujetó al respaldar de una butaca porque algo en su interior le dijo que iba a necesitar cualquier cosa sólida a la cual aferrarse.

—Coronel, he hecho una pregunta.

Él descartó sus palabras con un gesto de malestar, e Isabelle advirtió que la mano que sostenía ante ella temblaba un poco. Buscó su rostro y reparó también en que el tormento que viera en sus ojos hacía unos momentos parecía haberse incrementado.

—Señor...

—¿Por qué vino aquí? —él la interrumpió antes de que consiguiera terminar la frase y llamar su atención una vez más—. ¿Qué es lo que busca?

Isabelle parpadeó.

—Solo vine a entregar el vestido de su esposa, coronel —ella respondió con un aplomo que estaba lejos de sentir.

El coronel gruñó algo que no alcanzó a oír, pero nuevamente la interrumpió antes de que Isabelle alcanzara a hacer una pregunta.

—Ha sido muy cruel de su parte; no hacía falta que se acercara a mi esposa si lo que deseaba era enfrentarse a mí —dijo él con un destello de enfado en la mirada—. Ella ahora se siente traicionada, y con justa razón, pero tuve que decírselo.

Pareció como si el hombre se dirigiera tanto a ella como a sí mismo; quizá, supuso Isabelle sin tener del todo claro lo que estaba ocurriendo, solo intentara excusarse por haber hecho algo que le atormentaba.

Como si él hubiese sido capaz de leer sus pensamientos, dio un paso más hacia ella. Solo los separaba la butaca a la que Isabelle continuaba aferrada, pero no sintió miedo; no creía que él pretendiera lastimarla, por enfadado que pareciera. Sin embargo, supo también que aun cuando no le pusiera un dedo encima, había otras formas de herir a una persona. Con las palabras, por ejemplo, y fue eso lo que más la asustó entonces. Tal vez no tuviera las mejores referencias de ese hombre que era su padre, pero si él decía algo para confirmar lo que más temía, que jamás la quisiera..., hubiera tenido que ser de piedra para no sentir dolor ante algo como eso.

—Agnes no es tonta; había empezado a sospechar y hubiera terminado por descubrirlo por sí misma. Creí... le he mentado tanto que me pareció justo que fuera yo quien le dijera la verdad esta vez. Ella no me perdonaría otra traición. —El coronel exhaló un hondo suspiro cuando terminó de hablar y echó los hombros hacia adelante con ademán de derrota.

Isabelle cabeceó lentamente cuando un halo de claridad fue abriéndose paso en su mente. De pronto entendió lo que debía haber ocurrido; el motivo del arrebato de la señora Stevenson, y aun

cuando se le escaparon los detalles que habrían conducido a eso, se prometió que no se iría de allí sin saberlo. Porque era lo justo. Porque lo merecía. Tal vez el coronel no pudiera verlo o ni siquiera se hubiera molestado en considerarlo, pero estaba en la obligación de ser tan sincero con ella como lo fue con su esposa. Se lo debía.

De modo que, tras apartar cualquier sensación de temor y dispuesta a enfrentar finalmente lo inevitable, sostuvo la mirada del hombre que se encontraba ante ella y apretó el mentón como si estuviera preparándose para una pelea.

—¿Cómo lo supo? —preguntó ella.

Ambos sabían a lo que se refería, e Isabelle tuvo la magra satisfacción de comprobar que el coronel no se molestaría en fingir lo contrario. Tras vacilar un momento, cabeceó con semblante pensativo.

—Vi algo en usted la primera vez que nos encontramos —respondió él al cabo de un momento—. No aquella noche con Ransom. Luego.

El coronel calló de golpe, e Isabelle no intentó decir una palabra; le costó, sin embargo, contener el escalofrío que le provocó la mención a Julian, pero apartó la idea porque ya tenía bastante entre manos como para ceder a la melancolía que la asaltaba cada vez que pensaba en él.

—Cuando la vi aquí... —El coronel carraspeó antes de continuar—. Se le parece, ¿sabe? No lo supe entonces, claro, pero noté algo en su rostro, en su forma de mirar. —Él esbozó una sonrisa torcida—. Está más en sus maneras que en su rostro. Su parecido con ella, quiero decir; no sé si se lo habrán comentado alguna vez. De haberla visto en la calle no hubiera reparado en ello; físicamente apenas comparten algunos rasgos. Pero me bastó con oír su voz, su forma de hablar; el modo en que sostuvo mi mirada aun cuando fue evidente que se encontraba tan asustada, su audacia... ella era también así al inicio, ¿sabe? Quizá fuera lo que más me gustó de ella. Lo valiente que era.

Isabelle no dudó un segundo de que debía referirse a su madre y se vio asintiendo lentamente aun cuando no era en verdad algo que pudiera asegurar del todo. No obstante, por lo que podía recordar de la señora Halsington y las cosas que oyera de ella, estaba claro que debió de poseer un valor inimaginable. El que abusara de este con el tiempo y que tomara algunas decisiones equivocadas era otra cosa, claro, pero ella había decidido ya que no había llegado al mundo para juzgar los actos ajenos; solo estaba dispuesta a responder por los suyos y exigir que aquellos que tuvieron importancia en su vida y determinaron de alguna forma su destino debían, cuando menos, explicar sus actos.

Por eso, no dudó en responder a las palabras del coronel con la misma seriedad con la que hablara él.

—Pero no podía estar seguro; no solo con verme una vez —supuso ella y continuó en tono algo más firme al llegar a una conclusión—. Por eso tantas preguntas. Debí suponer entonces que no era habitual que el esposo de una clienta pareciera tan interesado en la vida de su costurera.

El coronel esbozó una sonrisa torcida.

—No, no lo es —confirmó él—; pero tenía que saber. Necesitaba estar seguro. Al principio pensé que imaginaba cosas, que mis recuerdos me jugaban una mala pasada. Me gustaría decir que no he vuelto a pensar en su madre desde que nos separamos, pero estaría mintiendo. — Pareció como si le hubiera costado una enormidad reconocer eso último, porque el rostro del hombre adquirió una oscuridad casi palpable—. Entonces, cuando la vi y noté esas similitudes, creí que eran solo ideas mías, pero necesitaba estar seguro; y por las cosas que dijo... es una mala mentirosa, ¿sabe? Sostiene sus engaños con una seguridad encomiable, pero en el fondo se le nota en la mirada. Acepte un consejo: nunca vea a los ojos a un hombre cuando pretenda engañarlo; no caería ni un niño.

Isabelle apretó los labios y estuvo a punto de decirle que llegaba muy tarde si pretendía empezar a darle consejos, así como que no iba por el mundo mintiendo; que si ocultó tantas cosas fue porque no tuvo otra alternativa. Pero no creyó que importara, no en ese momento y no para ellos.

—Reconozco, sin embargo, que me desconcertó un poco cuando dijo que su madre había muerto recientemente. Después de todo, sabía que Fanny murió hace muchos años —él continuó al ver el gesto de sorpresa en su rostro—. Cuando nos separamos... cuando decidí dejarla... no conseguí desentenderme tanto como me hubiese gustado. E incluso si lo hubiese intentado habría resultado imposible. Después de todo, ambos vivíamos en Londres, y ella tenía cierta reputación. —El coronel carraspeó, y una lividez de disgusto afloró a sus facciones antes de retomar sus palabras—. Además, estabas tú, y no podía simplemente hacer como si no existieras.

Isabelle no supo qué le sorprendió más: que de pronto él empezara a tratarla con más familiaridad o que declarara con tal sencillez que no se había desentendido de ella del todo. Supuso que lo segundo, claro, y él debió de ver la confusión en su mirada, porque arqueó las cejas y le dirigió una sonrisa irónica.

—Supongo que ella nunca te lo dijo —adivinó él—. No puedo decir que me extrañe; ella siempre fue muy rencorosa aunque, al fin y al cabo, fue la responsable de que nos separáramos en primer lugar. —El coronel emitió una risa amarga y continuó con algo más de frialdad—. Pero sí, estuve al pendiente de ti durante esos primeros años. Envié dinero a Fanny con regularidad, pero supongo que debo reconocer que nunca mostré ningún interés por verte. No pretendo disculpar mi conducta, creo que no podría haber actuado de otra forma; y estoy seguro de que si las cosas hubieran ocurrido ahora, haría exactamente lo mismo. La traición de tu madre...

El hombre calló durante algunos segundos y desvió la mirada a la chimenea, e Isabelle advirtió que apretaba con fuerza una de sus manos caídas a los lados. Él no se encontraba tan calmado como intentaba aparentar, comprendió entonces, por el contrario, era posible que estuviera no solo dolido por haberse visto obligado a sumergirse en esos recuerdos, sino que también la considerara, en cierta forma, responsable de ello.

—Bueno, eso no importa ahora. —El coronel aspiró con fuerza y volvió la mirada a su rostro

—. Lo que ocurrió fue que un día oí que Fanny se había convertido en la nueva amante de un aristócrata; no recuerdo su nombre ahora. Aun así, no dejé de enviarle el dinero, me pareció que era lo correcto a hacer; pero unos años después recibí el aviso de mi banco en que me informaban de que no habían podido entregar el monto acostumbrado. Me pareció extraño, porque Fanny no era de las que desdeñaban el dinero, y así supe de su muerte. Pregunté por ti, claro, pero nadie supo darme razón de lo que había ocurrido contigo o tus hermanas. Fue entonces que me enteré de que tu madre había tenido otras dos...

Isabelle supuso, por el leve rubor que afloró en el rostro de su padre, que le había costado contenerse de referirse a sus hermanas como dos bastardas más. Como lo era ella. Pero no permitió que aquello le doliera, no más de lo acostumbrado, al menos, reconoció con una mueca amarga.

—Nos llevaron lejos. —A ella le sonó extraña su voz luego de tanto tiempo en silencio, pero cuando menos tuvo la satisfacción de comprobar que se oyó firme y segura—. No tenía idea entonces de que le importara lo que pudiera ocurrirme. De haberlo sabido, quizá... —Se encogió de hombros—. Supongo que eso ya no es relevante ahora, pero no me ha dicho aún cómo consiguió estar seguro de quién era.

—Daisy Snow —él no dudó al responder—. No creo que la recuerdes, fue la doncella de tu madre durante muchos años. Cuando empecé a tener sospechas de quién podrías ser, hice algunas indagaciones y conseguí dar con ella; es posible que sea la única persona que me conoció en aquel tiempo y supo de la relación que sostuve con tu madre. Aún vive en Londres, sirve en la casa del barón Robinson. En fin, di con ella; y cuando fui a verla, me habló de esa señorita Bernthold que fue tu niñera y la de tus hermanas y que le escribía de cuando en cuando para hacerle preguntas acerca de la identidad de tu padre y los de ellas.

Isabelle asintió y exhaló un suspiro; aunque su cuerpo parecía haber abandonado la tensión que le atenazara hasta entonces, aliviada en parte por haber hablado con tanta claridad y por haber recibido las respuestas que había ido a buscar, era muy consciente aún de que las cosas estaban lejos de poder considerarse solucionadas. Aunque, ¿habría algo que solucionar entre ese hombre y ella? Acababa de descubrir que no fue tan indiferente a su destino como había pensado; pero también era cierto que tan pronto como supo de la muerte de su madre, dejó de mostrar interés por su futuro. Quizá fuera lo más sencillo, supuso ella. Tal vez en el fondo lo aliviara no haber tenido que pensar más en esa hija por la que debía de sentirse avergonzado, un sentimiento que no había hecho más que despertar nuevamente al presentarse en su vida de la forma en que lo hizo.

Él, que pareció como si pudiera hacerse una idea de lo que le pasaba por la cabeza, cabeceó con brusquedad y la miró con un rastro de recelo en los ojos almendrados.

—Nunca pensé que te vería de nuevo —reconoció el coronel—. Luego de que desaparecieras... creí que ese hombre, el noble protector de tu madre, se ocuparía de todas ustedes.

—Lo creyó porque fue lo más conveniente para usted —dijo ella sin poder ocultar la amargura en su voz, pero no permitió que él respondiera y continuó con un tono frío que sin duda la hirió más a ella que a él—. No lo culpo, supongo que era lo único que se le ocurrió hacer; y puedo asegurarle que fue lo mejor porque, de otra forma, no habría conocido el amor de la señorita Bernthold, que al fin y al cabo es a quien considero mi madre. O la compañía de mis hermanas y la hermosa vida que he disfrutado a su lado. —Isabelle elevó el mentón en un gesto desafiante—. Nunca lo necesité.

Él esbozó una mueca y un gesto muy similar al suyo asomó a su semblante.

—¿Entonces por qué estás aquí?

—Porque necesitaba respuestas. Porque todo el mundo merece conocer su pasado y porque en cierta forma estoy cumpliendo una promesa —ella respondió a su pregunta sin vacilar—. Lamento, sin embargo, cualquier problema que haya podido causarle mi presencia. Supongo que la señora Stevenson lo sabe todo y es por eso por lo que me odia y por lo que decidió no ir al baile.

El coronel suspiró y se llevó una mano al rostro, que de pronto le pareció marchito y cansado.

—No me gusta ocultarle cosas. Ya no —explicó él—. Además, fue ella quien me preguntó al respecto porque le pareció extraño que insistiera tanto en hablar contigo. Temía... —Sonrió sin gracia—. Creyó que había vuelto a las viejas andadas y que después de tanto tiempo me planteaba buscar una amante. Le pareció una vergüenza que hubiera puesto los ojos en esa pobre niña costurera que parecía conocer tan poco del mundo.

Isabelle se vio devolviéndole una mueca muy similar, porque no pudo evitar pensar que era ridículo que alguien llegara a esa conclusión, pero apreció la preocupación de la señora Stevenson, aunque en el fondo se sorprendió de que alguien pudiera conocerla y pensar que sabía poco del mundo. La verdad era que sabía mucho más de lo que le hubiese gustado.

—Debe de encontrarse muy disgustada —supuso ella retomando la charla al cabo de un momento.

El coronel cabeceó.

—Bastante —reconoció él—. Aunque no muy sorprendida. Verás, ella siempre supo de tu existencia, porque una vez que descubrió lo de Fanny, no me vi capaz de ocultarle nada. Le dije, desde luego, que mi relación con ella había terminado, pero que me sentía responsable de ti. Jamás se me ocurrió imponerle tu presencia, sin embargo, ni ella me lo ofreció. Entonces ya teníamos a nuestros propios hijos y...

—Entiendo.

El hombre suspiró al oír su seca respuesta.

—Y ahora que sabe quién eres... bueno, como es natural, se encuentra muy perturbada. Acabo de decírselo esta misma tarde porque mencionó que esperaba tu llegada y me pareció que, visto lo desconfiada que parecía respecto a mi interés por ti, no tenía sentido que continuara callando. Ahora me pregunto si no hubiese sido mejor que lo dejara estar durante un par de días más;

cuando menos no habría arruinado su ilusión de asistir al baile de los Pembroke.

Isabelle cabeceó, porque no se le ocurrió otra cosa que hacer. La verdad, aunque no se planteó decirlo, fue que si bien sentía lástima por la señora Stevenson, a su parecer no había ni punto de comparación entre dejar de asistir a un baile y ver su mundo estremecido desde sus cimientos, como le acababa de ocurrir a ella tras enfrentar a su padre. La señora se repondría, y con seguridad perdonaría el silencio de su marido, porque, al fin y al cabo, cualquier traición que hubiera podido cometer en su momento ya había sido perdonada, supuso; su presencia no era más que un ingrato recordatorio de sus actos, y como no tenía ningún interés en formar parte de su vida ni reclamar nada que no creía merecer, con seguridad olvidaría pronto su existencia y podría retomar la vida a la que se encontraba acostumbrada.

El coronel, que seguía sus movimientos con ojo alerta, pareció sobresaltarse al verla moverse con lentitud, como si hacerlo le requiriera un gran esfuerzo.

—Me gustaría saber algo más y rogaría que sea sincero conmigo —pidió ella una vez que reunió el valor para decir lo que más la atormentaba—. Le prometo que no volveré a molestarlo y que podrá olvidarse de mí, lo mismo que su esposa. No tendrá que verme más.

El coronel no dijo nada, e Isabelle tomó su silencio como un indicio de que era eso, después, de todo, lo que más anhelaba, por lo que le resultó aún más difícil dejar caer la pregunta que había ido a hacer.

—¿Lamenta que haya venido? —ella carraspeó, y su rostro adquirió una mueca de espanto al reparar en que no había sido eso lo que quiso decir; ya tenía una respuesta para eso—. No, me he expresado mal; claro que preferiría que nunca hubiese venido. Lo que quiero saber es si... ¿me echó de menos alguna vez? ¿Antes? Cuando usted y mi madre aún se encontraban juntos, cuando aún no lo había herido de la forma en que lo hizo. ¿Me quería entonces? ¿A mí?

Un silencio casi sepulcral pareció asentarse sobre la estancia, e Isabelle aguardó con el corazón apretado durante lo que juzgó una eternidad antes de que sus ojos y los del coronel se encontraran. Vio muchas emociones en ellos: una buena cuota de arrepentimiento, algo de pesar; miedo, recelo y también, muy en el fondo de sus pupilas, casi oculto por el cúmulo de contradicciones que parecían dominarlo, advirtió un rastro de afecto.

Y ella supo entonces que no necesitaba una respuesta que, le pareció, él no se veía capaz de darle. Que, después de todo, la había obtenido por su cuenta y que tendría que aprender a vivir con ello. Tal vez dudara al respecto a veces, supuso, quizá optara por engañarse de vez en cuando al considerarlo, porque era lo mejor para ella, pero qué más daba ya. No necesitaba la reafirmación de ese hombre para sentirse amada ni ser la mujer que era; pero no dejaba de ser una joven necesitada de afecto y si tenía que aferrarse con uñas y dientes a esa pequeñísima fracción de cariño que había visto en los ojos de su padre, lo haría.

Pero eso era todo. No le hacía falta nada más.

Con esa certeza, alzó una mano para detenerlo cuando lo vio entreabrir los labios. Algo le dijo que él no tenía tan claros sus sentimientos y no deseó oír nada que pudiera lastimarla más.

Isabelle sonrió, sacudió la cabeza y dejó caer las manos a los lados de su cuerpo antes de dar media vuelta y marcharse con paso tranquilo. Cerró la puerta del despacho tras ella y ningún sonido indicó que su padre fuera en su busca. Estaba bien, se dijo. No esperaba que lo hiciera.

Y sin embargo, unas gruesas lágrimas habían empezado a caer por su rostro sin que pudiera detenerlas; no supo entonces si se debían al alivio o al dolor, pero tampoco se detuvo a considerarlo. Quería salir de allí.

Sus pies no parecían afirmarse sobre la alfombra como le hubiese gustado y se sorprendió al reparar en que había llegado al vestíbulo de la mansión. Una vez allí, miró de un lado a otro en busca de la puerta, pero las lágrimas le velaban los ojos y se habría quedado allí de pie sin saber qué hacer, a punto de dejarse caer sobre el suelo de mármol para dejar salir todo lo que tenía atravesado en el pecho, cuando sintió el toque de unas manos sobre sus hombros y, al levantar la mirada, desconcertada porque alguien hiciera algo como eso allí, sus ojos empañados se encontraron con otros que le resultaron tan familiares que exhaló un sollozo.

Julian la veía a su vez como si creyera que se trataba de una aparición, y sostuvo su mirada durante lo que le pareció una eternidad antes de dirigirse a ella con voz estrangulada por la preocupación.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Por qué lloras? —preguntó él—. ¿Qué es lo que te han hecho?

Ella sacudió la cabeza de un lado a otro, esbozó la sombra de una sonrisa antes de elevar unas manos que habían empezado a temblar tanto como el resto de su cuerpo y le respondió con las últimas fuerzas que sintió que le quedaban.

—Sácame de aquí —pidió con una voz que no le pareció suya—. Por favor.

Vio a Julian dudar antes de asentir y, de pronto, se vio aferrada a su brazo en tanto él pasaba una mano alrededor de su cintura y tiraba de ella para abandonar la casa del coronel. No tenía idea de a dónde la llevaría ni se le ocurrió preguntárselo. Eso no tenía importancia. Estaba a su lado y fue lo único que necesitó para saber que se hallaba a salvo.

Capítulo 10

Julian aguardó a que Isabelle dejara de temblar antes de tocarla nuevamente.

Había sido difícil no hacerlo; no después de que fuera lo único a lo que atinara durante todo el tiempo que duró el viaje desde la casa de los Stevenson hasta sus habitaciones algo alejadas de allí.

Ella no había dicho una sola palabra entonces, ni él creyó que fuera apropiado hacerle preguntas aun cuando un sinnúmero de estas permanecían atravesadas en su garganta; quería... no, precisaba saber qué había ocurrido para que la llevara a ese estado. Sentía un cúmulo de ira afincada en cada centímetro de su cuerpo ante la idea de que alguien hubiera podido lastimarla de esa forma y no mover un dedo para hacerle pagar por ello. Pero supo, también, que ella lo necesitaba más allá de las palabras, y lo único que pudo hacer fue sostener su mano durante cada segundo que duró el recorrido en tanto ella lloraba con desconsuelo, como si estuviera dejando salir años y años de dolor que él habría dado cualquier cosa por aplacar.

Para cuando llegaron a sus habitaciones, Julian reparó en que apenas podía sentir su mano, pero no se le ocurrió soltarla. La ayudó a bajar, y solo entonces, al reparar en la frialdad de la noche, advirtió que había dejado su abrigo y los guantes en casa del coronel. No le importó, pero lamentó no tenerlos con él para abrigar a Isabelle, que tembló bajo sus dedos al descender del carruaje.

Entraron con prisas, y Julian exhaló un suspiro de alivio al ver que su valet había dejado la chimenea encendida, seguramente con la idea de que su señor encontrara la casa confortable al volver del baile.

Julian ayudó a Isabelle a sentarse en un cómodo sillón ante el fuego y se dejó caer a su lado. Ella soltó sus manos entonces y las llevó a su rostro, rehuendo la mirada, y él se dijo que jamás hubiese podido imaginar que se encontrarían en una situación como aquella. Aún menos esa noche.

Cuando se presentó en la casa del coronel para acompañarlos a él y a su esposa al baile, tal y como acordaron la última vez que se vieron, le pareció extraño que su anfitrión no saliera a recibirlo de inmediato. Supuso que aún estaría terminando de prepararse o que aguardaba a su

esposa para salir ambos a su encuentro. Por más que interrogó al mayordomo, no hubo forma de que este consintiera más que en decir que su señor se reuniría con él pronto, pero Julian creyó ver algo en su mirada que le indicó que algo malo podría haber ocurrido.

Llevaba unos minutos dando vueltas por el vestíbulo, tentado a ir nuevamente con el sirviente para insistir en que avisara al coronel de su presencia, cuando distinguió un revuelo de faldas surgido de la dirección en que sabía que se encontraba el despacho de su socio. Supo quién era de inmediato. La hubiera reconocido en cualquier lugar, en cualquier momento.

Y tal vez la presencia de Isabelle allí no le hubiera sorprendido tanto de no ser porque reparó al instante en que se veía a punto de sufrir una crisis de nervios. Apenas se sostenía en pie, lloraba a mares y escasamente pareció verlo cuando fue hacia ella para sostenerla. Lo único que tuvo algún sentido entonces fue que le pidiera que la llevara con él.

Entonces no dudó. La envolvió en sus brazos y pasó por al lado de un desconcertado mayordomo, con la única idea de salir de allí y ponerla a salvo. ¿De qué, exactamente? Eso no lo tenía tan claro, pero supo que necesitaban un lugar en que ella pudiera calmarse y por eso dio al cochero las señas de su casa.

En ese momento, al verla con los hombros caídos y los nudillos blancos por el esfuerzo que debía de suponerle recuperar el control, entendió que había hecho lo correcto.

Dio una mirada alrededor y comprobó que, aunque el lugar era pequeño comparado con la mansión de su familia, también era cómodo y reflejaba su personalidad a la perfección. Había optado por llevar a Isabelle al salón que acostumbraba usar como despacho; las dependencias de su valet se encontraban un poco más allá, era lo que el hombre consideraba su minúsculo reino y donde disponía todo para hacer la estancia de su señor comfortable. En dirección contraria, cruzando la puerta del despacho, se encontraban su dormitorio y el vestidor; pero intentó no pensar demasiado en ello, porque entonces hubiese tenido que reconocer que tal vez debió considerarlo un poco más antes de llevar a Isabelle allí.

Ella, que parecía estar recuperando la tranquilidad casi por completo, apartó las manos de su rostro y exhaló un hondo suspiro que pareció estremecer su cuerpo. Julian la vio envolver sus brazos como si aún sintiera frío y, tras vacilar un instante, se vio llevando una mano a sus hombros, acariciándola suavemente sobre el pesado vestido, para infundirle calor. La sintió temblar, pero supo que no se debía ya al frío, sino a la misma emoción que lo sacudía cada vez que se encontraban en contacto.

—¿Te sientes un poco mejor?

Ella asintió ante su pregunta; fue apenas un leve movimiento, pero él supo que era verdad, que no lo decía solo por tranquilizarlo, y eso le permitió exhalar un hondo suspiro de alivio. Había temido no ser capaz de encontrar las palabras para calmarla.

—¿Quieres contarme lo que ha ocurrido? —continuó él, buscando su mirada que ella rehuía aún—. Puedes decirme cualquier cosa, lo que sea que esté atormentándote. Te ayudaré; haré lo que sea que necesites. Si tengo que enfrentar a alguien...

Vio a Isabelle esbozar una pequeña sonrisa, y su mano buscó la suya, sosteniéndola con una firmeza sorprendente para alguien que parecía tan frágil por el dolor. Julian reparó en que tenía las mejillas enrojecidas por el llanto, los ojos inflamados, y que sus labios temblaban un poco. Le pareció más encantadora que nunca.

—No hay nadie a quien debas enfrentar; ya me he encargado de eso —reconoció ella con un mohín y una voz enronquecida por todo el tiempo que permaneciera en silencio—. Pero me gustaría que te quedaras conmigo. Hay algunas cosas que quiero contarte.

Julian asintió, pensativo; una pregunta tras otra acudieron a su garganta, pero mantuvo a raya su curiosidad porque supo que iba a tener que dejar que fuera Isabelle quien eligiera qué contarle y en qué momento. Lo único que podía hacer era esperar y continuar sosteniendo su mano, un gesto que pareció reconfortarla, porque la sintió estrecharla con suavidad.

Cuando creyó que ella no diría nada, sin embargo, lo sorprendió al hablar nuevamente; esta vez sonó algo más segura, aunque mantuvo los ojos puestos en la alfombra, como si le costara sostener su mirada.

—¿Crees que pueda considerársele responsable a una hija por los errores de sus padres?

Julian parpadeó, un poco extrañado; no creyó que ella empezara con una pregunta, pero no dudó al emitir una respuesta.

—Claro que no —dijo él—. Jamás.

—¿Aunque la hija en cuestión fuera demasiado tonta y obstinada como para dejarlos como tal y decidiera que debía enfrentarlos?

Julian frunció el ceño, y le dio un ligero apretón con la mano que mantenía sobre su hombro.

—Si esos errores la perjudicaron de alguna forma, ella tenía todo el derecho del mundo a hacerlo —opinó él.

Ella asintió y se humedeció los labios antes de continuar.

—¿No crees que habría sido mejor que dejara el pasado enterrado? Después de todo, si se conociera su historia ella sería la principal afectada; tal vez habría sido más inteligente vivir esa vida falsa que se había construido.

Esta vez, Julian tardó algo más en responder, y su silencio pareció inquietarla porque la sintió tensarse bajo sus dedos; pero cuando habló lo hizo con la misma seguridad que mostrara hasta entonces. En realidad, tenía claro lo que deseaba decir, solo buscaba las palabras más apropiadas para hacerlo porque algo le dijo que era muy importante para Isabelle y que esa respuesta podría hacer un mundo de diferencia para ella.

—Dime algo —pidió él—. Si esta hija hubiese decidido callar y enterrar el pasado, como dijiste, ¿habría podido ser feliz?

Ella frunció los labios, y sus pestañas se batieron como si no hubiera esperado que le respondiera con otra pregunta; una que, al parecer, no había considerado y que necesitó meditar algunos segundos antes de responder. Sacudió la cabeza de un lado a otro antes siquiera de esbozar una palabra, y Julian supo que había estado en lo correcto al preguntar.

—No. Nunca —respondió ella al fin sin la más mínima señal de duda en la voz—. No habría podido... aún ahora no sé si sea posible, pero estoy segura de que si no hacía lo que hizo, jamás hubiera podido perdonarse.

Julian cabeceó y decidió que ya era hora de hablar con claridad y dejar de hacer como si ella planteara el caso de una hipotética tercera persona. Era de Isabelle de quien hablaban, y él supo que era extremadamente importante que respondiera con claridad.

—Entonces allí tienes tu respuesta; no hay nada más que pueda añadir salvo repetir lo que me dijiste la última vez que nos vimos, ¿recuerdas? —inquirió él con una suave sonrisa—. Dijiste que nunca querría que hicieras nada que te convirtiera en alguien que no eres. Y creo que lo mismo puede decirse de esta situación. Si no hubieses enfrentado esto que dices que viniste a hacer... entonces no habrías sido tú. Hubieras enterrado con el pasado a la magnífica Isabelle de la que estoy enamorado y creo que habrías sido la primera en lamentarlo.

Ella alzó la cabeza de golpe al oír sus palabras y buscó su mirada con un rictus mezcla de sorpresa y angustia.

—No digas eso —pidió ella.

—Pero es la verdad.

Isabelle no pareció oírlo.

—No lo dirías si supieras...

Julian apesó sus manos entre las suyas y acercó las rodillas hasta que sus muslos se rozaron.

—Entonces cuéntamelo. Dímelo todo, pero puedo asegurarte desde ya que no hay absolutamente nada que puedas decir que afecte siquiera un ápice lo que siento por ti —aseguró él sin dudar—. No importa quién seas o lo que hayas hecho. Para mí eres solo mi Isabelle; lo has sido desde la primera vez que te vi y nada cambiará eso.

Ella pareció desbordada por la emoción al oírlo, pero no permitió que aquello le impidiera decir lo que necesitaba confesar porque, tras sacudir la cabeza en señal de asentimiento, bajó los párpados y empezó a hablar.

Julian oyó cada palabra con atención, pero nada en su rostro reveló lo que sentía según Isabelle iba contándole su historia desde el primer instante de su niñez que podía recordar hasta la muerte de la mujer que había velado, como una madre, por ella y sus hermanas.

Ella le habló de la que fue su vida en Gloucestershire con un detalle que no se atrevió a abordar en las otras ocasiones en las que conversaron al respecto. Le confió las muchas veces en que se preguntara la identidad de su padre y los motivos que pudo tener para desentenderse de ella; cómo pudo entender todo un poco mejor gracias a la carta que le dejara la señorita Bernthold y cómo, a pesar de sus miedos, no dudó un segundo en hacer el viaje hasta Londres para enfrentar al hombre que la había abandonado.

Julian habría deseado decir que se sintió atónito cuando Isabelle le reveló la identidad de su padre, pero la verdad fue que en cierta forma lo había esperado. No que lo tuviera así de claro, por supuesto; no se conocían lo suficiente ni habían hablado con una sinceridad absoluta como

para que él pudiera hacerse una idea. Pero al unir las piezas de ese rompecabezas que hasta entonces fuera esa mujer para él y pensar en lo que sabía del coronel, tuvo que reconocer que no era algo particularmente insólito ni mucho menos.

Por desgracia, el mundo estaba plagado de hombres que no tenían ni el más mínimo escrúpulo en desentenderse de sus hijos; y aunque lamentó que el coronel fuera uno de ellos, no pudo más que preguntarse cuán irónico podía ser el destino al poner en su camino a esa joven a la que se veía irremediamente unido cuando había sido su padre quien lo orillara una y otra vez a encontrar a alguien con quien pudiera formar lo que llamó «una alianza provechosa».

Isabelle terminó su narración hablándole de su conversación con el coronel. Ella no se guardó nada, le contó cada palabra que él le dijera; y aunque Julian procuró que no fuera demasiado evidente, no pudo evitar resentir la frialdad con la que él pareció abordar esa charla. ¿Cómo fue posible que se mantuviera frente a esa joven necesitada de afecto sin ofrecerle disculpas por su conducta? ¿Que en lugar de estrecharla entre sus brazos se mostrara tan frío y pragmático? Cierto que no era algo extraño en el coronel, reconoció de mala gana al recordar sus muchas charlas y ese talante desapasionado tan propio de él; pero aún así...

Se trataba de su hija. Una que, aun cuando estaba seguro de que habría luchado con uñas y dientes para mantener su dignidad intacta y que nunca hubiera mendigado su amor ni permitido que pudiera adivinar su dolor, se encontraba allí ante él en busca de una respuesta que fuera más que una declaración vacía.

Julian no se dio cuenta hasta ese momento de que su cuerpo se había inclinado hacia adelante y que mantenía la frente apoyada en la mejilla de Isabelle, que tenía los ojos entornados en dirección al piso. Sus manos, sin embargo, aferraban aún las suyas; y él pudo ver que el aliento surgía entrecortado de entre sus labios luego de que callara por lo que le pareció una eternidad al cabo de culminar su historia.

—¿Comprendes ahora por qué tuve que venir? —preguntó ella en un susurro apagado.

Julian asintió de forma casi imperceptible; el movimiento provocó que sus labios rozaran la piel de su barbilla y la sintió estremecerse.

—Y también tendrás que entender por qué debo irme. No puedo...

Él no permitió que terminara. No pudo quedarse callado y dejar que dijera algo que no haría más que lastimarlos a ambos; era su turno de hablar.

Con mucha suavidad y una calma que contradecía a su corazón agitado, sostuvo su mejilla y la obligó a girar el rostro para mirarlo a los ojos.

—Eso no —dijo él—. No me pidas que entienda eso porque nunca podría hacerlo. Si te fueras... no estarías huyendo de tu pasado, porque ya has sido lo bastante valiente para hacerle frente; y tampoco huirías del coronel, porque él no es digno de que te tomes esa molestia. Si te vas me estarías dejando a mí.

Ella retorció sus manos en un ademán cargado de angustia.

—¿Y crees que es eso lo que quiero? —espetó ella con un fervor ansioso—. Pero no se trata

de lo que pueda querer. Dijiste que recordabas lo que dije la última vez que hablamos, ¿cierto? En ese caso también recordarás lo que te dije respecto a que, en lo que a nosotros se refiere, no se trata de lo que podamos desear, sino de lo que es correcto. No puedo quedarme aquí porque sería imposible para mí permanecer en la misma ciudad y vivir alejada de ti. No quiero pasar cada día preguntándome en dónde estás y lamentándome porque no me encuentro a tu lado.

—¿Entonces no lo hagas! —Él alzó un poco la voz y fijó la mirada en su rostro pálido—. Quédate conmigo.

Isabelle negó con la cabeza.

—No puedo...

—Claro que puedes —aseguró él.

—¿Crees acaso que es algo que pueda decidir así como así?

Julian sostuvo su rostro entre las manos y acercó el suyo hasta que sus labios se rozaron, pero no la besó. Lo que buscó con ese movimiento fue que ella pudiera mirarlo a los ojos y ver la verdad en ellos; que reconociera la necesidad en sus palabras e inhalar el vaho de su aliento, porque no creyó que fuera posible que continuara respirando por su cuenta cuando sentía un miedo feroz aferrado a su pecho ante la idea de perderla.

—¿No ves que se trata precisamente de eso? —inquirió él a su vez—. Puedes decidir. Eres la única que tiene el poder para hacerlo. No importa lo que yo desee o te pida; podría ponerme de rodillas ahora mismo y eso no tendría ninguna importancia si no eres capaz de seguir a tu corazón. Acabas de decirme que has pasado toda tu vida pagando por las decisiones de otros. Bueno, ahora es momento de que tomes las tuyas. No por ellos o por mí; por ti.

Isabelle exhaló un suspiro y llevó las manos a sus muñecas, aferrándolas con lo que parecieron todas sus fuerzas, y sus ojos se empañaron nuevamente al posarlos sobre su rostro.

—¿Y qué conseguiría con eso? —preguntó ella—. Si decido quedarme te perderé de cualquier forma, pero todo será más doloroso luego. No podría soportarlo.

Julian esbozó una suave sonrisa que no solo llegó a sus ojos, sino que pareció irradiar una confianza absoluta que ni siquiera ella hubiera podido negar.

—No me perderás —aseguró él—. Si decides quedarte, si estás dispuesta a dar muestras una vez más de lo valiente que eres, nada ni nadie conseguirá que me separe de ti. Estaremos juntos.

Isabelle intentó apartar la mirada, pero pareció como si no encontrara las fuerzas o la determinación para hacerlo. Julian la vio tragar espeso antes de suspirar una vez más y sintió sus rodillas temblar entre las suyas.

—¿Es que no lo entiendes? —preguntó ella, y bajó un poco la voz al continuar—: No puedo quedarme contigo porque arruinaría tu vida y tus sueños. Hay tanto que quieres hacer y nunca lo conseguirás si te relacionan con alguien como yo. Soy una bastarda, Julian; mi apellido ni siquiera me pertenece y mis padres...

—Eso no me importa —descartó él de inmediato—. No hay nada que deba entender. Sé quién eres; todo lo demás tan solo tendrá la importancia que tú decidas darle. Tu madre, el coronel...

ellos no son tú ni me interesa lo que pueda decir la gente. Respecto a las cosas que quiero lograr... bueno, quiero pensar que mis ideas son lo bastante valiosas para que sean más que suficientes para que las consiga. Lucharé lo que haga falta para ello. —Julian cogió aire porque vio la duda en sus ojos y supo que no tendría otra oportunidad de intentar convencerla de que dejara sus reservas de lado y accediera a quedarse con él—. Pero incluso si las cosas no ocurrieran así, sería un ínfimo precio a pagar con tal de no perderte.

—Pero lo quieres tanto...

Julian se encogió de hombros y emitió un bufido que dejó muy en claro lo que pensaba al respecto.

—Ni la milésima parte de lo que te quiero a ti —declaró él—. Si te fueras, si renunciara a la felicidad que sé que podría conocer a tu lado... entonces sería yo quien se perdería a sí mismo. No podría volver a ser el hombre que soy ahora, porque no puedo imaginarme siéndolo si no estás conmigo. Renunciaría a mi identidad, a todo en lo que creo, y me convertiría en una sombra que no haría más que anhelar tu presencia a cada minuto hasta el día de mi muerte. Isabelle, quédate conmigo y permíteme continuar siendo el hombre que conoces; y no renuncies a quien eres. Seamos tú y yo juntos. Contra todo. Contra todos.

Ella cerró los ojos un instante, y él contuvo el aliento. Su corazón se saltó un latido tras otro hasta que la vio abrirlos de nuevo y solo entonces se permitió exhalar otra vez; sintió sus pulmones ligeros y el aire más claro que nunca al advertir la sonrisa en sus labios y que lo contemplaba a su vez con una determinación innegable que le infló el pecho de orgullo.

Era ella. Isabelle y su valentía. Isabelle y esa audacia que advirtió en ella la primera vez que la vio y que había atesorado desde entonces porque no creyó que pudiera ver nada más hermoso.

Entonces no hizo falta que dijera más. Lo pensó, en realidad; estuvo a punto de mencionar que ella solo tendría que decir lo que deseaba hacer de ahora en adelante y que él no dudaría en seguirla. Pero no le dio tiempo. Y cuánto le alegró que así fuera.

Isabelle buscó sus labios como impelida por esa necesidad que él mencionara alguna vez, y Julian jamás se sintió tan feliz como en ese momento, porque supo que eso significaba que estaba totalmente dispuesta a hacer a un lado sus temores y cualquier reserva que hubiese conservado hasta entonces.

Él no vaciló al sostenerla por la nuca y profundizar el beso, oyéndola gemir bajo sus labios en señal de rendición. Sintió los vellos de su piel erizarse cuando se acercó a él y su pecho rozó el suyo, transmitiéndole un calor que no tenía nada que ver con el fuego de la chimenea; inhaló su aroma a bocanadas y estuvo seguro de que permanecería impregnado en él hasta su último suspiro.

Julian abandonó sus labios y la miró a los ojos un instante antes de inclinarse hacia ella para dejar un reguero de besos por su rostro. Acarició la piel de su frente con los labios y descendió para delinear el puente de la nariz y la suave curva de las mejillas; la oyó jadear cuando apresó el lóbulo de su oreja suavemente entre los dientes y sonrió entonces porque supo que cada uno de

los pasos que había dado en su vida lo llevaron hasta ese momento.

¿Podía haber algo más hermoso que seducir a la mujer amada? Despojarla de sus reservas y hacer a un lado capa a capa cada una de las barreras que mantenía aún en pie hasta que estuviera segura de que la amaba más allá de toda duda y que estaba dispuesto a entregarse a ella de la misma forma en que le pedía que lo hiciera.

Isabelle elevó una mano para posarla en su rostro y trazó sus facciones deteniéndose sobre sus labios; las yemas de sus dedos rozaron cada trozo de piel, y Julian contuvo el aliento antes de atraparlos entre los dientes, lamiendo con suavidad sin apartar los ojos de los suyos. El pecho de Isabelle subía y bajaba, y él se inclinó hacia ella para pegar sus cuerpos hasta oírle emitir un suave jadeo que reverberó en sus oídos como la música más preciosa que oyera en su vida.

Sus manos se perdieron en su espalda y maniobraron con destreza para soltar los broches del vestido, apartando las capas de tela para tirar de ellas por el frente hasta que quedaron colgando sobre el regazo de Isabelle, que no pareció dudar al elevar las caderas para ayudarlo a deshacerse de este. Y pese a ello, a la seguridad que ella parecía desear proyectar; Julian advirtió el rojo subido de sus mejillas cuando sus ojos se encontraron nuevamente y él apoyó una mano sobre su hombro desnudo.

Sin detenerse a pensarlo, porque temió que su mente no resistiría ni la más leve duda, tiró de ella para ponerla de pie y el movimiento sirvió también para permitirle liberar las cintas que ajustaban el corsé y, poco después, este se unió al lío de brocado a sus pies. Isabelle permaneció ante él con la camisola hondeando alrededor de sus piernas, y Julian sonrió antes de atrapar nuevamente sus labios. Cualquier rastro de timidez que ella hubiera podido conservar hasta entonces desapareció como por encanto ante el tacto de su piel contra la suya.

Julian sintió sus dedos tantear en su pecho, y habría roto a reír por el tirón que le dio al cuello de su camisa para liberar los botones de nácar de no ser porque el efecto de sus manos ardientes le había quitado el habla. En su lugar, le ayudó con su tarea y, en apenas un minuto y tras llevarse con él un par de botones, sintió la casi imperceptible brisa nocturna rozando su piel.

Observó a Isabelle con la respiración agitada; y cuando ella apoyó las palmas de las manos sobre su pecho desnudo, se oyó mascullando unas palabras que no habría podido descifrar siquiera de haberlo querido. Llevó las manos a su cabello para deshacer su peinado, y una cortina de seda oscura cayó sobre ambos, arrancándole un gemido. Era tan hermoso como pensó que sería; suave y espeso entre sus dedos. Se llevó un mechón a la nariz y aspiró su aroma como si se tratara de fruta madura.

Toda ella lo era en cierta forma, se dijo al apartarse un paso para mirar el rostro de Isabelle, enrojecido por la pasión. La devoraría de haber podido hacerlo. Bien pensado, tal vez pudiera hacer algo parecido, se dijo apartando los tirantes de la camisola hasta que cayó a sus pies.

Su desnudez refulgió ante sus ojos y tuvo que inhalar y exhalar un par de veces para conservar el control. Rodeó uno de sus pechos con la palma de una mano y sonrió al verla cerrar los ojos tras soltar un gemido entrecortado; un sonido que se repitió incrementado mil veces cuando se

inclinó para atrapar una de sus cumbres entre los labios. Lamió y mordisqueó sin pausa, de un pecho a otro, hasta que la sintió temblar entre sus brazos, aferrada a su cintura como si temiera caer si se soltaba.

Julian comprendió que no podían continuar allí y la alzó en volandas para llevarla a su habitación. Una vez allí, luego de cerrar la puerta tras él, de una patada, y sin darle tiempo a estudiar la estancia, la dejó sobre la cama, y ella se apoyó sobre la manta de satén de un tono tan oscuro como el vestido del que acababa de despojarse.

Él se erguía sobre ella como un dios dorado, y aunque pareció como si hubiera podido continuar observándolo con los ojos muy abiertos, fascinada por el brillo de su piel y la forma en que parecía devorarla con la mirada, terminó por cerrar los ojos al verlo tenderse sobre ella luego de despojarse de la última capa de ropa que lo cubría.

La piel de Julian ardió contra la suya, y aunque en un principio sintió que moriría por la vergüenza que le provocó el encontrarse tan cerca de un hombre, su sudor entremezclado con el suyo y cada uno de sus ángulos enterrados en ella hasta que no supo dónde terminaba uno y empezaba el otro, le bastó con entreabrir los ojos y encontrarse con su mirada serena para saber que no había nada por lo que debiera abochornarse. Estaba exactamente donde pertenecía.

Julian recorrió su piel con lentitud, de la tez encendida de sus mejillas a sus hombros; acarició la curva de su pecho y deslizó los dedos por su cintura y las caderas hasta perderse entre sus piernas. Isabelle asentó los talones sobre la manta, y su espalda se arqueó al sentirlo explorar con habilidad, arrancándole un gemido tras otro mientras sus rodillas se abrían para facilitarle el paso sin saber qué esperar. Si aquello era el inicio de algo o el fin de todo, en el fondo, supuso que daba igual, porque estuvo segura de que él solo deseaba darle tanto placer como fuera posible y reafirmar la promesa que acababan de hacerse de permanecer juntos sin importar los obstáculos que pudieran surgir.

Una seguidilla de luces tintinearón ante sus ojos cuando sintió su cuerpo tensarse hasta adquirir un ángulo imposible y tuvo que aspirar una y otra vez sin pausa para recuperar el aliento. Los labios de Julian se apoderaron de los suyos, e inhaló su aliento con desesperación, incrédula de haber sido capaz de haber sentido algo como aquello. Quiso hablar entonces, sobrepasada por todas esas sensaciones y en busca de algún significado para eso que experimentaba y que parecía haber estado a punto de pulverizarla, cuando lo sintió tenderse sobre ella y comprendió entonces que estaba lejos de haber terminado.

Sus músculos se tensaron nuevamente al sentir la dureza contra su abdomen y esta vez, en lugar de entreabrir las piernas, se vio apretando una rodilla contra otra; pero él, que pareció comprender su desconcierto, acarició sus pantorrillas, subiendo con suavidad por sus muslos hasta que consiguió relajarse y la tensión fue desapareciendo. Julian lamió la piel de su pecho y ella jadeó arqueando la espalda; abrió los ojos de golpe para encontrarse con su mirada y vio

algo en ella, una súplica silente, quizá una desesperación muy similar a la que ella sentía aun cuando no hubiera podido explicar su origen.

Isabelle cabeceó entonces y llevó las manos a sus hombros al tiempo que lo invitaba a continuar elevando las caderas para ir a su encuentro. Julian exhaló el aire contenido entre los dientes y se situó entre sus piernas, empujando lentamente hasta enterrarse del todo en su interior. Isabelle emitió un pequeño grito que él acalló con un beso antes de retirarse para embestir de nuevo; así una y otra vez hasta que ella fue dejando atrás el dolor provocado por esa invasión, reemplazado por las mismas ansias que parecían devorarlo. Lo abrazó con todas sus fuerzas y apoyó el rostro contra su hombro, con los párpados apretados, sin atinar a hacer nada que no fuera entregarse a esas sensaciones desconocidas.

Cuando creyó que no podría aguantar más sin romperse en mil pedazos, sintió un tirón en el estómago y boqueó un par de veces antes de dejar salir el grito que trepó con furia por su garganta. Las manos de Julian se enterraron en sus caderas, sosteniéndola contra él con tantas fuerzas que creyó que dejaría una marca en ella para siempre; y poco después, tras embestir con una velocidad imposible, lo sintió estremecerse antes de dejarse caer sobre ella.

En lugar de soltarlo, Isabelle se vio aferrándose a él con mayor ferocidad; sus manos rodearon su espalda; las piernas, enroscadas alrededor de sus caderas, y enterró el rostro en su cuello. Habrían tenido que matarla para que lo dejara ir. Entonces comprendió más que nunca la forma en que él le hablara, las cosas que dijera respecto a que estaba dispuesto a perderlo todo e incluso a renunciar a sus sueños con tal de mantenerla a su lado.

Porque ella supo en ese momento que habría hecho exactamente lo mismo y que ya no había vuelta atrás. Cualquier precio a pagar le pareció minúsculo ante la posibilidad de no haber conocido algo como aquello o de no poder volver a experimentarlo. Quería que esa fuera la primera de muchas veces en que pudiera yacer entre sus brazos, en que lo sintiera dentro de ella y que supiera que era allí donde pertenecía, de la misma forma en que su lugar su encontraba entre sus brazos.

Y si tenía que desafiar al mundo para eso, estaba dispuesta a hacerlo. Porque tal vez tuviera muchos defectos y su historia les trajera algunos problemas en el futuro, pero también era consciente de que esa obstinación de la que hablara su madre, la que la llevó a esa ciudad para enfrentar a su pasado, le daría también las fuerzas para resistir lo que fuera con tal de mantener a Julian a su lado.

Al buscar su mirada poco después, cuando ambos lograron recuperar el aliento y sus ojos se encontraron con los suyos colmados de un amor que le empañó la mirada, repitió las palabras que él le dijera, como una letanía que estuvo segura de que permanecería grabada en su pecho por siempre.

—Seamos tú y yo juntos. Contra todo. Contra todos —susurró ella buscando sus labios.

Sintió, más que vio, su sonrisa; más que eso, la saboreó entre lágrimas y supo que, de alguna u otra forma, todo estaría bien para ellos.

Epílogo

El pitido del tren despertó a Isabelle de su letargo y ahogó un bostezo, parpadeando una y otra vez para despejar su mirada. Atisbó por la ventanilla y sintió el suelo oscilando bajo sus pies en un traqueteo que había dejado de incomodarle. Las primeras veces, sin embargo, recordó con un leve gruñido al incorporarse para desentumecer sus músculos agarrotados por el viaje, le había parecido un martirio.

Era lo que tenía ser la esposa de un político, se dijo con una sonrisa divertida una vez que reconoció la figura de Julian en el andén; él debía de haber bajado antes de que el tren se hubiera detenido del todo. Lo que tenía gracia, consideró poniéndose en movimiento para ir a su encuentro, porque a él le encantaba decir que era ella la impaciente.

Mientras recorría el estrecho pasillo en dirección a la salida, asintió de un lado a otro en señal de saludo a las personas que ocupaban los otros asientos. Andaba con paso erguido y su mentón se mantenía muy firme con una casi imperceptible sonrisa en los labios. La gracia de una reina, la llamaba Julian cuando ella mencionó alguna vez que no se sentía lo bastante segura para conducirse entre las personas que parecían interesarse por lo que hacía o decía. Él, tras asegurar lo contrario, insistió en que contaba con la suficiente audacia para sobrellevar la situación y que él era testigo de que no tenía ningún problema para expresar sus ideas cuando hacía falta.

El tiempo le había dado la razón, desde luego, porque aunque al comienzo fue difícil para Isabelle sobrellevar las miradas curiosas que se asentaban sobre ella cada vez que acompañaba a Julian, había empezado a disfrutar de compartir con él sus visitas a distintas ciudades del país. Cierto que no se trataba de viajes de placer y era poco el tiempo que pasaba a su lado, pero ambos eran lo bastante hábiles para aprovechar cada segundo en que se encontraban a solas.

El resto del tiempo, Isabelle permanecía en un expectante segundo plano o reunida con otras damas como ella que acompañaban a sus esposos durante la campaña, aunque sin duda eran las que menos. Después de todo, era consciente de que su decisión de ir con él no dejaba de ser poco habitual, pero ya que todo en su matrimonio estaba lejos de serlo, supuso que era casi de esperar.

El que un aspirante a miembro del Parlamento viajara acompañado de su esposa desató algunas habladurías en su momento; sin embargo, las provocadas por el matrimonio del vizconde

de Ransom y una mujer surgida de la nada se hallaban por aquel tiempo aún en todo su apogeo, así que Julian sugirió entonces que lo tomaran como un todo y que no tenía sentido permitir que alterara sus planes.

Estaban casados, eran felices, y él tenía un largo camino por delante para cimentar su carrera política, algo en lo que Isabelle estaba encantada de contribuir.

De modo que, una vez casados, descartaron de inmediato la posibilidad de un tradicional viaje de bodas y decidieron embarcarse en lo que ella, cuando menos, consideraba una fascinante aventura.

Además, y ninguno lo dijo en su momento, pero sin duda ambos lo pensaban, su ausencia de Londres ayudaría a disipar, por lo menos, parte del escándalo que supuso su matrimonio, en especial entre la familia de Julian.

Él todavía reía a carcajadas cada vez que recordaba la cara de su abuela cuando se presentó, una tarde durante el té, ante ella y sus padres para anunciar que se acababa de comprometer y que esperaba contar con su ayuda para organizar una rápida boda. La dama todavía no conseguía perdonarle que se hubiese ausentado de su baile anual; pero aquella noticia borró de un plumazo cualquier atisbo de resentimiento que albergara hasta entonces.

Si la inesperada novedad y las prisas de las que habló Julian bastaron para desconcertar a su familia, su estupor se fue por las nubes cuando él les informó, sin mayores rodeos, que no pensaba casarse con la hija de ninguna familia que conocieran, sino con una joven que distaba de poseer los pergaminos que habrían esperado. Aunque no entró en detalles por respeto a la privacidad de Isabelle, fue muy claro respecto a sus orígenes, porque no deseaba empezar la vida a su lado con mentiras de por medio. Para él era importante que al menos su familia inmediata conociera a grandes rasgos su historia. Así no habría sorpresas que ninguno pudiera esgrimir en su contra; y, práctico como era, prefirió enfrentarse a lo que hiciera falta de inmediato en lugar de esperar a que alguno lo descubriera un día cualquiera y pusiera a la que se convertiría en su esposa en una posición incómoda.

Desde luego, tal y como esperaba que ocurriera, su abuela puso el grito en el cielo; pero él no le prestó demasiada atención porque conocía su temperamento y sabía que era la que iba a necesitar más tiempo para asimilar la sorpresa. Estaba más preocupado por la reacción de sus padres; y aunque el conde se mostró atónito y le costó cuando menos diez minutos encontrar la voz para compartir su opinión, que estuvo lejos de ser precisamente conciliadora, le bastó con encontrarse con el rostro sereno de su madre, que pareció algo menos sorprendida que el resto, para saber que contaba con su bendición y que, al menos en lo que a ella se refería, Isabelle podría tener una aliada entre los Stanton.

Cuando Julian abandonó la mansión de su familia, tras oír las admonitorias palabras de su abuela y los balbuceos de su padre, se consoló pensando que lo peor había pasado ya. Se reunió entonces con Isabelle, que había decidido permanecer en casa de la señora Joyce, y le contó el resultado de ese encuentro, aunque procuró no dar demasiados detalles para no inquietarla.

Ella, sin embargo, era estupenda leyendo entre líneas y comprendió que no había sido un paso sencillo de dar, pero que él no estaba en absoluto arrepentido de haberlo hecho. De cualquier forma, tal y como acordaran antes, reafirmaron sus intenciones de pasar pronto el trago de la boda, con la venia de su familia o no, para iniciar su vida juntos y que así ella pudiera acompañarlo durante los viajes que tenía planeados.

Aunque ella habría preferido no molestarse en hacerlo, Julian la persuadió de hablar una vez más con el coronel Stevenson, cuando menos para informarlo de la noticia. O, en todo caso, le pidió que permitiera que fuera él quien se ocupara de ello, pero Isabelle desestimó la oferta de inmediato. Entendía el porqué de su pedido, y en cierta forma agradeció que lo mencionara, porque quizá no habría nacido de ella de otra forma.

Ninguno deseaba que Isabelle fuera reconocida como hija de su padre, pero ya que él y Julian se conocían de forma cercana, era importante que el coronel supiera de sus planes. No tanto para que mostrara su aceptación al enlace o no, a ninguno podía importarle menos aquello, sino porque era una de las pocas personas en el mundo que conocían la verdad de su origen; y aunque ninguno tenía interés en ocultarlo, tampoco pensaban gritarlo a los cuatro vientos, lo mejor era contar con su silencio.

Lo curioso fue que no hizo falta que Isabelle se presentara ante su padre una vez más, porque fue él quien la buscó poco después en el taller de la señora Joyce.

El coronel no fue para ofrecerle disculpas, cuando menos no lo dijo así, pero manifestó su preocupación por la forma tan abrupta en que se separaron luego de su última charla, cuando ambos pusieron su historia en palabras. Isabelle le aseguró entonces que se encontraba bien y que había sido sincera al decir que no esperaba nada de él ni había aparecido en su vida con el fin de afectarla de cualquier forma; ofreció incluso hablar con su esposa para dejárselo en claro.

Lo que sí le pidió entonces, sin darle tiempo a decir una palabra, fue que mantuviera su relación en privado porque, tal y como le informó luego de vacilar solo un segundo y sin atinar a adivinar su reacción, pensaba casarse pronto y no quería que la verdad de su origen empañara su felicidad. Su esposo conocía su historia, le aseguró, pero ninguno tenía interés en hacerla pública y preferían que continuara así.

El coronel acusó la noticia con menos asombro del que había esperado, incluso adivinó la identidad del novio sin problemas; y cuando él e Isabelle se despidieron luego de que ambos prometieran mantenerse en contacto, le deseó felicidad tras asegurar que no podía pensar en un hombre más digno de ella que Julian.

Cuando Isabelle le habló a su prometido de ese encuentro, él recibió la novedad con su pragmatismo habitual. Realista como era, le dijo que no tendría nada de extraño que el coronel e, incluso, su esposa se mostraran mucho más receptivos a su irrupción en su vida una vez que se convirtiera en vizcondesa. Después de todo, continuó él, no sería la primera ni la última mujer de origen incierto que contraía matrimonio con un miembro de la nobleza. Mientras fueran discretos, todo iría bien; y si la verdad se conocía en algún momento, bueno, ya le harían frente

entonces.

La boda se realizó apenas un par de semanas después, un día soleado que según la señora Joyce solo podía tomarse como de buen augurio. Ella y Jane asistieron a la ceremonia en representación de su familia porque no hubo tiempo para que sus hermanas viajaran a Londres. La casa de los Thompson en Nottingham se hallaba demasiado lejos como para que Eloise llegara a tiempo; y aunque Gloucestershire estaba algo más cerca, la tía Mary arrastraba un fuerte resfriado, y Clara no se atrevió a dejarla sola. Ambas, sin embargo, le enviaron sus mejores deseos y acordaron que encontrarían la forma de verse pronto.

Isabelle no lo mencionó en sus cartas porque deseaba que fuera una sorpresa, pero tenía pensado aprovechar los viajes de Julian para hacer unas cuantas paradas y poder verlas en persona para ponerse al día. Deseaba contar a sus hermanas todo lo que había ocurrido desde que decidió abandonar su casa para ir al encuentro de su pasado y quería saber también lo que ellas habían decidido respecto al suyo.

Los Stanton también asistieron a la boda, aunque solo la condesa pareció animada con la idea. Ella se mostró tan dulce entonces, encantada por esa joven misteriosa que había llegado a la vida de su hijo de forma tan imprevista y que se robó su corazón con una sola mirada, que le habría dado igual de dónde hubiera salido. La quiso de inmediato y se prometió que haría todo lo que estuviera en su mano para conseguir que el resto de la familia la aceptara también.

Julian e Isabelle iniciaron la marcha de inmediato. Si bien la sociedad del primero con el coronel continuó pese a los sobresaltos provocados por sus últimos enfrentamientos, él prefirió que hicieran ese primer viaje a solas para compartir una intimidad que no estaba dispuesto a compartir con nadie.

Y de eso habían pasado casi dos meses ya.

Dos meses en que visitaron algunas ciudades cercanas a Londres, donde se hospedaron con amigos de los Stanton que estuvieron encantados tanto de recibir a la pareja como de ofrecer su ayuda a Julian para organizar algunos encuentros con las autoridades de la zona para difundir su candidatura al Parlamento.

Desde entonces, todo fueron viajes y reuniones en las dependencias de los concejos de un sinnúmero de poblados; algo un poco tedioso para Isabelle al principio, pero había terminado por encontrarle el gusto porque pronto descubrió que su experiencia en la posada cuando sirvió durante tanto tiempo tratando con todo tipo de gente le permitía entender las preocupaciones de los pobladores, algo que ellos apreciaron de inmediato. La sencilla y accesible vizcondesa de Ransom se ganaba el respeto y la confianza de las personas con facilidad, lo que terminó por ser de gran ayuda para Julian.

Y allí se encontraban entonces. En el último tramo de su viaje antes de volver a Londres para asistir a una recepción que la madre de Julian había organizado con el fin de celebrar su matrimonio y presentar a la pareja en sociedad con el ruido preciso para acallar cualquier habladuría.

Luego de eso, reemprenderían la marcha, e Isabelle esperaba poder visitar a sus hermanas pronto.

Al poner una mano en la barandilla del andén, sus pies bien afirmados sobre la plataforma, buscó la figura de Julian, que se hallaba unos metros más allá, hablando con el que le pareció un funcionario de la alcaldía; y cuando él sintió su mirada, giró sobre su hombro y le sonrió con la misma familiaridad con la que parecía hacerlo desde el primer día.

Él la conocía como nadie. Desde el primer momento, pareció verla de una forma tan profunda que aún temblaba cada vez que sus ojos se encontraban. Era casi mágico. Ningún espacio de tiempo podría cambiar eso. Ella supo con absoluta certeza que cada día a su lado tan solo incrementaría esa sensación y recordó una vez más la promesa que se hicieron en su momento.

Ser uno al lado del otro. Auténticos. Completos. Por siempre.

Fin

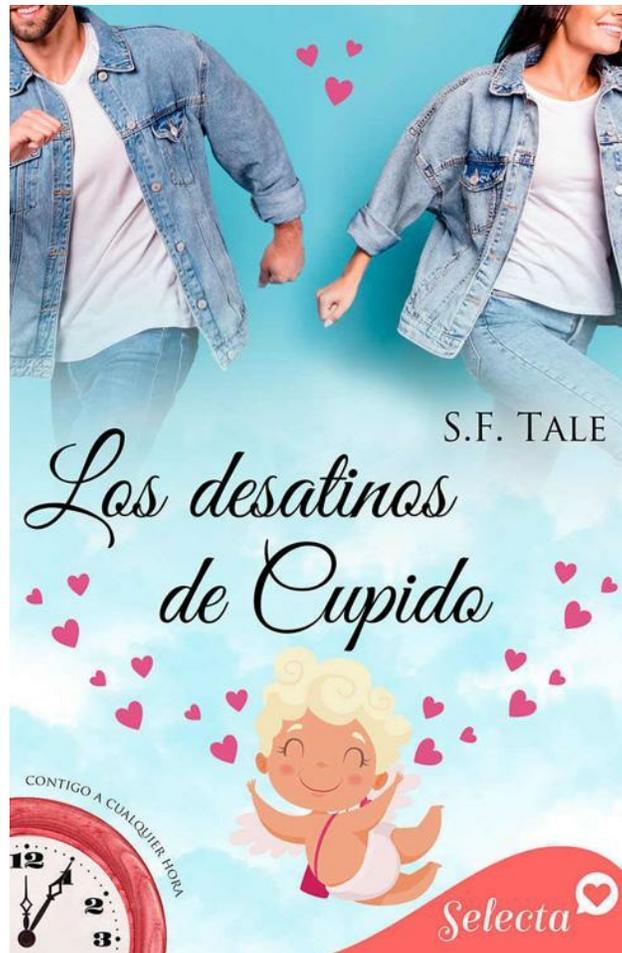
Agradecimientos

A mis padres.

A los buenos amigos que están siempre cerca y que se reirán mucho cuando conozcan esta nueva aventura.

A Lola Gude y todo el equipo de Selecta por confiar en mí y apoyar esta serie que quiero tanto.

Si te ha gustado
Rebelde obsesión
te recomendamos comenzar a leer
Los desatinos de Cupido
de S. F. Tale



Prólogo

*I*talía

23 de junio

Esa noche de San Juan era demasiado calurosa, incluso pegajosa, ya que la ropa, por muy fina que fuese, se adhería a la piel. La brisa que a veces soplaba no refrescaba. La gente iba y venía corriendo; los jóvenes reían casi enloquecidos, embrujados por la magia que desprendía esa fecha; las conversaciones de los turistas, la música de los locales que había cerca de la Fontana di Trevi no distraían a Galadriel y a Mikey, su mejor amigo, en su intención de tirar una moneda a las aguas de la afamada fuente. Gala evitaba mirar a las parejas de enamorados y al resto de las personas que hacían lo que ellos no se atrevían.

—¡Ale, tú primero! —le dijo Gala, poniéndose de espaldas a la fuente.

—No, tú. —Se la devolvió Mikey.

—¿Qué pasa? ¿No te atreves?

—¿Me estás retando? —inquirió Mikey, haciéndose el ofendido.

—Puede.

—A mí no me reta ni Rita *la Cantaora*, ¿me entiendes? Y te recuerdo que salí del armario una noche de botellón, con eso zanjo todo.

Gala se fijó cómo Mikey se colocaba en posición, alzaba el brazo, cerraba los ojos, inspiraba profundo y tiraba la moneda.

—Deseo pedido: se precisa urgentemente un neozelandés empotrador —confesó su amigo todo emocionado.

—Los deseos no se pronuncian, si no, no se cumplen.

—No te lo he dicho a ti, se lo he contado a la luna. —Señaló al astro nocturno con la cabeza —. Ahora, guapita de cara, que ya me tienes hasta la seta, tira tu moneda de una vez.

Gala miró a la luna que se asomaba entre los tejados de los edificios, respiró e impulsó la moneda: «Me gustaría encontrar el amor verdadero en Nueva Zelanda», solicitó sin mucha fe.

—A ver, cuéntale a Mikey, ¿qué deseo pediste? —Su amigo se puso delante de ella.

—No voy a decírtelo.

—¡Pues díselo a la luna, entonces!

—De eso nada, se queda para mí.

«Estoy segura de que ni se va a cumplir. Pedazo de chorrada», pensó para sí misma.

Nueva Zelanda

Un año más tarde

La música y el griterío de la fiesta llegaban hasta la sala de juntas; sin embargo, Gala lo percibía muy a lo lejos. Ya nada le importaba desde que su mirada se cruzó con la de él por primera vez. Un simple «hola» fue suficiente para que una chispa casi desconocida, olvidada también, la prendiese en llamas. Había sido más que eso: fueron esos ojos azules, profundos como el océano, y su mirada lobuna los que la hipnotizaron.

No era una ilusión.

Había caído rendida a sus pies. Su atractivo era irresistible y, a su pesar, muy sexual. En él se conjugaba perfectamente el chico malo con el *gentleman*. Además, su perfume amaderado, especiado con unas leves notas de lavanda, despertó en Gala sus sentidos más sensuales y sombríos de los que no tenía conciencia que tuviese, lo que hacía a aquel hombre más atrayente.

Sus lenguas se enroscaban en un sabroso beso; se buscaban, peleaban por dominar a la otra —lo que les calentaba más—, mientras los dedos se le perdían entre los cortos mechones de su pelo. ¡Jamás pensó que lo haría en el trabajo! Sabía que la urgencia de aquel momento los subyugaba a los dos. Gala en toda su vida se había sentido tan excitada como cuando él comenzó a desatarle el lazo del vestido que tenía anudado al cuello. Le costó un poco más de lo normal. Al conseguirlo, la tela vaporosa se deslizó cayendo a sus pies como una nube de algodón. La estrechó entre sus brazos sin inmutarse de que no llevase ropa interior; la besó, haciéndola partícipe de su inmensa erección. Aquellos labios finos abandonaron su boca para deslizarse hasta su clavícula y bajar a sus pechos, los que succionó con ganas. Gala gemía de placer con la espalda arqueada para que no parase. ¡Era demasiado bueno!

En un arrebato de ardor, se irguió. Cogió el bajo de su camiseta. Él se apartó unos centímetros —lo suficiente para que ella echase ya de menos el calor de su boca y el tacto de su piel— para sacársela. Así descubrió el gran tatuaje maorí que le cubría el hombro derecho, le pasaba por el pecho, el costado y le bajaba por el brazo. «Me encanta este *tā moko*», confirmó para sí misma. Su excitación aumentó, convirtiendo a ese hombre en el objeto de sus deseos más oscuros. Sus manos temblorosas por la ansiedad, por la anticipación de lo que estaba a punto de pasar, le desabrocharon el cinturón de los vaqueros y, sin ningún pudor, le sacó los pantalones junto con la ropa interior. Gala se percató del atisbo de sonrisa que pretendía dibujarse en sus labios. Él no era consciente del efecto que cualquier gesto tenía en ella. La extasiaba por completo. Gala se fijó en la tableta de chocolate. Se relamió —todavía podía paladear el sabor del whisky que él le había dejado— y un deseo irrefrenable de lamerlo se clavó en su bajo vientre. En vez de eso, apoyó las yemas en su tórax: era cálido, firme, aquel perfecto cuerpo masculino era muy delgado, pero al mismo tiempo fibroso. No dejó ningún hueco sin tocar. Al contrario, se recreó. Bajó hasta el vientre y le acarició la punta hinchada del pene, de donde salía una gotita plateada que parecía brillar por la tenue luz que entraba por los ventanales. ¡Nunca había visto algo igual!

Los músculos de su pecho se contrajeron, luego se relajaron.

De un golpe él separó una silla, sin dilaciones, la tomó por la cintura y la subió a la mesa. Ella separó las piernas para darle acceso y las enroscó alrededor de sus caderas. Sus cuerpos encajaban a las mil maravillas. Él se fue acercando a ella poco a poco, como el depredador lo hacía con su presa. Le rozó el labio inferior con la punta de la lengua, Gala abrió la boca y de nuevo comenzó una lucha sin cuartel que provocaba que se excitaran todavía más. ¡Lo quería dentro ya!

Aquello era sexo en estado puro y lo estaba gozando. Hacía mucho que no percibía la necesidad de entregarse de aquella manera tan pasional a alguien. Menos a un hombre al que acababa de conocer.

De pronto, sintió su miembro en la trémula entrada de su vagina —palpitaba hasta casi rozar el dolor—. Le echó una mano al cuello, bajo ella notó la piel rugosa, ¿una cicatriz? Al pasarle el dedo pulgar, él tembló.

—Perdóname si sufro una eyaculación precoz —susurró con voz enronquecida.

—¡Por Dios! —murmuró contra su boca—. Hombre, no lo fastidies.

A la vez que le volvía a invadir la boca con su sedosa lengua, la penetró de un solo empujón. Gala exhaló un grito placentero.

—¿Estás bien? —gimió él.

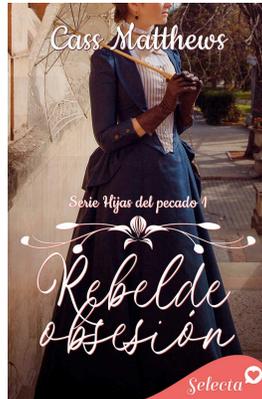
—S... Sí —afirmó, clavándole los talones en las nalgas, agarrada ya a sus hombros.

Él colocó la frente sobre la suya y empezó a moverse con cierta suavidad, sin permitirle que se acostumbrara a su intromisión y envergadura. Gala arqueó la espalda extasiada, alzando los pechos contra su tórax, empujó las caderas hacia delante para percibirlo más hondo si cabe. Con cada nueva embestida, ella perdía consciencia por ese deleite que él le estaba regalando. Nunca había disfrutado de un polvo como ese. Nunca había hecho el amor de ese modo casi salvaje. Él entraba y salía cada vez con más fuerza, ¡la atravesaba! Acalló sus gemidos con un ardiente beso, mientras sus cuerpos enredados, envueltos en sudor, colisionaban, ya que Gala, involuntariamente, movía las caderas.

—Contigo entre mis brazos he encontrado a mi Hinemoa —le resolló al oído.

Tras escuchar aquellas románticas palabras, un arrebatador orgasmo la hizo explotar. Él soltó un prolongado gruñido de satisfacción. Todavía unidos, él se inclinó sobre ella y la besó en el centro del pecho. Al juntarse sus torsos, Gala se dio cuenta de que sus desbocados corazones palpitaban al unísono.

**Una mujer determinada a enfrentar su pasado.
Un hombre con el que compartirá un amor extraordinario.**



Isabelle Bernthold es la mayor de tres hermanas, todas hijas de una conocida cortesana que, al morir, dejó a sus hijas en la orfandad. Entonces, quien fuera la niñera de las niñas asume su cuidado y las aleja de ese mundo que conocieron hasta entonces; pero ninguna logra superar del todo los muchos complejos que arrastran tras haber sido señaladas como hijas bastardas de distintos padres y sin una idea clara de sus orígenes. Cuando la que ha sido para ellas su verdadera madre fallece, deja en sus manos la decisión de ir en busca de su pasado.

Isabelle es obcecada, rebelde y capaz de llevarse por delante cualquier cosa que le impida cumplir sus propósitos. Por eso, no duda en abandonar la apacible campiña en la que ha transcurrido buena parte de su vida para enfrentar al hombre que contribuyó a traerla al mundo. Para ello, teje una maraña de mentiras con el fin de acercarse a él y a los suyos sin imaginar que el destino le tiene preparada más de una sorpresa en el camino.

Julian Stanton, vizconde de Ransom, es un idealista que sueña con cambiar el mundo y para ello decide hacer una carrera política que le obliga a asociarse con todo tipo de personas, entre ellas el padre de Isabelle, quien, lo mismo que su familia, está convencido de que debe conseguir una esposa de linaje impecable. Sin embargo, Julian tiene claro que solo se casará con una mujer a la que ame, y cuando conoce a Isabelle comprende que ella es la única a la que podría entregar su corazón.

Isabelle y Julian comparten un amor arrollador y apasionado que pone en riesgo todo aquello por lo que han luchado siempre y estará en sus manos decidir si serán capaces de enfrentarlo todo para estar juntos.

Cass Matthews es el seudónimo de una conocida escritora de novela romántica, histórica y contemporánea. En esta ocasión, publica bajo este nuevo nombre una trilogía de novela romántica ambientada en la época victoriana, *Hijas del pecado*.



Penguin
Random House
Grupo Editorial

Edición en formato digital: junio de 2021

© 2021, Cass Matthews

© 2021, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Proveedor de imágenes: Shutterstock

Créditos: Kateryna Yakovlieva

Diseñadora: Victoria Aihar

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-18399-96-1

Composición digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks

Facebook: SomosSelecta

Twitter: penguinlibros

Instagram: somosselecta

Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En [Penguinlibros.club](https://penguinlibros.club) encontrarás las mejores
recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



[Penguinlibros.club](https://penguinlibros.club)



   [Penguinlibros](#)

Índice

Rebelde obsesión

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Epílogo

Agradecimientos

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Cass Matthews

Créditos